Caroline Blackwood

NI UNA PALABRA

Traducción de DAMIÁN TULLIO



CHAI EDITORA - COLECCIÓN CUENTOS

NI UNA PALABRA

CHAI EDITORA

Caroline Blackwood

NI UNA PALABRA

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Caroline Blackwood



Título original: *Never Breathe a Word: The Collected Stories of Caroline Blackwood*

© Del texto, Caroline Blackwood, 2010, esta selección 2025

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Damián Tullio, 2025

Director de la colección:
Federico Falco

Corrección:
Juan Nadalini

Diseño de cubierta:
Gonzalo Marín

Foto de cubierta:
Anabella Sarrias

Diseño de identidad y colección:
Lamas Burgariotti

Primera edición en España:
Abril de 2025

ISBN: 978-84-129405-3-4

Producción del ePub: booqlab

www.chaieditora.com

Índice

HECHOS
- Ni una palabra
- Cochino
- Unidad de quemados

FICCIÓN
- La entrevista
- La niñera de la bebé
- Mi amor, por favor, no llores
- La esposa de Taft
- Addy
- La Navidad de Marigold
- Compra compulsiva
- El contestador automático

HECHOS

Ni una palabra

Solo lo conocíamos como McAfee. El cuarto de las monturas no tenía electricidad, como ventana había apenas una rendija, y cuando llovía él se quedaba ahí encerrado en la oscuridad. Se encorvaba sobre un banquito mientras pulía un estribo, o le pasaba jabón amarillo a una montura, y siempre nos había parecido más un animal que un hombre, y hacía que aquel cuarto pareciese su guarida. A mi hermana y a mí nos gustaba del mismo modo en que nos gustaban la caza, los cabestros y las bridas: todos estaban asociados a los caballos.

Cada mañana llegaba en su bicicleta para llevarnos a montar, y salíamos trotando al lado de su enorme yegua marrón, dos niñas regordetas con cascos de equitación forrados en alcornoque sobre dos pequeños caballitos regordetes. McAfee hablaba muy poco durante esas cabalgatas, y cuando lo hacía nos costaba trabajo entenderle. Tenía voz ronca, acento de Úlster y había perdido todos los dientes, y aunque le habían dado una dentadura postiza demasiado blanca y demasiado grande se negaba a usarla excepto en "ocasiones especiales", esto es, cuando nos llevaba a exhibiciones ecuestres o a cazar.

Fumaba un cigarrillo tras otro mientras montaba, y los sostenía entre sus encías oscuras y abultadas, y cuando saltaba con el caballo jamás se le escapaban.

–¡No ha pasado nada! –nos gritaba sistemáticamente cada vez que nos caíamos tratando de seguirlo al sortear un muro de piedra o una zanja.

Una vez Perdita se rompió la clavícula y nunca se atrevió a contárselo a nadie.

–No digas ni pío –le dijo McAfee–. No me gusta la gente que se queja.

Alguna vez había sido jockey profesional, y uno de sus hombros se le había fracturado tantas veces en varias caídas en carreras que lo tenía deformado. Su brazo derecho era mucho más corto que el izquierdo, y le colgaba flácido desde una joroba. Sin embargo, cuando montaba, la forma peculiar en que lo hacía, casi acostado sobre el lomo del caballo como un jockey en una carrera, todo torcido y sosteniendo las dos riendas con la mano izquierda, parecía correcta e incluso una técnica superior. Solo cuando desmontaba nos dábamos cuenta, siempre con estupor, de que no era mucho más alto que nosotras. En el momento en que se bajaba de su yegua lucía como si de repente le hubieran amputado la mitad de su cuerpo, y notabas que tenía la cabeza y el torso bastante grandes, pero con piernecitas cortas como un gnomo. Su tren superior era tan pesado que lo hacía tambalear cuando caminaba. La forma en que mantenía sus piernecitas siempre arqueadas, vestidas con pantalones de montar y botas, tan separadas, hacía que pareciera que se estaban aferrando a los costados de un caballo invisible.

En esa época Perdita y yo amábamos los caballos con una pasión obsesiva y sentimental. Hablábamos durante horas sobre sus diferentes estados de ánimo, nos preocupaba haber herido sus sentimientos. Amábamos el aroma a sudor, lo puntiagudas que se veían sus pestañas, el tacto aterciopelado de sus narices. McAfee nunca tenía prurito en decirnos que nuestra actitud le resultaba extremadamente tonta e irritante. Para él los caballos eran una herramienta, como un tractor, y siempre quería que se los usara de la forma correcta para sacarles el mejor provecho.

–¡Tira de la boca! –nos gritaba si uno de nuestros caballos se encabritaba.

Siempre estábamos demasiado asustadas y él siempre estaba irritado y se ponía gruñón.

–Tendrías que haber tirado de su boca, haberla hecho caer sobre sí misma y luego saltabas para apartarte. Tendrías que haberle enseñado…

–¿No puedo romperle el espinazo al caballo al hacer eso?

–Si te da tanto miedo tomar riesgos, Caroline… podrás tener todo tu dinero, pero nunca lograrás nada con un caballo.

McAfee tenía diez hijos y su casa estaba a ocho kilómetros de la nuestra. A veces, cuando pasábamos en una de nuestras cabalgatas, todos salían al corral de las gallinas para saludarnos. En ocasiones también salía la señora McAfee, una mujer escuálida con pinta de estar extenuada y unas ojeras color gris topo. Solía tener en brazos un bebé chillón semidesnudo. Los hijos de McAfee nos observaban con respeto y curiosidad a causa de nuestros caballos, y Perdita y yo a su vez los observábamos con respeto y curiosidad porque los McAfee eran demasiados. Y porque parecían tan pobres y tan sucios.

La forma en que McAfee solía hablar sobre sus épocas de jockey nos hacía comprender que sentía tristeza y una cierta desdicha por el hecho de haber terminado como cuidador de niñas. La única vez que se lo veía feliz era cuando nos contaba alguno de sus viejos trucos. Nos mostraba cómo solía pisar el estribo de algún rival que lo adelantaba para que perdiera el equilibrio y cayera. "¡Y nadie podía probar nada!". McAfee sonreía y nos mostraba sus encías vacías.

Un día íbamos por un sendero y McAfee de pronto hizo retroceder su yegua para poder marchar al lado de mi caballo.

–¿Te gustaría ser la mejor jinete joven de toda Irlanda?

Pensé que se estaba burlando de mí. Me resultó muy desolador, porque sabía perfectamente que McAfee pensaba que siempre sería una jinete mediocre: tenía manos ineptas, mi postura no era natural, no tenía control y rara vez usaba mis rodillas. Cuando salíamos a cazar a menudo McAfee me decía que estaba avergonzado de que todos los otros mozos de cuadra tuvieran que verlo conmigo a su lado.

–Todos estaban mirándote, Caroline. Me habría gustado mucho que no hicieras semejante espectáculo. Me rompe el corazón que no puedas hacer algo mejor que eso.

Pero ahora McAfee susurraba como diciéndome un secreto.

–Quisiera convertirte en la mejor jinete de toda Irlanda.

Me encogí de hombros como si la idea me aburriera. Deseaba que cambiara de tema. Me parecía inútil y doloroso hacerme ilusiones con cosas imposibles.

–¿Cómo crees que se las apañan todos los tipos importantes del mundo de la equitación?

No podía entender por qué McAfee seguía susurrando.

–¿Cómo crees que hacen para estar siempre al pie del cañón junto con los sabuesos en las salidas de caza, para ganar todos los trofeos en todas las exhibiciones? ¿Por qué crees que las paredes de sus establos están repletas de cucardas rojas? Una señora corpachona como Lady Mary Berry, ¿cómo crees que lo hace?

Pensé en Lady Mary Berry. La veía siempre en todas las exhibiciones, de cara regordeta y formidable, con su bombín y sus botas relucientes e impecables, sorteando obstáculos con elegancia, la multitud aplaudiendo…

–¿Cómo lo hace?

McAfee se inclinó sobre el cuello de su yegua y susurró a través de sus encías:

–Pastillas.

–¿Pastillas?

–Todos los grandes campeones. Todos hacen lo mismo. Hay una única razón por la que logran destacarse en todas las competiciones en Balmoral, y en Dublín y en las mejores exhibiciones de Inglaterra. Todos toman pastillas.

–¿Cómo hacen las pastillas para hacerte mejor jinete?

Me sentía tonta, pero sencillamente no lo podía entender.

McAfee parecía algo frustrado, como si no se hubiera esperado la pregunta. Pensó unos momentos y luego dijo abruptamente:

–¡Las manos!

Me pregunté por qué parecía tan contento con su respuesta.

–Sin unas buenas manos, jamás serás una jinete.

La yegua de McAfee se encabritó y relinchó porque él había golpeado la fusta con mango de hueso sobre sus caderas para enfatizar su explicación.

–Es así desde el principio de los tiempos. Debes tener el pulso adiestrado para sentir la boca del caballo. Nunca nadie se hizo célebre en el mundo de

la equitación a menos que tomara pastillas para las manos.

–¿Usted toma pastillas?

Si McAfee tomaba pastillas, me pregunté por qué no era un jinete de renombre internacional.

–Solía tomarlas en mis años mozos. No podía correr sin ellas. Pero hace tiempo que no las tomo… –su voz sonó abatida–. Ahora no tengo ocasión.

Cuando volvimos a los establos, McAfee me ayudó a desmontar.

–Piénsalo, Caroline. Es terrible verte llevar el caballo de esa forma. Si no le dices ni una palabra a nadie, veré la forma de ayudarte.

Me pasé la noche vagamente perturbada pero intrigada por la propuesta de las pastillas de McAfee.

Una semana después íbamos por un sendero en medio de una arboleda cuando McAfee de la nada dijo:

–¡Las tengo!

–¿El qué?

–Te he conseguido unas pocas pastillas.

–¿Dónde las ha conseguido?

–Estuve en las caballerizas de Mount Stewart y le compré un frasco al mozo de cuadra de Lady Mary Berry.

Me ofreció una de sus taimadas sonrisas con las encías.

–¿Puedo verlas?

–No me atrevería a dártelas a plena luz del día. Al principio el mozo de Lady Mary no quería vendérmelas. Así de difíciles de conseguir son. Son valiosas como el oro. Me hizo pagar una fortuna. Me dijo que todos en Úlster están desesperados por conseguirlas. Una vez que alguien se entera de que tienes algunas, se las apañan para arrebatártelas. Le prometí que no te las daría en un lugar donde cualquiera pudiera ver.

–¿Quién cuernos nos vería aquí?

Estábamos tan lejos de cualquier persona que la casa más cercana estaba detrás de unos cuatro o cinco kilómetros de arboledas y matorrales.

McAfee puso los ojos en blanco y con una uña llena de estiércol y un gesto paranoico señaló las ramas de unas hayas y robles.

–¿Cómo saber quién puede estar observando?

Miró con desconfianza la forma regordeta de mi hermanita con sus coletas y su casco de terciopelo negro mientras galopaba en su caballo perezoso a través de un colchón de hojas secas.

–¿Cómo saber en quién confiar?

Llegamos a un claro rodeado por arbustos de laurel.

–Mejor quedemos en este mismo lugar esta noche, Caroline. Sabes cómo llegar. Pero tienes que esperar a que oscurezca. De día no es seguro. Y no dejes que la gente vea dónde vas. Podrían adivinar dónde estás yendo y seguirte. Cuando oscurezca estaré aquí esperándote. Y luego te daré las pastillas.

Cuando anocheció, no tenía el menor interés en tomar las pastillas. Ni siquiera creía que fueran a funcionar en mí, pero imaginaba que, en lo referido a equitación, McAfee sabía de lo que hablaba. En cualquier caso, incluso si las pastillas eran tan buenas como decía, yo solo quería estar en mi habitación, tostar una rebanada de pan en el fogón, leer tebeos al calor del fuego mientras la luz se reflejaba en mi camisón y escuchar una serie en la radio. La idea de pedalear sola en la oscuridad hasta ese claro húmedo y lúgubre en la arboleda me aterrorizaba. Decidí que no iría.

Pero después me puse a pensar en el pobre McAfee, esperando y esperando. Me daba miedo pensar que podría esperar ahí toda la noche, mojado y cogiendo frío, y que por la mañana estaría tan furioso que nunca más me atrevería a montar con él. Me maldije por haberle dado a entender que quería tomarme sus pastillas. Ni siquiera podía recordar si le había dicho alguna vez que me interesaba tomarlas, pero de alguna manera debió haberlo asumido, porque sabía que, en el fondo, yo soñaba con ser la mejor jinete de Irlanda. No podía dejar de pensar en cuán dolido y decepcionado estaría si lo hacía esperar ahí afuera en la arboleda y nunca aparecía. Se preocupaba tanto en prepararme para ser una gran jinete. Se había tomado tanto trabajo en conseguir esas pastillas para mí, y le habían costado tanto.

Fui al cobertizo a buscar mi bicicleta. No había luna esa noche y estaba lloviznando. Mientras pedaleaba sentí terror y desesperación, mi bicicleta resbalaba en los surcos que otros vehículos habían dejado en el barro. A esa edad le tenía miedo a la oscuridad y solo podía dormir si en mi habitación

resplandecían varias lámparas. No me atrevía a mirar a la izquierda o la derecha. La oscuridad a mis costados parecía una entidad maléfica, un mar de tinta donde flotaban los espectros y fantasmas más abominables. Traté de concentrarme en la luz tenue y bamboleante que emitía el farol de mi bicicleta. Cuando llegué a la arboleda fue todavía peor. Mis ruedas hacían el ruido de pisadas mientras aplastaban los frutos de haya pudriéndose en el suelo. Cada rama parecía el brazo estirado de una estranguladora vieja y desquiciada.

Al final llegué al claro y noté que no había nadie, y entonces odié a McAfee. Había hecho todo ese escándalo sobre lo importante que era que lo buscara ahí en el bosque, y ni siquiera se había dignado a venir. Me había obligado a hacer ese desagradable y solitario trayecto en la oscuridad por nada.

Y entonces algo se movió en los arbustos de laurel, y de alguna manera supe que era McAfee. Pero, ¿por qué estaba agazapado en un arbusto todo mojado? Si sabía que venía, entonces, ¿por qué se escondía?

Salió de entre las hojas de laurel con un saltito peculiar, como el de un conejo. Al ver las sombras de sus piernas atrofiadas y su joroba, pensé en el enano saltarín, el personaje del cuento. Cuando encendió la linterna noté que no estaba usando la boina de lana escocesa que usaba siempre durante el día. Tenía puesto su mejor bombín, el que usaba únicamente cuando salíamos de caza. Y, no sé por qué, me dio escalofríos notar que se había puesto su dentadura postiza.

Tan solo se quedó ahí de pie mirándome. Sentí que algo lo asustaba y no me entraba en la cabeza qué podía llegar a asustarlo. Nunca antes lo había visto expresar temor alguno; cuando lo veía montar siempre me había parecido un hombre sin una pizca de miedo. Toda la luz de la linterna parecía reflejarse en sus dientes… Lucían resplandecientes, como si los hubieran pintado con fósforo. Eran lo único que brillaba en esa horrible arboleda invernal.

–¿Ha traído las pastillas?

No quería las pastillas. Solo quería que dijera algo, lo que fuera, para que dejara de estar ahí de pie en silencio sobre sus piernas arqueadas, con ese

bombín ridículo en la cabeza.

Parecía incapacitado para hablar. Hacía unos movimientos raros con la boca, como un pez boqueando, y era como si estuviera tan poco acostumbrado a usar la dentadura que de alguna manera lo ahogaba.

Empecé a subirme a mi bicicleta. Quería alejarme de él. Parecía que McAfee había enloquecido mirándome de esa forma tan peculiar, cautelosa, como si no se atreviera a quitarme los ojos de encima por miedo a que lo atacara de repente.

–¡No te vayas!

Su voz sonó como un silbido a través de su dentadura. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y luego me dio un pequeño frasco de cristal lleno de pastillas.

–Tómalas, Caroline. Te sentarán bien. Te arrepentirás toda la vida si no las tomas.

Miré el frasco con suspicacia. No me gustaba el aspecto de esas pequeñas pastillas blancas.

–¿Qué son?

Noté que el frasco había tenido alguna vez una etiqueta con el nombre, pero ahora era imposible de leer porque alguien había raspado la impresión con la punta de un cuchillo.

–Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero no importa, hacen maravillas. Sé una buena chica. Tómalas de una vez.

–¿Por qué han raspado lo que decía en la etiqueta?

McAfee se estremeció, puso los ojos en blanco como si le hubiera dado un golpe.

–Yo no lo hice.

–¿Quién lo hizo?

–El frasco estaba así cuando me lo dieron.

–No quiero tomarlas a menos que sepa qué son.

–Está bien. Creo que tienes razón.

Casi parecía aliviado, como si alguien más estuviera obligándome a tomar las pastillas y él siempre hubiera estado muy en contra de que lo hiciera.

–No debes tomar pastillas, Caroline; sobre todo si no sabes lo que son.

Me preguntaba si le molestaría que me fuera a casa, dado que ya no parecía interesado en que las tomara, y yo ya no estaba preocupada por herir sus sentimientos. Pero seguía esperando algo, y todavía me resultaba insufrible la forma cohibida en que me miraba fijamente, porque me asustaba sentir que podía asustar a un adulto.

–Quizá pueda llevar las pastillas donde las conseguí y hacer que le pongan una bonita etiqueta nueva, que se pueda leer.

A esa altura ya parecía hablar por hablar, tratando de decir cualquier cosa que me agradara.

–Cuando devuelva el frasco, Caroline, te aseguro que me quejaré sobre la etiqueta.

–Eso sería lo mejor.

De un momento a otro sus modales cambiaron, ya no estaba asustado, y la parte blanca de los ojos pareció oscurecerse de lo enfadado que estaba.

–Si me tomo todo el trabajo de conseguirte nuevas pastillas tendrás que tomarlas, y sin quejarte. A esta gente no le gusta que jueguen con su producto.

Hubo algo en su nueva expresión que me dio pánico, porque descubrí que tenía la misma mirada de concentración despiadada que había visto tantas veces cuando le indicaba a un caballo que salte, golpeándolo en los cuartos traseros con la fusta de mango de hueso y clavándole las espuelas hasta hacerlo sangrar. La sospecha que horadaba mi cerebro como un taladro desde el momento en que me había mostrado las pastillas salió a la luz de repente y se convirtió en una certeza. McAfee era un envenenador… Todo tenía sentido. Si las pastillas estaban hechas para hacerte montar mejor, ¿por qué insistía en que me las tomara en ese momento, en una arboleda lejana? ¿Por qué no podía dármelas en los establos? Entendí en ese instante por qué parecía tan aterrorizado de que alguien lo viera dándomelas. Por qué se comportaba de forma tan extraña, sigilosa, poniendo los ojos en blanco y susurrando cada vez que las mencionaba. Estaba segura de que la palabra “veneno” había estado escrita alguna vez en

la etiqueta y él la había raspado porque sabía que no tomaría las pastillas si leía eso.

Solo tenía una vaga idea de por qué McAfee querría envenenarme. Pero estaba bastante acostumbrada a que los impulsos de los adultos me resultaran inexplicables. En esa época, las tramas policiales que leía y las películas que miraba estaban tan presentes en mi mente, con sus imágenes amenazantes y violentas de diversos miedos y fantasías, que no sentía que necesitara encontrar una buena razón que justificara por qué McAfee quería asesinarme. Me conformé con la presunción de que siempre me habría odiado en secreto. Todos esos años obligado a llevarme a montar a través de interminables senderos y pastizales de Úlster. Me pregunté por qué nunca me había dado cuenta de lo muy serio que se ponía cada vez que me decía que odiaba a los malos jinetes. Porque, a fin de cuentas, esa noche había querido engañarme para que tomara veneno, y estaba segura de que si hubiera sido lo suficientemente estúpida para tomar las pastillas ya estaría muerta y enterrada por él debajo de alguno de esos robles.

Salí disparada y salté sobre mi bicicleta. A McAfee pareció tomarlo por sorpresa. Era como si no pudiera entender por qué me había puesto a llorar.

–Caroline… Caroline… ¿Qué he hecho? –repetía.

Hizo un gesto como si fuera a aferrarse a mi rueda trasera, pero luego se arrepintió. Empecé a pedalear, y pedalear, y tuve la sensación pesadillesca de que mis ruedas giraban y giraban en falso sobre las huellas en el lodo. Pero cuando me di vuelta para revisar si me estaba persiguiendo lo vi completamente quieto en ese claro, un ser muy pequeño y desanimado. Antes de perderlo de vista estaba dando zancadas con sus piernitas, como un animal, rengueando en el sendero.

–Caroline… Caroline…… –me gritó–. Por favor… por favor… ¡No digas ni una palabra!

La única persona a la que le conté mi encuentro con McAfee fue Perdita. Coincidió conmigo de inmediato en que obviamente era un envenenador. Ambas sentimos que sería muy peligroso contarle esto a nadie, porque no sabíamos lo que ese hombre podría llegar a hacer. Decidimos que nunca

más saldríamos a montar con él, y nunca más nos acercaríamos a los establos.

Durante muchos meses, McAfee se pasó el día entero sentado a solas en el cuarto de las monturas. Lustraba sin necesidad los remaches de las bridas, lavaba nuestras cinchas y les pasaba cera a nuestras monturas. Nuestros caballos se pusieron más y más gordos, por la falta de ejercicio. McAfee los peinaba, les preparaba su alimento de salvado y trenzaba sus crines con pequeños lazos rojos. Dado que Perdita y yo ya no teníamos interés alguno en montar, transcurrido un año se decidió que McAfee era un desperdicio de dinero, y cuando lo despidieron mandaron nuestros caballos a pastar.

Cuando me encuentro con Perdita a menudo recordamos a McAfee, y nuestra conversación deriva en preguntas que terminan siendo frustrantes y agotadoras, como quien hace un crucigrama sabiendo que nunca podrá leer las respuestas. Siempre me pregunta lo mismo. ¿Cómo se le ocurría a McAfee que iba a salirse con la suya? ¿Qué serían las pastillas y cómo y dónde las había conseguido? ¿Cuánto sabía de esto la señora McAfee? ¿A cuántos otros niños McAfee le habría dado pastillas de ese tipo? Si las hubieras tomado, ¿qué te habría…?

–Te lo pido por favor… por favor… –respondo siempre–. No quiero ni hablar de eso. Por favor, por lo que más quieras, ¿podrías dejar de decir tantas palabras?

Cochino

Los mortecinos pasillos victorianos de piedra olían a botas de fútbol y antiséptico. El comedor tenía impregnado un olor persistente a guiso en mal estado. "*Madame Souri a un jardin*", repetía el profesor de francés, mientras afuera del colegio las gaviotas graznaban y volaban en círculos a través de la niebla que cubría el Belfast Lough. Las clases eran agobiantes, pero siempre parecían preferibles a los recreos, cuando McDougal hacía que los chicos se compincharan para amedrentar a los nuevos.

McDougal dominaba la escuela preparatoria de Stoneyport en parte por su carácter, pero sobre todo por su tamaño. A los once años era casi tan alto como un hombre adulto. Además tenía una condición en la tiroides que le daba más fuerza y le imprimía un sobrepeso demencial. Era un pelirrojo casi albino, con una nariz como un hocico que le había valido el mote de Cochino. Tenía unas pestañas que parecían espolvoreadas con talco y sus pequeños ojos eran pálidos, estaban como caídos y siempre pestañeaba. Sus ojos parecían transmitir un constante entusiasmo por algún nuevo plan macabro.

McDougal siempre conseguía que los otros chicos cumplieran sus deseos, y la forma en que lo obedecían era abyecta y carecía de la menor simpatía. A nadie en el colegio le caía bien Cochino McDougal, pero todos lo respetaban y le temían porque sus odios eran firmes, mientras que los de ellos eran todavía difusos y vacilantes. Los odios de McDougal eran tan inquebrantables, tan fiables, y tenían tal simplicidad que, como un servicio de transporte impuesto a la fuerza en un país en caos, eran bienvenidos por

todos los chicos porque se sentían inseguros ante su propio estado anárquico de confusión preadolescente.

McDougal odiaba dos cosas: a los alumnos nuevos y a los católicos. Si se llegaba a enterar de que un alumno nuevo era católico… Pero eso era imposible en la escuela preparatoria de Stoneyport, porque nunca habían aceptado a ningún católico. El rector no tenía interés en que prendieran fuego el colegio. En Úlster las noticias corrían muy rápido. La gente tenía costumbres muy arraigadas. No existía tal cosa como ser demasiado cauteloso.

McDougal, por lo tanto, no tenía oportunidad de confrontar con sus archienemigos. Pero cada año lectivo le ofrecía una nueva camada de alumnos nuevos. También había descubierto que en una cabaña maltrecha a las afueras del colegio vivía una familia de católicos.

Incluso hoy me pregunto cómo es que McDougal se enteró de que la cabaña estaba llena de católicos. ¿Su obsesión lo volvía más sensible a las sospechas y los rumores que siempre rondaban el cotilleo de Úlster? ¿O McDougal sencillamente se equivocó? ¿Y si la familia en realidad no era católica? ¿Lo sospechaba McDougal cuando nos reunió en nuestra tarde libre y nos obligó a salir a todos para que la escuela entera fuera a apedrearlos? ¿Pensó que esa familia lucía tan arruinada y deprimida, que todos lucían tan desencajados cuando comenzaron a lloverles piedras sobre sus cabezas, que se comportaban de forma tan católica, que de alguna manera merecían cualquier cosa que les hicieran?

–Blackwood –me dijo McDougal un día–, no me gusta que admitan chicas en el colegio. Hace que todos parezcamos insignificantes.

Me dejaron entrar a la escuela preparatoria de Stoneyport como un favor, porque estábamos en época de guerra y con el racionamiento del combustible era el único colegio privado lo suficientemente cerca de nuestra casa. Yo iba solo de día, mientras que todos los chicos eran pupilos. Llegaba cada mañana en un carruaje tirado por un caballo.

Desde mi primer día en Stoneyport tuve la constante sospecha de que tarde o temprano McDougal iba a meterse conmigo. Sabía muy bien lo poco que le gustaba cualquier cosa extraña o fuera de lugar. Detestaba a Derry

Green porque tenía una mancha de nacimiento. No le gustaban los chicos que tenían gafas o fundas doradas en los dientes. Siempre aterrorizaba a los que usaban calcetines grises y no los indicados en el uniforme de Stoneyport, que eran grises con una fina línea azul en la parte superior. El odio obsesivo de McDougal hacia cualquier alumno nuevo era causado sobre todo porque mostraban agitación, parecían perdidos y su triste palabrerío sobre extrañar su hogar le generaba una sensación de perplejidad que él no podía soportar.

McDougal se quedaba de pie en el campo de cricket y sus muslos, afectados por su condición tiroidea, parecían demasiado grandes para sus pantalones cortos. McDougal casi siempre estaba acompañado de Johnson, McAlister, Barcley Jr. y McBane. Su altura y su porte hacían que a su lado ellos parecieran enanos, pero estaban motivados y eran inquietos. Los cuatro me recordaban a esos perros de caza que gruñen junto a las botas del cazador. McDougal podía reunirlos al instante en caso de necesitarlos. Era como si tuviera una especie de silbato para perros al que ellos eran sensibles pero cuyo timbre resultaba demasiado agudo para el resto de los humanos.

–¡Coged a ese bocazas! –gritaba McDougal.

Estaban tan bien entrenados que cogían al nuevo alumno por la espalda casi al instante. Lo arrastraban hacia un sector detrás de unos grandes arbustos, donde ningún profesor podría verlos o escuchar los gritos. Johnson y McAlister le torcían los brazos y los colocaban detrás de su espalda. Barcley Jr. y McBane se sentaban encima de sus piernas.

–Ahora va a empezar a chillar. ¡Este maldito llorica insignificante!

Luego se formaba una pequeña multitud, como pasa cuando hay un accidente de coche.

–¡Que alguien le sostenga la nariz! –gritaba McDougal.

Siempre algún chico se ofrecía. McDougal se adelantaba como un general repasando su tropa. Se abría la bragueta de sus pantalones cortos con la lentitud ritual de un sacerdote despojándose de los hábitos. Su pene siempre lucía muy rosado e hinchado mientras lo sostenía como una pistola con la que apuntaba.

–Sostened fuerte la nariz. Haced que abra la boca. ¡Maldito imbécil! ¡Este maldito llorica!

El alumno nuevo se retorcía frenéticamente en el césped, todo rojo, rasguñado y ahogándose. El chorro dorado de orina de McDougal a veces erraba la boca, y salpicaba su pelo, o sus gafas, y corría por sus mejillas empapadas de lágrimas.

–¡Inútiles, mantenedlo quieto!

A veces la puntería de McDougal era muy buena.

–Seguid sosteniendo la nariz. Quiero que se lo trague.

Cuando McDougal terminaba siempre sonreía de forma arrogante y tonta.

–Creo que ha tragado bastante. ¿Quién quiere seguir?

Los miembros de la muchedumbre hacían fila, chico tras chico, y todos abrían sus braguetas. Se repetía el mismo forcejeo, la asfixia y los gritos, los mismos yerros, la misma buena puntería. Al final McDougal se cansaba de ver ejecuciones que claramente le parecían copias muy insignificantes de la suya.

–Dejad que se vaya. Ha tragado tanta meada que debe apestar como un váter.

–¿No es tóxico beber tanto? –le preguntó una vez a McDougal un chico asustadizo con aspecto de comadreja.

Él se encogió de hombros medio exasperado mientras contestaba:

–¿A quién coño le importa?

Cuando McDougal me dijo que no le gustaba que admitieran chicas en el colegio, supe con certeza que lo que siempre había temido –que mi propia rareza me convertiría en su blanco– estaba a punto de sucederme. Antes de eso, siempre me había llevado bien con él. En ese momento sentía que lo más importante en toda mi vida era llevarme bien con McDougal. Como era igual de cobarde pero más astuta que cualquiera de los chicos, siempre lo había tratado con una adulación constante y repulsiva. Me reía de todos sus chistes, que casi siempre eran muy crueles y rara vez graciosos. Le cedía mi tarjeta de racionamiento de dulces y robaba cigarrillos de casa y se los llevaba.

–Blackwood se las apaña bastante bien a pesar de ser chica –decía a veces, mirándome con sus pequeños ojos debajo de pestañas blancas.

Mi abyecta servidumbre no era la única razón por la que McDougal no se había metido conmigo. Una vez me dijo que nunca había visto a una chica desnuda. Luego siguió haciéndome más y más sugerencias amenazantes. Y finalmente me preguntó si aceptaría desnudarme frente a él. Como estaba demasiado intimidada como para arriesgarme a tenerlo de enemigo, acepté. McDougal decidió entonces que debía desnudarme detrás de unos arbustos de azaleas que estaban lo suficientemente lejos del colegio como para escondernos. Mientras caminábamos juntos descubrí, con impotencia, que les había ordenado a Johnson, McAlister, Barcley Jr. y McBane que nos acompañaran. Los cuatro eran tremendamente tímidos y torpes. Mientras avanzaban a mi lado hacia los arbustos estaban tan taciturnos como deudos acompañando un féretro. Se quedaron de pie en semicírculo en un hueco entre las azaleas. Guardaron un silencio respetuoso mientras me desvestía y todo el asunto se parecía cada vez más a un entierro.

Nadie parecía entretenido o contento en lo más mínimo con mi *striptease*. Me sentí mortificada y humillada, y los chicos también lucían mortificados y humillados. Las mismísimas hojas de las azaleas parecían alicaídas, como si no toleraran la incomodidad, la sordidez y la vergüenza.

Era común en Úlster en aquella época considerar la desnudez como algo temido, como un asesinato, y Johnson, McAlister, Barcley Jr. y McBane se veían muy asustados. Parecían estar esperando en la puerta de la oficina del rector para que los castigara con la vara. Y para mi sorpresa, dado que tenía una imagen mental de su omnipotencia tan exagerada, era McDougal el que, obviamente, estaba más asustado de todos. De pie ahí en un hueco entre los matorrales había perdido toda su confianza, había sido despojado de toda su autoridad. Traíamos imbuido un puritanismo presbiteriano, pero McDougal parecía mucho más aferrado a él que el resto de nosotros. El abrir y cerrar nervioso de sus pestañas blancas se volvió peor de lo habitual. Tenía la boca semiabierta y le temblaba. No podía dejar las manos quietas.

–Nunca he visto a una chica antes.

Lo susurró con una suerte de pavor, y sonaba como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

–No sabía que sería así.

Y como eso nos puso mucho más incómodos a nosotros, él mismo parecía incrementar su incomodidad. Parecía darse cuenta de que era el responsable de esto, y sin embargo no podía detenerlo.

–Solo soy un niño –murmuró de golpe, como si necesitara hacer una aclaración muy importante.

Estaba prolongando un hecho que se volvía cada vez más doloroso a medida que pasaban los segundos, porque parecía incapaz de decidir cuánto tiempo debía mirar. La presencia de los otros chicos lo inmovilizaba. En frente de ellos le avergonzaba la posibilidad de no obtener una ventaja mayor. No se atrevía a hacer lo que era obvio que quería, ponerle fin a toda la situación e irse de ahí.

–¿Ya te ha bajado?

La cara porcina de McDougal, por lo general tan rubicunda, estaba pálida y sobre su frente parecieron emerger unas manchas por los nervios. Instintivamente presentí que no debía confesarle que nunca me había venido. Lo supe por el horror supersticioso que comunicaban sus pequeños ojos: la menstruación era execrable para él, y cualquiera que la hubiera tenido podía usarla como un arma en su contra. Cuando me negué a contestar, mi silencio pareció electrizarlo, y me di cuenta de que sus dientes empezaron a castañear como si fuera un nadador en invierno. De inmediato, embriagada por la sensación de que los roles se habían invertido, que el miedo que me tenía McDougal ahora era mucho más grande que el miedo permanente que yo le tenía a él, me puse toda la ropa sin importarme si él quería que me la pusiera o no, y empecé a caminar en dirección al colegio, segura de que no se atrevería a mover un dedo para obligarme a volver a los arbustos. Sentí, con inmenso y vengativo placer, que por un rato él había perdido todo su control sobre el resto de los chicos. Que ellos sentían que les había fallado en una situación en la que necesitaban de su liderazgo. Que su comportamiento mientras me desvestía era exactamente aquel que él les había enseñado a despreciar. McDougal se había vuelto "insignificante".

Todo su comportamiento fue extraño. Y lo más decepcionante de todo fue que durante todo el tiempo que duró la penosa situación McDougal parecía que iba a "chillar".

Durante el resto del año McDougal pareció seguir teniéndome ese peculiar miedo. Dejó de pedirme que robara caramelos y cigarrillos para él. Jamás hizo que los chicos me atacaran. Jamás volvió a dirigirme la palabra. Parecía que no me veía. Durante las clases tomaba la precaución de nunca elegir un pupitre que estuviera cerca del mío. Y en todo momento supe que McDougal estaba muy pendiente de mí, de que me evitaba deliberadamente como si pensara que iba a echarle un mal de ojo.

Yo estaba encantada de tener ese poder ignominioso sobre él, demasiado aliviada por esa inmunidad temporal a sus ataques, pero jamás perdí la sensación acuciante de que había pocas esperanzas de que este feliz estado de cosas durara.

Cuando McDougal se me acercó un día y me dijo que no le gustaba que admitieran chicas en el colegio, su cara tenía tal expresión de odio que me di cuenta de que todos esos meses en silencio había estado reprimiendo su beligerancia y resentimiento para un momento como este.

–Si no quieres que tu vida en este colegio se convierta en un infierno, Blackwood, va a ser mejor que te vuelvas útil.

McDougal me dijo que quería organizar un ataque después de clases. Quería volver a sacudir a los jodidos católicos que vivían en la cabaña cerca del pueblo de Ballycraig. Quería que recogiera municiones para él y que fuera quien se las suministrara durante el ataque.

–Si no quieres un piedrazo en la boca, Blackwood, mejor que no haya ni un solo momento en que no tenga algo en la mano.

McDougal inició su ataque después de clases. Johnson, McAlister, Barcley Jr. y McBane caminaban adelante con él, como si fueran sus generales. Inmediatamente después venía yo, cargando una pila de rocas dentro de una funda de almohada, y el resto del colegio detrás de mí en una hilera rezagada.

Mientras marchábamos todos nos sentimos liberados y con entusiasmo. Era miércoles, teníamos la tarde libre. En general todos odiaban tener la

tarde libre porque daban vueltas, extrañando su casa, escribían cartas a sus padres para pedirles más sellos, o se tiraban boca abajo en los campos del colegio a chupar sin descanso la savia de algún tallo de hierba.

Pero de camino a la cabaña esa sensación de estar prisioneros que tenían los pupilos de Stoneyport se desvaneció como una pluma que se lleva el viento.

–No nos pueden echar a todos –dijo una voz mientras cruzábamos los límites del colegio–. Se deben haber dado cuenta de que todos nos hemos ido. Apuesto a que saben lo que estamos haciendo, apuesto que no les importa.

Nuestra habitual mezcla de miedo y odio hacia nuestros profesores parecía haberse desvanecido. Sentíamos que teníamos su tácita aprobación. Que su poder nos respaldaba. Habíamos olvidado todos los detalles de las conspiraciones, vapuleos y sumisiones a los que éramos sometidos.

Por un instante durante nuestra marcha nos embargó una maravillosa sensación de pertenencia. Todos estábamos exultantes, incluso los alumnos nuevos; estábamos convencidos de que nos protegeríamos los unos a los otros, que la cabaña era una fuerza maligna que avanzaba sobre nosotros y no al revés, creíamos que ante la provocación constante que venía desde la cabaña todos debíamos comportarnos con bravura.

La cabaña estaba en un terreno aislado a un kilómetro del pueblo de Ballycraig. Era un edificio todo manchado, pequeño y pintado de un blanco tenue, y tenía un techo de paja medio comido por las polillas al que le habían colocado unas lonas atadas en los lugares más ralos para que no entrara la lluvia.

McDougal les ordenó a todos los chicos que rodearan el lugar, que se pusieran a cubierto entre los árboles y los arbustos, y que se aseguraran de que ninguno de los ocupantes escapara. Luego, corpulento e hinchado, salió de su escondite y comenzó el ataque. Bombardeó la cabaña con piedras que yo iba sacando de la funda de almohada. Tenía muy mala puntería y le tomó mucho tiempo acertarle a alguna de las pequeñas ventanas oscuras. Pero irremediablemente sucedió, y una anciana salió al jardín en el que crecían

unas pocas hileras de coles y entre las cuales picoteaban unas gallinas medio desplumadas.

Al principio se quedó ahí de pie, algo confundida. Tenía el pelo blanco, muy descuidado, y llevaba una larga falda negra y un delantal. Tenía los brazos enrojecidos y arrugados, la boca caída y su piel estaba cruzada por profundas arrugas.

–¡Fuego! –gritó McDougal, y todos los chicos le arrojaron piedras a la anciana.

Las gallinas cacarearon, un pastor alemán empezó a ladrar y ella gritó y se metió de vuelta en la cabaña. Se escucharon ruidos de conmoción, y varias siluetas se asomaron por las pequeñas ventanas.

Al final salió su marido. Llevaba una boina de lana vieja y un mono de trabajo, tenía el cabello tan blanco como ella y las mismas arrugas.

–¡Fuego! –gritó McDougal, y el viejo se refugió en la cabaña.

McDougal estaba a punto de ordenarles a sus tropas que avanzaran sobre la cabaña cuando de repente salieron cinco de los nietos de la anciana. Eran todos adolescentes, el mayor debía tener diecinueve. Usaban camisas abiertas hasta el pecho y botas de trabajo pesadas, y uno de ellos tenía una horca. Como si todos tuvieran una única voz, empezaron a insultar y juntaron cada piedra o palo que encontraban en el suelo y los arrojaron a sus enemigos escondidos detrás de los arbustos.

Al ver el tamaño de los nietos, lo feroces que sonaban sus insultos y que nos arrojaban pedazos de herramientas de hierro, rocas grandes y troncos, los miembros de la comunidad de Stoneyport perdieron toda su camaradería. Como una bandada de pájaros migrantes abandonaron sus posiciones estratégicas y corrieron, cuesta arriba, desde donde podían ver el resto de la batalla a resguardo. Mucho más asustada de los nietos que de McDougal, solté la funda de la almohada llena de piedras y me uní a los desertores.

Abandonado por todos, incluso por Johnson, McAlister, Barcley Jr. y McBane, McDougal se quedó solo frente a la cabaña. Ni siquiera parecía tener iniciativa para esconderse. Se quedó ahí de pie, impotente. Un comportamiento parecido al que había tenido cuando me desvestí. Era

como si su propia cobardía, al impedirle que se moviera, lo hiciera parecer valiente.

McDougal siguió recogiendo piedras de la funda de almohada, y siguió arrojándolas de forma débil y mecánica hacia la cabaña. Sus movimientos ya no parecían agresivos, eran más bien mecánicos y negligentes.

En general, McDougal parecía enorme y formidable, pero en ese momento fue como si su propia robustez y su bravura se hubieran encogido. Era un David rubicundo y fofo. Por lo menos así inspiraba algo de compasión, enfrentando él solo a los cinco nietos que oficiaban de Goliats.

Si los nietos se hubieran dado cuenta de que todos sus enemigos de Stoneyport habían huido como ratas detrás de los arbustos hacía largo rato, quizá hubieran matado a McDougal. Pero al no estar al tanto de esto se mostraban cautelosos y, en vez de avanzar sobre él, se quedaron a cubierto en una posición estratégica detrás de los corrales de las gallinas.

Habían encontrado una invaluable fuente de munición en un cajón de herraduras. Lo único que evitó que le acertaran a McDougal fue que eran de un metal tan pesado que no podían arrojarlas tan lejos. Aunque eventualmente uno de ellos tiró con suficiente fuerza y McDougal gritó, y de un momento a otro estaba cojeando y agarrándose la rodilla. Al parecer el dolor en la pierna le devolvió algo de cordura y sentido de supervivencia y se retiró, cojeando detrás de un arbusto, mientras los nietos lo abucheaban y festejaban.

Fue el final. De pronto, una niña de seis años, con un vestido manchado y una mochila escolar, llegó andando por el sendero que llevaba a la cabaña. Sin la menor idea de que en su casa acababa de ocurrir una batalla, iba silbando y saltando como si nada. Esa alegría, en medio del estado de derrota y humillación que sentía, obviamente enfureció a McDougal. Levantó la última piedra que tenía y la arrojó por sobre el arbusto con lo que le quedaba de fuerza y le pegó a la niña justo en la cara.

Ella cayó sobre el sendero con la sangre corriéndole por el rostro, y hubo un atronador grito de furia de los nietos mientras salían de su escondite detrás de los corrales sacudiendo horquetas, guadañas y palas. A McDougal y a todos los demás que estábamos mirando nos embargó un pánico

repentino y empezamos a correr en dirección al colegio. Era como si tratáramos de escapar, no solo de las guadañas y los nietos, sino también de la culpa de ese acto horrible que, sentíamos, todos habíamos cometido.

–¿Crees que llamarán a la policía? –Escuché que McBane le preguntaba a McDougal una vez que volvimos al colegio y estábamos sentados en unos escritorios en un aula vacía.

–Esa clase de gente no usa teléfono –respondió McDougal.

En apariencia parecía calmado, pero el pestañeo nervioso de sus párpados revelaba su agitación.

–¿Crees que la has dejado ciega? –le preguntó McBane.

Esperaba alguna clase de respuesta desdeñosa de su parte. Pero McDougal no dijo nada. Su silencio al parecer enfureció a McBane, y fue la única vez que lo vi enfrentar a McDougal.

–¡Maldito imbécil! –dijo–. Ahora todos estamos en problemas. Y fuiste tú el que nos metió.

–¿Por qué tanto alboroto? –McDougal parecía apesadumbrado–. No pasará nada. Te apuesto a que no pasará nada.

McDougal tenía razón, nunca pasó nada, pero McBane se negaba a creerle.

–¡La cosa se pondrá violenta!

–Esa gente no va a la policía –respondió McDougal–. No saben ni cómo hacer una denuncia. Te aseguro que no pasará nada.

–¡Maldito imbécil! –gritó McBane.

Y clavó la punta de un compás en el pupitre como si quisiera atravesar el robusto cuerpo de McDougal.

Unidad de quemados

–Al menos tienes suerte de vivir cerca de uno de los mejores hospitales de quemados del mundo… Los procedimientos nuevos son asombrosos. East Grinstead sigue a la vanguardia, incluso por delante de Estados Unidos y Rusia. McIndoe empezó en la guerra. Su hospital estaba cerca de los aeródromos. Él recibió a todos los pilotos de guerra con quemaduras…

Como visitante, las tardes eran el peor momento del día dentro de la sala sellada y aséptica de la unidad de quemados del Hospital Reina Victoria. Se percibía un sórdido vacío temporal ante todo ese silencio y esa languidez. Los quemados yacían tan quietos en sus cubículos de cristal, aislados y calefaccionados con temperatura tropical, que parecían perros echándose la siesta bajo los rayos de un sol invisible. Por las tardes todos los pasillos estaban desiertos e inhóspitos, y solo el sonido de las sandalias de plástico esterilizadas de alguna enfermera que pasaba rompía el silencio. Producían una especie de chapoteo, como si avanzaran con dificultad por un colchón de hojas secas. Una esperaría que esos pasillos de hospital olieran a antiséptico, pero en cambio olían, por desgracia, a nada. En el aire se sentía una curiosa nube densa de asepsia. A veces era como si esa misma esterilidad te ahogara, y te dabas cuenta de que echabas de menos la presencia de gérmenes.

Había demasiada quietud en esas tardes con todos los pacientes bajo el efecto de la sedación vespertina y sus quemaduras secándose al calor artificial como si fueran prendas en una tintorería. Empezabas a sentir que estabas atrapada en un submarino, a la búsqueda de cualquier indicio que te hiciera recordar siquiera cómo era la vida en la superficie. Rogabas por que

pronto llegara la hora de la comida, así al menos podría escucharse el ruido metálico de los contenedores esterilizados desde donde les servían a los pacientes la frugal comida de hospital. Se extrañaba el laborioso trajín de médicos y cirujanos enmascarados, que solo hacían sus visitas, injertos y operaciones por la mañana. Se extrañaba cualquier cosa que pudiera quebrar la atmósfera opresiva y estática de las tardes en la sala esterilizada, cualquier cosa que impidiera la sensación de que la principal actividad en esa unidad era la espera. Había que esperar para curarse. Había que esperar para morir.

Durante las tardes, la enfermera de guardia en el mostrador de recepción leía las noticias encorvada sobre el periódico. Detrás de ella reinaba una pared de televisores en silencio que ofrecían imágenes de todos los pacientes que estaban en la lista de peligro inminente. Las cámaras sobre sus camas los retrataban desde ángulos peculiares, aéreos, y las imágenes en las pantallas parecían fragmentadas y extrañas. ¿Dónde estaba el ruido familiar de los presentadores del telediario? ¿Dónde los programas de preguntas y respuestas y las imágenes intermitentes de las caras alegres de las estrellas pop? Te sentías desorientada y perturbada al ver esas imágenes estáticas, mudas, de vientres quemados o piernas injertadas en primer plano. Había algo macabro en la forma en que las cámaras persistían en hacer foco sobre tantos genitales heridos, todos perforados con el emblema distintivo de los quemados: el catéter.

–Ya te acostumbrarás –decían.

Pero nunca pude. Cuando mi hija estaba en la pantalla nunca me acostumbraba a verla ahí. Una vez apareció simultáneamente en tres pantallas. Ninguna de las tres parecía ser ella. Sin embargo, solía abandonar su versión de carne y hueso, la que yacía inconsciente en su cubículo, para ir al pasillo y mirar su versión en los televisores. Como casi nunca había nada que hacer dentro de esa unidad libre de gérmenes, hora tras hora miraba esas pantallas como si, por asociación, pensara que iban a proveerme alguna forma de entretenimiento. Y a veces, si las miraba fijamente durante el tiempo suficiente, empezaba a tener la alocada ilusión de que si alguien era

desconectado de las pantallas entonces su padecimiento se iría junto con la imagen.

–Ya te acostumbrarás…

Pero nunca me acostumbré a la forma en que los pacientes estaban dispuestos en exhibición para que pudieran ser vistos desde un pasillo "contaminado", como una pecera para reptiles en un zoo. Mientras pasabas de ventana en ventana, cada una de las habitaciones parecía una jaula de cristal en la que se exhibía un espécimen distinto, cada uno con su temperatura controlada y bien iluminado. ¿Sus circunstancias eran tan penosas que les importaba poco si estaban expuestos a la curiosidad de cualquier transeúnte? Dado que estaban despojados, por necesidad, de sábanas que cubrieran su desnudez, ¿había alguna razón científica de peso que justificara esta total exposición? Yacían todos ahí enmarcados como figuras en un cuadro de Francis Bacon, en posturas deshumanizadas, con sus piernas carbonizadas colgando y sus genitales perforados por catéteres. Había mujeres cuyos pechos eran dos ampollas gigantes de color bermellón, grandes como globos a punto de explotar. Había bebés en cunas con injertos violeta como las rayas de una cebra, y su única ropa eran los vendajes que cubrían las heridas de una intervención reciente. Había hombres sin rostro, con tubos que le suministraban algún alimento vital a un pedazo de carne rojiza ubicado donde antes seguramente había estado la nariz. A veces algunos de los cubículos de cristal aparecían vacíos, y solo se veía la camilla quirúrgica con una goma brillante de color naranja, especialmente diseñada para que no se pegara a la piel quemada. Como en una jaula para reptiles, que a primera vista siempre parece estar vacía, tenías la sensación de que alguna criatura todavía debía de estar escondiéndose alrededor de esa camilla, solo que resultaba invisible porque se camuflaba muy bien con su entorno.

Algunos días andabas por los pasillos exteriores y veías una imagen prístina y estática de médicos y enfermeras haciendo una tensa vigilia, sin descanso, alrededor de una cama. A medida que pasaban las horas apenas si se movían. Sus brazos alzados sostenían enormes bolsas de sangre, suero o plasma, y desde fuera parecía que las contemplaran como un cáliz

apuntando al cielo. Día y noche palpaban con sus dedos los tubos de los cuentagotas como si fueran rosarios. ¿Sería posible que pudieran salvar a esa masa carnosa? ¿Alguien tenía esperanzas de que aquella masa carnosa carbonizada que estaba en coma fuera a salvarse? ¿O sabían que no tenían salvación y sin embargo se sentían comprometidos a ofrecerles algo de dignidad con un último rito público y científico? ¿Era por respeto o por metodología que se negaban a bajar las persianas?

Ningún visitante tenía permitido ingresar a la sección aislada y desinfectada de la unidad de quemados. Era una regla que se hacía cumplir con severidad, pero había cierta consideración con las madres de los pacientes pediátricos. Dentro de la unidad las madres eran la minoría más temida y despreciada. Se las veía como ciertos británicos perciben a los asiáticos de Uganda, como una raza de entrometidos indeseables que por alguna razón habían logrado colarse al país gracias a un pasaporte espurio. Aunque todas las madres usaban idénticas cofias, sandalias y mascarillas blancas obligatorias, tal como el personal del hospital, en ningún momento se les permitía creer que engañaban a alguien con su vestimenta. Tal como un protestante de Belfast se jacta de reconocer a un católico de Belfast en medio de una multitud, de igual manera una madre podía ser reconocida de inmediato entre las otras siluetas blancas que pululaban por los pasillos del hospital. Una vez detectadas, las madres siempre despertaban escalofríos y hostilidad, porque eran bien conocidas como portadoras de todo tipo de pestes. Traían consigo patógenos que eran muy preocupantes y poco bienvenidos en la unidad. Lo único que ofrecían a este mundo científico, sellado y eficiente era su total inutilidad; venían con su pánico a cuestas, sus angustias y su histeria y, lo más temido de todo, traían su aprensión y sus gérmenes. Con esas indeseables características rezumando de cada poro, las madres iban por los pasillos impolutos con ojos desencajados, espiando por encima de las mascarillas, tratando de dilucidar algún tipo de pronóstico en los rostros de los empleados del hospital, que por supuesto odiaban ser abordados y fastidiados mientras iban de un lado al otro con suma urgencia.

–¿Va a recuperar la vista, hermana? ¿Necesitará muchos más injertos?

–Me temo que tendrá que preguntárselo al doctor… Lo lamento mucho, pero me temo que no puedo responderle. Le sugiero que lo consulte con el doctor.

Y todos sabían que era imposible consultarle al doctor porque, fuera quien fuera, siempre estaba ocupado. Si alguna vez encontrabas un médico siempre resultaba ser un médico joven y te sugería referir tus preguntas a algún médico más avezado, que siempre estaba ausente. Un día, mientras recorría los pasillos de la unidad, estuve segura de que había encontrado al susodicho doctor. Era muy viejo, con cejas tupidas que parecían aún más blancas que su cofia. Caminaba encorvado, pero su paso lento venía cargado de un inmenso orgullo y autoridad. Sus ojos sesudos pero agobiados lucían fatigados por las largas horas de vigilia. Fruncía el ceño y parecía preocupado, su bello rostro seguramente había envejecido prematuramente a causa de la acuciante responsabilidad de sus diarias decisiones de vida o muerte. McIndoe debió de haber caminado por los pabellones de la unidad de quemados con la misma confianza y dignidad. McIndoe ya estaba muerto, pero este viejo cirujano distinguido debía de ser, con seguridad, el genio y la autoridad suprema del hospital. Lo detuve y le pregunté cómo progresaba mi hija. Los ojos sobre su mascarilla quirúrgica me miraron con estupefacción. Me di cuenta de que no hablaba inglés. Luego lo vi caminando con el mismo paso digno y orgulloso llevando una mopa y un cubo. Al final se volvió evidente que era el hombre que habían contratado para limpiar los baños de las enfermeras.

–Ya te acostumbrarás…

Pero nunca me acostumbré a la forma en que, una vez que las desinfectaban y las vestían como extras en una serie cómica de televisión sobre médicos, las madres perdían cualquier indicio de individualidad. Una vez que las admitían en el área estéril era como si todas fueran la misma y se referían a ellas sencillamente como: “la madre”. Dentro del sofocante cubículo calefaccionado la niña cuyo cuerpo tenía el color de un pedazo de carne carbonizada gritaba pidiendo agua con la fruición enloquecedora de la sed de quien acaba de quemarse.

–Decidle a la madre que le diga a la niña que no puede beber ni una gota de agua. Le suministramos todo el líquido permitido a través de la vía en su mano.

–¡Dadme agua! ¡Dadme agua!

Y luego, como si hubiera recordado que si quieres algo debes pedirlo amablemente, la niña empezaba a susurrar:

–Por favor, ¿me podéis dar un sorbito de agua? Por favor. Por favor. Solo un sorbito…

–Decidle a la madre que le diga a la niña que puede tomar una cucharadita de agua dentro de dos horas. Y decidle a la madre que le diga a la niña que no tiene sentido que haga semejante escándalo. Tiene que esperar dos horas.

Y luego, un poco más tarde:

–Decidle a la madre que lo único que está haciendo es poner nerviosa a la niña. ¿Podríais decirle a la madre que sería preferible que se fuera?

Y luego, más allá del sofocante cubículo, y en el pasillo, se escuchaban todos los otros gritos que venían de todos los otros cubículos de cristal amplificados por un sistema de sonido. ¿Tenían que poner el volumen tan alto? ¿Había alguna razón médica que lo justificara? Todos esos gritos parecían lo suficientemente estruendosos como para que no hiciera falta magnificarlos. Daba la sensación de que podías volverte loca en esos pasillos donde un horroroso coro de gritos de dolor sonaba como música. Y sin embargo, era obvio que, salvo las madres de visita, nadie en esa comunidad médica cerrada se sentía perturbado en lo más mínimo por ellos. ¿Cuánto tiempo debía pasar una en la unidad de quemados para volverse inmune a tal estremecedora emisión de aullidos? ¿Aprendías a ignorarlos tal como aprendemos a ignorar la música incidental?

Alguien me dijo:

–McIndoe tenía manos mágicas. McIndoe entraba a ver a una mujer que jamás podría volver a hablar salvo por un tubo de plástico que le salía por el pómulo y, cuando se iba, la mujer se sentía como una reina…

La leyenda de McIndoe prevalecía de tal modo en los pasillos de la unidad de quemados que sentías angustia, casi una injusticia, cuando te

sentabas junto a su busto de mármol en la sala de espera y te dabas cuenta de que eso era lo más cerca que jamás ibas a estar de conocerlo. Cada día tenía tantas horas de espera, y sin embargo McIndoe, sobredimensionado y apoyado en su pedestal, jamás dejaba de sonreír. Se lo percibía tan firme y capaz con su cofia. Había algo reconfortante y sabio en su sonrisa. Si no había otros visitantes en la sala de espera, te sentías tentada de empezar a hacerle preguntas. Al menos él no podía moverse de su pedestal. En la unidad que había creado, él era la única figura médica que no te ignoraba ni salía corriendo a toda prisa. McIndoe, por supuesto, habría sabido el pronóstico de cada uno de los pacientes que yacían desnudos y descarnados en esas cajas estériles. Todos debían estar progresando bien. Se lo veía obviamente complacido con su progreso. El pronóstico de cada uno de ellos debía ser excelente, incluso el del hombre nuevo que acababan de traer por una explosión en una planta química. ¿Por qué estaría sonriendo si no McIndoe?

Y luego, al mirarlo fijamente podías, a veces, imaginar algo menos reconfortante colándose en su sonrisa, un dejo de crueldad científica magnificente, un dejo de codicia intelectual.

–McIndoe recibió a todos los pilotos de guerra con quemaduras…

Por momentos podías verlo como un agricultor rogando que lloviera. Y luego un diluvio de conejillos de Indias caía desde el cielo hacia los moteles estilo Tudor de East Grinstead… Filas de ambulancias avanzaban con sus sirenas encendidas en medio del apagón. Las unidades estériles proliferaban y se llenaban de sueros, solución salina y suspensores, salas "azules" bañadas por la luz esterilizante. Y McIndoe sonriendo, viendo cómo la oferta encontraba demanda.

El día que dieron de alta a mi hija de la unidad de quemados me senté por última vez en la sala de espera junto a McIndoe. Mientras miraba la cara de este cirujano plástico con una sonrisa perpetua grabada pude imaginar que había otra cosa que se colaba en su rígida expresión. Una especie de pavor, un nerviosismo, un tenso temor de que quizás yo intentara expresarle mi gratitud. Aunque llevaba muerto mucho tiempo y estaba en un pedestal, preservado como el ídolo de la institución, McIndoe todavía parecía lo

suficientemente vivo como para temer que, en todas esas semanas que yo había pasado en esa unidad, no hubiera podido asimilar casi ninguno de sus valores. Lo único que parecía rogar era que no lo decepcionara demostrándole que aún no había comprendido que él sentía el mismo desprecio por la gratitud que por cualquier otra emoción, ya que de ninguna manera estaban vinculadas a una acción concreta. Cualquier injerto era más valioso que toda la gratitud del mundo. La empatía, para él, era un sustituto precario de la técnica. La precisión y el plasma eran incomparablemente superiores a la compasión.

Mientras abandonaba la sala de espera me giré para mirar a McIndoe, y la cara de la estatua me pareció entusiasmada con la idea de que los visitantes a la unidad quizás alguna vez pudieran considerar disfrutables sus visitas. Evidentemente, él era demasiado consciente de que estarían predispuestos a pensar que había algo inhumano en las rutinas mecánicas y especializadas, y en la aparente inmunidad al sufrimiento de su equipo de trabajadores de blanco impoluto en ese centro médico estéril. Pero esto le importaba más bien poco, porque sabía muy bien que los quemados eran distintos. Aprendían que incluso la más fría e impersonal de las terapias era menos inhumana que la inacción sentimental y empática.

McIndoe había visto la forma en que se negaban a abandonar la unidad de quemados una vez que ya no había razones médicas para quedarse ahí, porque lo que temían no era la insensible despersonalización de esta terminal científica en forma de acuario. A lo que más le temían era al mundo exterior, donde serían tratados con algo que resultaba inconcebible dentro de la unidad, dos crueldades idénticas: el horror y la pena.

FICCIÓN

La entrevista

–Me pregunta si me ha gustado la película que acabamos de ver. Y no. No. No podría decir que me ha gustado.

La viuda del pintor estaba sentada frente al periodista en el bar de un hotel. Ella era mucho más alta que él. Los huesos de sus codos eran tan finos que parecían dagas. Su ropa negra estaba arrugada y era tan de otra época que parecía que acababan de sacarla de un cofre de disfraces para niños, ropa vieja arrumbada durante años en un desván.

–La película está basada en la vida de su difunto esposo. ¿Cree que podría decirme qué es lo que le ha desagradado?

–¿Acaso en algún momento he dicho que la película me ha desagradado? De verdad espero que no se ponga truculento y empiece a escribir cosas que no he dicho. Los periodistas pueden ser tan despiadados. ¿Sería mucho pedir que sea amable conmigo esta noche? Debo confesarle que me siento bastante rara… casi como si fuera a desmayarme. Hacía tanto calor en esa sala. Había tan poco aire. No… mucho peor que eso. Me resultó bastante sofocante. Cuando me invitó a este bar no me imaginaba que iba a tener que darle una entrevista. ¿Por qué no me lo dijo? No tengo absolutamente nada que pueda interesarle. Pero parece un joven tan encantador. ¿No podríamos dedicarnos a beber y conversar un rato y olvidarnos de la entrevista? Para mí es un placer estar a solas con un joven tan encantador. Nunca salgo, ¿sabe? No me creería si le dijera lo poco que salgo.

–Me preguntaba si podría decirme alguna de las razones por las que le ha desagradado la película.

–¿Desagradarme? ¡Ay, otra vez esa palabra tortuosa! En todo el transcurso de la proyección ni una vez se me ocurrió que podía juzgar la película como si fuera un western. En lo único en lo que podía pensar era en lo afortunados que fueron en los viejos tiempos, porque nunca tuvieron que soportar algo semejante. Pensaba que estamos ante una nueva forma de tortura.

–¿Podría desarrollarlo? ¿Será posible?

–Bueno, en los viejos tiempos al menos te dejaban soltar a los muertos, soltarlos tan eficientemente que de alguna manera te convencías de que tampoco te habías perdido demasiado. Estoy segura de que así era muchísimo mejor. ¿Por qué pone esa cara? ¿Estoy diciendo incoherencias? ¿Mi estilo es muy retórico, muy afectado? Me temo que eso se debe a que casi nunca salgo. Si estás todo el tiempo sola empiezas a olvidarte cómo se habla con la gente. Aunque me temo que no puedo achacarle todo a la soledad. Mi esposo solía decir que cada vez que me refería a algo en lo que creía firmemente, me ponía poética, solía exagerar y daba vergüenza. Me decía que por eso nunca iba a poder pintar. Tenía razón, por supuesto. Yo lo sabía. Abandoné la pintura, como usted sabrá, aunque tuve cierta reputación en mi época.

–¿Tengo su permiso para citarla diciendo que su esposo la obligó a abandonar la pintura?

–De nuevo se está poniendo tediosamente truculento. Puedo asegurarle que él jamás tuvo miedo de que fuera su competencia, si eso es a lo que se refiere. Era algo un poco más intrincado que eso. ¿Me podría explicar cómo podrían dos personas vivir juntas más de una semana si los dos se dedican a la pintura? A lo mejor una pareja puede tolerar que los dos hagan lo mismo en otro campo artístico. Quizá dos músicos podrían, aunque sería algo ruidoso. Pero toda la parafernalia de la pintura. ¡Ay, querido! Y dos estudios separados. El de él, el de ella. No me puede negar que sería bastante ridículo. ¿Y se imagina que llegara multiplicada por dos la cuenta del enmarcador? ¿Y que los dos pelearan por quién sale primero a pintar la aurora boreal?

–¿Podría decirme algo más sobre la película?

–¡Mucho me temía que fuera a pedirme eso! He estado divagando. Noto en su cara que ya siente que soy absolutamente tediosa. Pero mire qué curioso, mientras veía la película pensaba si ser tediosa no era una de las cualidades que mi difunto esposo más valoraba en mí. Eso le permitía usarme de pararrayos contra el desagrado que él solía incitar tan fácilmente en tanta gente. Siempre que yo estuviera presente podía confiar en que atraería todos los zigzags de odio hacia mí.

–Qué interesante. ¿Podría, por favor, continuar?

–¿Por qué insiste en hablarme con esa exagerada amabilidad, joven? Ese tono de suavidad profesional me resulta de lo más perturbador. Me hace sentir que debo estar más cerca del final de lo que me gustaría admitir. Es como si pusiera paja para atenuar el ruido de los carruajes bajo mi ventana. No necesita tanta cortesía si quiere sonsacarme indiscreciones para su reportaje. ¿Podría terminar con esa aburrida deferencia y conseguirme otra copa?

El periodista, inquieto, miró cómo su brazo raquítico traía hacía sí un nuevo vaso de whisky y tomaba de él bajo la cortina del velo de encaje que caía de su enorme sombrero. El periodista nunca había visto un sombrero como ese.

–Quiere que siga hablando de esa película horrorosa… ¿Sabe qué? Todo el tiempo que estuve sentada ahí en la oscuridad pensaba que las grabaciones y las filmaciones a veces son como una violación. Sobre todo las grabaciones. Escuchar su voz fue lo peor. Ay, ¡en serio creo que en los viejos tiempos tenían suerte! Tenían dibujos y retratos, por supuesto, pero ninguno ofrece ese espejismo vívido, horroroso.

–¿Quiere decir que la película la perturbó porque le recordó a su esposo?

–Ni siquiera he insinuado que me recordara a mi esposo. ¡Ay, lo siento tanto! ¡Por favor, discúlpeme! No he querido gritarle. Es solo que, aunque pueda parecerle una vieja algo distraída, se dará cuenta de que tiendo a ser muy cuidadosa con las palabras que elijo. Para recordar a alguien, ese alguien debe estar ausente, ¿no es así? Claro que cualquier cosita puede ser un recordatorio. Una foto, un calcetín, un cenicero. Pero esta noche él no estuvo ausente. Justamente es eso lo que me inquietó tanto. Ahí estaba…

Hablaba. Se movía. Sonreía. Estaba ahí. Aunque creo que nunca sentí que se hubiera ido del todo. ¿Por qué cree que estoy sentada frente a usted en este bar insufrible? Tiene usted unos magníficos dientes blancos. Y esa sonrisa tímida. Tiene manos muy robustas. Siempre me fijo en las manos. Eso sí, sus ojos son fríos, como unos guisantes franceses congelados. Pero una se olvida de eso en cuanto vuelve a mostrar esa pícara sonrisita que a una la derrite. Y bueno, ese hermoso pelo ensortijado. Aun así: ¿cree que me gusta tanto? ¿Cree que me muero por darle una entrevista? Es solo que esta noche no tenía ganas de estar sola. Él se veía tan saludable, tan vivaz, ni siquiera el día en que me vi forzada a mirar fijamente los lustrosos herrajes de su ataúd sentí que estuviera muerto, no en realidad.

–¿Hay algo que pueda hacer? ¿Quiere que nos acerquemos a una ventana? ¿Se sentiría mejor si corriera más aire?

–Siento que le debo una disculpa por tanta agitación, tantas sacudidas y temblores. Supongo que mi velo negro le parecerá absurdo. Me pregunto si no está aliviado porque le impide constatar si me río o lloro. Pero, ¿por qué me hace sentir que le estoy haciendo perder el tiempo? Usted es tan insistente, está tan ansioso de que le responda… Y a la vez es tan amable conmigo. Mi reacción lo ha puesto tan nervioso que ahora noto que ha pedido una botella de whisky. Sabe que no hace falta que siga cargándolo en su cuenta. Puedo pagarme mi propia bebida. Últimamente es casi lo único que puedo hacer. A lo mejor por eso me gusta pagar.

–¿Está segura de que se siente bien como para continuar? ¿Diría que esta película ofrece un retrato honesto de su marido?

–¡Un retrato honesto! ¡Disculpe que me ría! Lo hicieron quedar como un imbécil. Pero, por alguna razón, no me sorprende.

–¿Un imbécil?

–Ay, sí. No se puede hacer un retrato más espantoso. Tan presuntuoso, tan célebre.

–¿Hubo algo en específico que le pareciera objetable de la forma en que muestran a su marido?

–¿Por qué me mira tanto los dedos? ¿Le intriga que hagan tanto ruido cuando muevo las manos, se pregunta por qué tantos anillos? Volviendo al

tema… Supongo que lo que más me deprimió fueron todas esas sonrisas desagradables. Es cierto que alguna vez sonreía, ocasionalmente. Habría sido imposible si no que obtuvieran tantas tomas de él sonriendo como un gato de caricatura. Aunque debo decir que es una fortuna gozar de una memoria tan endeble. Porque aunque puede que tenga varios recuerdos amargos sobre él, todavía puedo agradecerle a Dios que, aun a pesar de esta película, nunca, pero nunca lo recordaré como un hombre que estaba todo el tiempo sonriendo. ¡Pero lo que vi esta tarde en esa pantalla fue sorprendente! Incluso mientras preparaba un lienzo en su estudio se lo veía… rebosante de alegría. O caminando solo por la costa, siempre sonriente. ¡Ay, por dios, qué horroroso fue verlo así! Ya sea conversando con una actriz famosa, o recibiendo un premio, o rompiendo un huevo para el desayuno, parecía como si tuviera una afección en la boca que le impidiera dejar de sonreír. ¿Sabe qué? A ratos me daban ganas de gritarle desde mi asiento, pero pensé que sería un poco perturbador para el director y toda esa gente de la distribuidora.

–¿Podría decirme qué le habría gustado gritarle?

–Ay, no sé. Un improperio, una cosa de chicos. "¿De qué te ríes, marmota?".

–Además de su sonrisa, ¿hubo algo más que le molestara de la película?

–Ay, sí. Me perturba el hecho de que parece no haber aprendido nada.

–¿Podría intentar ser un poco más específica?

–Si alguien vuelve del mundo de los muertos para hacerte una visita vespertina, una esperaría que haya aprendido algo. Incluso que esa experiencia lo haya cambiado. Pero parecía saber incluso menos cosas que la última vez que lo vi. Era como si estuviera demasiado satisfecho consigo mismo, y demasiado ocupado sonriendo como para poder captar algo. Quizá se deba a que mostraban demasiadas grabaciones de cuando era joven. Como sea, no puedo evitar confesarle que me resultó un Lázaro bastante decepcionante.

–Usted no podrá negar que su difunto esposo era conocido por su egocentrismo y un carácter difícil. No tengo dudas de que, siendo su esposa, sufrió más que nadie su "temperamento artístico", para ponerlo en términos

amables. ¿Puede ser que no le haya gustado la película, no por las razones que acaba de darme, sino porque presenta una imagen que a usted podría parecerle lavada, sesgada incluso?

–En los últimos días tenía incontinencia. ¿Lo sabía?

–¿Qué tiene eso que ver con lo que acabo de preguntarle?

–Solo me preguntaba si está por sugerir que la película no me gustó porque no ofrece ningún momento en que él se desgracie frente a cámara.

Quizás acababa de ganar un round, pero allí no había nadie llevando la cuenta.

–Se ha sugerido más de una vez que en su relación con su difunto esposo usted era más una madre que una esposa. ¿Diría usted que eso tiene algún viso de realidad?

–Ay, sé que a la gente siempre le gusta simplificar burdamente todo. No, jamás diría que fui una madre para él, por la simple razón, más que evidente, de que él siempre tuvo una madre. Aunque era una ancianita muy estricta y no perdía oportunidad para humillarlo o hacerlo sentir mal cada vez que venía a visitarlo. Pero venía. Y vivió más que él, y lo cierto es que siempre estuvo a su disposición. Si alguna vez tuvo alguna otra madre además de ella, diría que la que más probablemente ocupó ese rol fue la bebida. Puedo asegurarle que esa era la única cosa que lo motivaba a levantarse y vestirse por las mañanas y su única ayuda para ir boyando de acá para allá. La única que disipaba un poco sus ansiedades y pesares y le permitía dormir por la noche… ¿Qué más se le puede pedir a una madre?

–¿Su marido seguía pintando a pesar de estar bajo los efectos de esta "madre", como usted la llama?

–Ay, sí. Siempre pintaba como con espasmos. Igual no importaba. Nunca le permití mostrar ninguna de las obras de esa última etapa. Cada vez que terminaba un lienzo, solía meterme en su estudio después de un rato y lo destrozaba con una navaja. Hay un cierto placer inherente en deshacerse de la basura. Supongo que por eso las amas de casa disfrutan tanto de hacer una limpieza a fondo en primavera.

–¿Su esposo agradecía este servicio que le brindaba, esta… limpieza de primavera?

–Ay, lo volvía loco, rompía cosas, por supuesto, a veces incluso se ponía a llorar, pero nunca me preocupó demasiado.

–¡Ya lo creo!

–¡Por qué tan pasmado, mi querido jovencito! Esos escrúpulos suyos son tan trillados. Son los escrúpulos de la prensa. Ahora, digamos, ¿puede imaginar un hombre al que le han cortado las manos? ¿Cómo diría que deben tratarlo sus seres queridos? Seguramente lo menos que pueden hacer por él es tratar de suplantar las manos que ha perdido. Ahora bien, si un hombre pierde la cordura…

–Cuando decidió que estaba en condiciones de evaluar la obra de su esposo, ¿se le ocurrió pensar que quizás otros críticos considerarían la destrucción de esas pinturas como un acto irresponsable y criminal?

–Por supuesto, sabía que estaba destruyendo obras que algunas personas considerarían valiosas. Ay, podría haber dejado que unos *marchands* entraran a su estudio, claro. Sin duda y sin demora se habrían llevado toda esa basura como jardineros que limpian un parque. Pero debe tener en cuenta que incluso cuando se había convertido en apenas el suspiro de un hombre, nunca dejó de ser ese bicho horroroso, un paranoide. Andaba a tientas, con sus antenas paradas, sacudiéndose y siempre listas para detectar un insulto. ¿Cree que no se daría cuenta de que lo estaban desplumando, incluso cuando creyeran que siquiera mirar su obra era una pérdida de tiempo? ¿Qué sentido tiene examinar los dibujos en el papel, si ese papel solo sirve para envolver caramelos? En esas circunstancias, ¿de qué le habrían servido unas cuantas ventas más a una persona que ya era una especie de pozo sin fondo de alcohol al que la turbulencia de la fama lo había hecho sentir un impostor?

–La preocupación que expresa por los sentimientos de su difunto esposo suena realmente conmovedora, pero, ¿no es cierto que usted es la dueña de la mayor colección privada que existe de sus obras?

–Quizá. ¿Cómo saberlo? En las pocas ocasiones que recibo visitas en casa, tengo la impresión de que la gente suele sorprenderse, porque nunca me he tomado la molestia de colgar un solo cuadro. Están todos ahí tirados, sin enmarcar, llenos de polvo, apilados contra las paredes, tal cual los tenía

cuando ocupaban su estudio. Mi esposo siempre decía que le parecía repulsivo que un pintor colgara sus propios cuadros en su casa. Siempre le dio pavor forzar a sus invitados y amigos a mirarlos, a comentar, o lo peor de todo, a halagarlo. Solía decir que no había cosa más deprimente que una casa que te hacía sentir como una galería que ofrecía la retrospectiva de un artista.

–Pero si era su esposo al que no le gustaba exhibir sus propias obras, ¿puedo preguntarle por qué le da tanto orgullo el hecho de negarse a colgar pinturas que usted no compuso?

–Sus obras son mis obras.

–¿Podría decirse que su colección se ha vuelto inmensamente valiosa?

–Es muy probable. Eso sí, jamás me he tomado el trabajo de cotizarla. Todavía tengo toda su ropa, ¿sabe? Nunca la miro. Nunca la exhibo. Incluso cuando estaba vivo me parecía bastante lamentable. Y puedo asegurarle que no he cambiado de parecer. Pero por alguna razón no me deshice de ella. Con sus pinturas me pasa exactamente lo mismo.

–Por supuesto. Por supuesto. Sé que usted dice ignorar por completo el valor de su colección, sin embargo ha admitido hace unos instantes que destruyó muchas de las obras de su esposo. Entre las cuales, por lo que sabemos, tranquilamente podría haber habido obras maestras. ¿Es posible que usted sintiera pánico de que hubiera demasiadas de sus obras en el mercado y eso hiciera disminuir su valor? ¿No será, acaso, que estaba protegiendo el porvenir de su patrimonio?

–¡Obras maestras! ¡Obras maestras! ¡Ay, cómo le gusta escuchar el traqueteo de sus propios disparates, chiquillo! Dígame, ¿qué significa para usted el concepto de "obra maestra"? ¿Podría decírmelo? Cualquier cosa que venga con un grueso y jugoso fajo de billetes, eso debe ser una obra maestra. Ahora, déjeme preguntarle algo: ¿por qué está ahí sentado transcribiendo cada una de mis palabras ebrias? Yo no le intereso ni un poco. Casi tan poco como él. Para usted somos como el envase de cartón de un producto exitoso. ¿Lo único que le interesa de nosotros es nuestra cercanía con el éxito comercial?

–¿Me permite halagarla? Tiene usted una forma muy ágil de esquivar preguntas incómodas.

–Ay, sí. Mi esposo solía decir que yo era como un *punching ball* en un gimnasio. Parece como si estuvieran ahí colgados esperando recibir un golpe, pero resulta que tienen un poco más de movilidad de la que esperas y a veces pueden rebotar y esquivar y dejarte tirando puñetazos en el aire.

–Todo su atuendo es negro. Es evidente que quiere mostrarse al mundo como una viuda afligida. Sin embargo, cada vez que menciona el nombre de su esposo su tono se vuelve curiosamente mordaz, malicioso. ¿Seré víctima de sus famosas evasivas si le pregunto si durante la vida de su esposo alguna vez sintió algún tipo de cercanía con él?

–Qué increíble estar aquí sentada en este hotel desagradable, con la música ambiental arrullándome, mientras permito que un desconocido me injurie con sus preguntas impertinentes y dolorosas. Ay, claro que había cercanía, pero solo como un criminal puede tenerla con su cómplice. Pienso que para él siempre fue un alivio creer que había alguien con quien compartir la culpa. Pero había algo peor. Había tanta desconfianza. Hoy me preguntaba, mientras lo miraba en la pantalla, si solo puede atribuirse al miedo su imperiosa necesidad de tenerme cerca. Como si yo supiera demasiado, y estuviera convencido de que, para no verse expuesto, tuviera que sobornarme para que me mantuviera por siempre callada. Era imposible entender un sentimiento de culpa como el suyo, era como una herida abierta sangrando en sus intestinos. Su crimen le parecería tan patéticamente irrelevante. Y, sin embargo, de alguna manera murió para subsanar el hecho de que, incluso en su mejor momento, su obra siempre fue muy mediocre.

Como alguien cuya vista se acostumbra a la oscuridad, el periodista se dio cuenta de que poco a poco podía empezar a entrever más allá de la barrera brumosa de su velo. Podía distinguir sus ojos, hundidos y ojerosos como cráteres, sus mejillas arrugadas, con una base de maquillaje tan espesa que se agrietaba, una boca floja, grasienta, pintada de escarlata.

–Y a la vez tenía tanto miedo de morir. Es curioso, yo nunca tuve tal temor.

El periodista asintió. Mientras la miraba fijamente se le ocurrió que la parca ya había hecho su mejor intento con ella, y había fracasado. Le parecía poco probable que tuviera energías para volver a intentarlo. Todos los fluidos y la carne de su cuerpo parecían haberse ido ya. Como si no quedara nada perecedero en ella, nada que pudiera secarse ni destruirse. Vista así parecía embalsamada, aislada herméticamente para toda la eternidad en una piel craquelada. Cuando ella repitió que nunca le había tenido miedo a la muerte él emitió un gruñido de asentimiento, como si por primera vez en la entrevista le creyera algo.

–Usted parece una mujer vigorosa y decidida. Imagino que, como pintora frustrada, no debe haber sido nada fácil vivir a la sombra del éxito de su marido. ¿Estaría dispuesta a admitir que hay algún grado de recelo en el muy evidente placer que le produce denigrar sus logros?

–¿Qué puede saber usted de sus logros? Ay, cómo desearía que dejara de usar esas vanas palabras periodísticas. Dudo mucho que siquiera supiera su nombre antes de que le asignaran esta entrevista. Y déjeme decirle que me parece hilarante que, cuando digo que su obra era mediocre ¡usted se sobresalte de esa manera! Además, ¿qué le hace pensar que lo digo despectivamente? ¿No se le ha ocurrido que, dado que soy una pintora frustrada, podría considerar que en el panorama actual ser un pintor mediocre es bastante meritorio?

–¡Esta denodada admiración por su mediocridad debe haber sido gran consuelo y motivación para su esposo!

–Ay, sí. Pero no hace falta que exagere su risita sarcástica. De alguna forma retorcida, sí, estoy segura de que lo fue. Verá, cuando se puso de moda, para él fue como si lo declararan de una intrascendencia absoluta. Tenía una honorabilidad retorcida, aunque no se ve nada de eso en la película. También era inteligente, aunque a menudo solo le servía para exacerbar una irritación que lo carcomía. La moda le parecía como esos nuevos trituradores de basura que pueden llevarse de todo… todo lo que sea suficientemente pequeño: piel de patata, hojas de té mustias y huesos de pollo. Siempre intenté recordarle que una máquina así también podía triturar pequeñas flores. Pero mucho me temo que sabía que al final, después

de pasar por la trituradora, todo terminaba reducido a una masa inconsistente, una que terminaba enterrada bajo tierra.

–Puede que a su esposo le molestara el éxito, como usted afirma, pero encuentro difícil de creer que a usted le generara problemas. Esto es algo impertinente, pero el modo en que lo describe me hace preguntarme: ¿por qué siguieron juntos? Da la sensación de que lo único que alguna vez sintió por él fue esta forma arrogante de desprecio y odio.

–¿Odio? ¿Odio? Ay, sin duda quise que se muriera, si eso es a lo que se refiere. Le llevé a escondidas muchas botellas de whisky al hospital, y cuando sus médicos lo descubrieron me trataron igual que a una asesina. En ese momento él ya era una gran maraña de agujas y tubos. Y más allá del dolor, yo sabía que lo que más le molestaba era la indignidad. Sus respetables médicos le exprimieron, a fuerza de cuidados, cuatro meses de sobrevida a su fatigado riñón, que en ese punto ya era causa perdida. A lo mejor tiene razón. Muchas veces pienso en eso. Cuando lo visité, en sus últimos días, me dijo que una vez que sabes que todo se acabó… ya no parece tan malo. Me dijo que toda su concepción del tiempo había cambiado y que incluso la más trivial de las experiencias se le aparecía valiosa de una forma totalmente nueva y mágica. Me aseguró que podía quedarse ahí tirado mirando una mosca volar de un lado a otro de la habitación y que eso ahora le daba tanto placer como el que alguna vez sintió al visitar un país nuevo. Por supuesto, nunca le creí una palabra. Era demasiado cobarde como para que fuera cierto. Siempre fue una persona que daba la sensación de que, si pudieras abrirle la tapa de los sesos, te encontrarías con un cerebro carcomido y asediado por los miedos más repulsivos. Dadas las circunstancias, ¿cómo podía creer que alguien así iba a encontrar un consuelo tal en el zumbido deplorable de una mosca? Sin embargo, él decía que sí. Lo único que una puede asumir es que trataba de tranquilizar a alguien. Como nunca fue otra cosa que un egoísta, no me parece muy probable que estuviera tratando de tranquilizarme a mí. En la Turquía antigua tenían un método de tortura predilecto, ¿sabe? Solían dejar a sus prisioneros atados boca abajo a unas tablas de madera que sobresalían de un precipicio. Por las noches cortaban las tablas, pero mientras tanto las víctimas tenían muchísimo tiempo para

estudiar el filo de las rocas que había en el fondo del cañadón, donde pronto perecerían. Creo que los respetables médicos de mi esposo lo ataron a una tabla similar en ese hospital. Pero eso es cosa del pasado y ya no hay nada que se pueda hacer. Ya se lo nota deshecho de aburrimiento. Cree que no va a poder usar ni una sola palabra para su entrevista. Hágame más preguntas, jovencito. Me divierte verlo tan orgulloso de estar haciendo esas preguntas provocativas. Me enternece esa convicción absurda de que hace falta un enfoque profesional para hacerme hablar. Si supiera usted… Hoy, después de mirar esa película, me temo que no hace falta mucho profesionalismo para hacerme hablar. Le juro, mi querido jovencito, que si esta noche hubiera terminado sola en mi casa, en este momento le estaría hablando al espejo. ¿Sabe algo sobre periquitos? Son unos pájaros tan tontos. Empiezan a extrañar si están solos en una jaula, pero si les pones un espejo, se plantan frente a él, empiezan a acicalarse y piar. Verá, cuando ven su propio reflejo creen que han encontrado una pareja. No sé si ya lo ha notado. Estoy segura de que se cree muy sofisticado, pero a mí me parece bastante inocentón. Todo este tiempo que ha estado interrogándome, lo único que se me ha pasado por la cabeza es si podría llevarlo a mi casa más tarde. Pensaba que si no tenía más remedio que hablarle y seguirle hablando por el resto de la noche, como si fuera mi espejo, bueno, nunca se sabe, a lo mejor empezaba a creer que usted es mi pareja.

”¡No se ponga pálido! Tiene la cara desfigurada y creo que lo he visto temblar. Si eso lo hace temblar, ¿no podría tener el decoro de ocultármelo? Todavía me queda un poco de vanidad, ¿sabe? Solía ser una mujer despampanante, muy solicitada. Le confieso que me desilusiona descubrir que es tan remilgado y convencional. Dado que me ha hecho tantas preguntas, ¿me permite que le haga una? ¿Por qué razón no podría pensarlo como mi pareja esta noche? Es evidente que le asustan mucho las mujeres mayores. Pero eso es muy pueril. Voy a tener que enseñarle que la vejez no es un germen que se contagia por el aire. Si me lo llevo a casa, tendré que esforzarme para que valga la pena, no crea que no lo sé. Aunque parezco distraída siempre fui bastante astuta. Le mostraría todas las “obras maestras” como le gusta llamarlas. ¿Cómo es posible que un experto en arte como

usted se niegue a vivir una experiencia tan intensa y única? Por la mañana, cuando me abandone, es bastante probable que le permita llevarse unas cuantas en carretilla. ¡Por fin! ¡Me temo que es la primera cosa que digo que le resulta de interés! Y ahora está sobresaltado porque se pregunta si estoy cuerda. Y si no lo estoy al menos se pregunta si hablo en serio. Cuando miro esos dientes blanquísimos y su elegante traje de verano y esos codiciosos ojos saltones le aseguro que hablo muy en serio. Usted está muy informado y sin embargo es un completo ignorante. Sus valores chapuceros le salen por los poros y brillan como el fósforo. Ay, seguro cree que merece tenerlas. Al menos usted tendría el buen tino de lanzarlas al mercado como si fueran leña para una hoguera. Usted no tendría ni una pizca de mi apatía procrastinadora. Después de todo, es periodista y conoce mejor que nadie el tiempo breve que dura la celebridad. Usted debe saber bien hasta cuándo los precios de sus obras seguirán su meteórico ascenso.

–¿Podríamos continuar con la entrevista, por favor? Tengo otro compromiso en breve.

–Tiene otro compromiso. Y ahora, obviamente, lo está lamentando. Usted es un simple oportunista. Y ya se ha dado cuenta de que podría estar ante una gran oportunidad. Pero ya me estoy cansando de tentarlo. Me temo que soy demasiado indiferente para seguir aparentando ser una depredadora. De todos modos, me satisface haber logrado perturbarlo y avergonzarlo. Siento que me lo merecía. Hoy me vi obligada a tolerar una película en la que me tiraban encima todo mi pasado, pero curiosamente retorcido y distorsionado, de la misma forma en que la comida vuelve con el vómito. Al salir, me pidieron que responda a un montón de preguntas que a usted pueden parecerle convencionales y de rigor pero, ¿cómo podría entender o siquiera importarle la enorme cantidad de pesares que sus preguntas sacaron a la luz?

–Lamento mucho que esta entrevista le haya resultado tan dolorosa. Puedo asegurarle que estoy tan ansioso por terminarla como usted. Solo quisiera hacerle una o dos preguntas más antes de dejarla ir. Por supuesto, no tiene obligación alguna de contestarme. Impresiona como una mujer que se tiene a sí misma en muy alta estima. ¿Siente que la película distorsionó los

hechos al presentarla a usted como un personaje menor mientras su marido recibía el trato de una estrella? ¿Le pareció de mal gusto que eligieran mostrar tantas tomas de él en compañía de Marina Casatti?

–Su primera pregunta me resulta demasiado risible como para contestarla. Pero sobre Marina… Creo que ver a Marina fue la única cosa que me gustó de esa peliculita vulgar. Durante una época ella fue muy importante, ¿sabe? Creo que tenían todo el derecho a mostrarla. Durante esos años él a veces decía que yo no lo dejaba ir. Una vez me dijo que yo tenía la mente de una reina y el alma de una mendiga. Y a un mendigo nunca le gusta deshacerse de las cosas que posee. Me resulta curioso porque yo siempre estuve convencida de que la cosa era al revés. Nunca sentí, ni por un segundo, que él estuviera dispuesto a desembarazarse de mi indiferencia. La indiferencia, incluso una más bien crítica e inconforme, puede ser algo muy sólido, ¿sabe? Puede ser como un muro, y puedes aferrarte a él como si fuera una especie de enredadera y, después de un tiempo, podrás notar cómo los ladrillos se aflojan. Pero basta de metáforas. Quiero hablar de Marina. Solía odiarla tanto y ahora siento que todo eso fue hace una eternidad. Seguramente usted pensará que el modo en que la odiaba era primitivo y mezquino. Recuerdo que una vez escribí su nombre en un cucharón de madera, de los que se usan para batir la mezcla para un *pudding*. Mi idea era llevar el cucharón al cementerio más cercano y clavarlo en alguna tumba recién cavada. Había oído que era una forma de llevar mal agüero a alguien. Y yo quería que le ocurriera algo terrible a Marina. Pero cuando estaba a punto de salir de casa comenzó a llover y luego, por usual inercia, me puse a pensar en cuán empapado y deprimente iba a estar el cementerio. Y pensé lo vergonzoso que sería que me encontrara un monaguillo o algún párroco arrodillada sobre una tumba reciente. Me dio miedo la posibilidad de que la policía levantara algún cargo en mi contra por deshonrar un lugar sagrado. Hoy, cuando vi a Marina lucirse en la pantalla, me alegré de no haberme acercado a ninguna tumba con mi cucharón. Murió en un accidente de coche, como sabrá. Puede que le resulte ridículo, pero si hubiera hecho aquello que quería hacer, estoy segura de que me habría sentido supersticiosamente culpable, de alguna manera. Y

mientras estuve sentada en esa sala de proyección llena de humo, lo único en lo que podía pensar era en cómo pude haber creído, siquiera por un instante, que Marina iba a sacar de él mucho más de lo que yo alguna vez pude. ¿Le parece que dos personas podrían sacar aguas distintas del mismo pozo infecto? Y, además, qué compañía ingrata era él en su mejor momento. ¡Llevaba su sensación de fracaso atada a la espalda, como una mochila! Estar con él era a menudo como pasear con alguna especie de sabueso, astuto y despiadado. Siempre estaba tratando de dar con la pista de algo valioso que él creía que le habían robado. Espiaba a todo el mundo, sospechaba de todos. ¡Ay, y era tan ladino! Hacía sentir a todo el mundo como si estuviera planeando entrar a su habitación para saquear su equipaje. Y además qué amante lúgubre y descuidado era. ¡Su desempeño era tan mustio y flojo como un espárrago! Pero me doy cuenta de que lo estoy incomodando sobremanera con lo que digo. Debo admitir que por culpa de Marina brotan en mí algunos sinsabores. Y sin embargo, verla hoy nuevamente me hizo lamentar que ya solo exista como una imagen turgente impresa en el celuloide. Ha sido muy paciente conmigo, y ya hemos establecido que tiene unos bellos dientes blancos. Esto le sonará algo perverso de mi parte, pero esta noche preferiría estar tomando una copa con Marina que dándole una entrevista a usted.

–Debo irme. Gracias por cederme unos minutos de su valioso tiempo.

–No puedo creer que de verdad se vaya. Ustedes los periodistas son carroñeros, y quien busca carroña no suele irse si todavía queda algún colgajo de carne fresca en la calavera. Además, quisiera saber cuándo me enviará lo que sea que escriba sobre mí. Estoy convencida de que me va a gustar. Incluso quizá me vea obligada a recordar cada palabra como un poema. Una siempre disfruta ser descrita con estereotipos. Es como si te envolvieran en nubes de algodón hasta que te vuelves invisible. ¿Qué podría ser más reconfortante? Es tan gozoso, además, saber que incluso si te dan muchos golpes en realidad no puedes recibir mucho daño. Pero, ¿de verdad está juntando todos sus papeles y guardándolos en ese horroroso maletín marrón? Eso me asusta. ¡Ay, no, por favor, no me deje! ¿Puedo rogarle de rodillas que se quede hablando conmigo solo un poco más? Me habría

gustado tanto pedirle que cene conmigo. Pero temo haber dicho algo que lo haya ofendido. Sé que nunca debí someterme a ver esa película, ¿sabe? Me temo que las grabaciones pueden ser demasiado explícitas y sus efectos bastante fatales. Una solo debería estar conectada con el pasado a través de los recuerdos. Por suerte la memoria es el músculo más viejo, miserable y traicionero. No tengo dudas de que un jovencito como usted debe reírse de la gente de mi edad, porque tendemos a vivir rememorando el pasado, pero cuando lo que antes era luz al final del túnel se convierte en la más gris e innombrable oscuridad puedo asegurarle que lo último que querría ver es una película que le haga darse cuenta de que no hay pasado al que retornar. ¿Qué se cree que hago aquí, rodeada de todo este sórdido terciopelo? Me quedo porque todas esas imágenes que vi me hicieron sentir tan vacía. Me temo que es inevitable deprimirse al recordar que nadie vive a gusto en el pasado, y menos si nunca resultó remotamente agradable cuando era presente y lo desperdiciamos quedándonos quietos, sin rumbo, esperando que llegara un futuro menos doloroso.

–Sí. Sí. Creo que ya hemos cubierto todo lo que valía la pena. Acaba de llegar una amiga. Con su permiso, buenas noches.

–¿Cómo puede ser tan cruel, saltar de su silla impaciente y dejarme sola? Debería al menos indicarme dónde estamos. Y por qué el suelo parece tan resbaladizo y se sacude como en una tormenta. ¿Y quién es ella? ¿Puedo preguntarle por qué se acerca a nuestra mesa? Debo decirle que su llegada me resulta de lo más desagradable. Además, parece tan insípida con esos ricitos de mojigata. Parece una polvera vieja olvidada en un cajón. Toda mi vida me he cruzado con chicas así. Ni siquiera saben caminar con tacones altos. Toda la vida he tratado de evitarlas. Además, es tan maleducada. ¿Cómo se atreve a aparecer de la nada e interrumpirnos? Estaría bien que no tartamudee mientras intenta disculparse. Acaba de interrumpir a la banda justo cuando la más fea iba a conseguir bailar una pieza. ¿Cómo podrían remediarlo sus disculpas lastimeras? Es obvio que lo único que quiere es arrebatármelo. Bueno, y usted tan áspero y duro, parece una lija en la que encender una cerilla. ¿Qué le hace pensar a esta chica que yo he terminado con usted? Ay, no. Noto en su cara que la estoy asustando. Me temo que es

inevitable. Esta noche siento que incluso podría asustarme a mí misma. Sería como encontrarse con un fantasma desquiciado y decapitado que acaba de darse cuenta de que ha estado acechando el pasillo equivocado. ¿Podría por favor sacar su mano de mi hombro, jovencito? No me gusta que me sujeten como si fuera una botella a punto de volcarse. Aunque le confieso que esa polvera que oficia de amiga suya y usted ahora parecen estar colgando del techo. Se bambolean a la distancia. Son como dos lámparas tenues. Aunque en estos momentos siempre llegan esos indeseables ramalazos de sobriedad por encima de la nube de novocaína. A una le gusta que al menos le extiendan la cortesía de dejarla salir sin ayuda.

–Buenas noches. Buenas noches. Si sale por aquella puerta a la izquierda encontrará pronto un taxi.

–Pero mi sombrero me tapa los ojos. Estoy segura de que me veo más desaliñada de lo que creo. No hay necesidad de que se deshagan de mí de esta forma. Solo quiero volver a mi casa. Podría pedirle que me lleve y cene conmigo, pero ahora siento que esta noche preferiría pasarla con mis monos. Le resultará curioso pero siempre he tenido monos. Siempre he necesitado tenerlos cerca. Me han dado más alegrías que cualquier otra cosa. Siempre me ha fascinado toda su cháchara, sus volteretas y sus formas desagradables. Me encanta disfrazarlos y que hagan reuniones de té con vajilla en miniatura, y tazas y tartas. A veces les doy papel, les ato pinceles a las muñecas y los miro pintar. De vez en cuando hacen alguna cosa que no resulta del todo intrascendente. Aunque eso es azar, por supuesto. Me temo que la mayor parte del tiempo lo que producen son monerías. ¿Pero qué importa? La devoción que les tengo es más bien insana. Me suele pasar que me quedo toda la noche con ellos cuando se enferman, y los envuelvo en mantas y les doy cucharadas de jarabe. Pero hay noches en las que me encuentro a solas con ellos y me arrebata el temor horrible de que todos estén muriendo. Voy corriendo a sus jaulas porque me pregunto si alguien les ha dado de comer. Estoy casi segura de que todos están muertos de hambre y eso a su vez me da mucha rabia y quiero culpar a alguien. Pero entonces no recuerdo a quién debería culpar. Y eso es lo raro. No los alimento, ni les doy agua. En cambio, acerco mi silla hasta sus jaulas y me

siento a su lado a mirarlos tirados sobre el serrín, tristes, jadeantes y sin fuerza. Y me doy cuenta de que cuanto más los miro, más me convenzo de que nada podrá salvarlos y eso me perturba mucho. "¿Qué os pasa?", suelo gritarles, y me siento desesperada. Pero, claro, nunca me responden. "¿Podéis decirme por favor qué os pasa?", les grito y sacudo los barrotes de sus jaulas. Y siempre me resulta impactante descubrir que la razón por la que siento que nada podrá salvarlos surge de que, en realidad, me importa un bledo si se salvan o no. Porque aunque han servido su propósito de gritar, y payasear y entretenerme, a pesar de todas su monerías, nunca cumplieron con mis expectativas.

La mujer se puso de pie y empezó a salir del bar tambaleándose, arrastrando la falda por el suelo por encima de sus zapatos negros abotinados. De repente se dio la vuelta y vio que el periodista le susurraba algo a su amiga.

–¿No pueden esperar que esté lo suficientemente lejos como para que no escuche? Su amiguita me cae mejor que usted. Pero bueno, ella nunca ha intentado desentrañar mi figura. Para usted no soy más que un vejestorio. Ella cree que usted debería acompañarme hasta mi casa. Que me ha dado demasiado alcohol. Que parezco tan frágil. Y además puede que llueva. Me temo que ella no tiene nada de carisma, pero al menos le queda algo de bondad. Debería agradecerle… Aunque, la verdad, su simpatía me resulta igual que si me ofrecieran un abrigo en un día abrasador. Suelo hablar demasiado sobre mis monos. Y suelo volver sola a casa.

La niñera de la bebé

Su forma persistente de intentar apaciguarla era despiadada. Ella siempre lo llamaba "señor Richardson", pero lo decía de una forma en que a él le costaba reconocer su propio nombre. Ella siempre lograba que "señor Richardson" sonara como algo infinitamente vulgar y decepcionante. Algo a lo que estaba sometida solo porque la vida era injusta.

–¿Puedo hacerle una taza de té, señorita Renny? –le preguntaba.

–No tendría problemas en tomar un té, señor Richardson.

Y lo decía de una forma tan seca que no había ni una pizca de gratitud por el hecho de que él le hiciera un té, lo veía como uno más de los gestos patéticos e inadecuados que solo servían para recordarle la inmensa deuda que él tenía con ella.

A veces, cuando compartían una comida y él escuchaba con denodada simpatía todas sus quejas, semiasfixiado por su propia hipocresía mientras la lisonjeaba y halagaba, la señorita Renny parecía alguien inocente. Estaba convencido de que su inmensa vanidad jamás le permitiría sospechar la intensidad del odio ponzoñoso que él sentía por ella. Descubrió que obtenía una pequeña y amarga satisfacción cada vez que lograba engañarla. Sentía que ella se merecía que él la engañara dado que jamás podría perdonarle la forma en que originalmente ella lo había engatusado a él. Cuando llegó ella, él había estado conforme. Se sintió realmente aliviado en cuanto la forma tosca de la señorita Renny atravesó la puerta con su maleta y se instaló en su apartamento, poco después de que su esposa y él hubieran vuelto del hospital. Nunca perdonaría a la señorita Renny por haberlo embaucado con toda esa corpulencia que, vista en retrospectiva, era puro engaño.

La señorita Renny era una mujer de una obesidad engañosa; la rechonchez de la carne que cubría su enorme figura daba la primera impresión reconfortante, y errónea, de que se trataba de alguien alegre, amable y maternal.

Como niñera profesional, la señorita Renny llevaba su sobrepeso con mucho estilo y lo mostraba orgullosa al mundo, como si lo sintiera su mayor fortaleza. Pero a medida que los días pasaban y Stephen Richardson se veía obligado a compartir más y más comidas a solas con ella, pronto se dio cuenta de que la confiable corpulencia de la señorita Renny era el síntoma más evidente de su principal defecto. La señorita Renny era extremadamente glotona. Las carnes, las tartas y los *puddings* la excitaban. Pensaba en ellos. Se las ingeniaba para conseguir los trozos más grandes. Era como si todas esas calorías que la señorita Renny amaba embuchar encendieran su sangre como un pico de adrenalina. A pesar de su enorme talla, era agresivamente activa y enérgica. A medida que Arabella, la esposa del señor Richardson, parecía encogerse día tras día llorando en la cama como una ameba inepta, la señorita Renny parecía hincharse con su pendenciera y competitiva destreza hasta llenar todo el apartamento.

–¿Qué te pasa? ¿Puedo ayudarte de alguna forma? –le preguntaba una y otra vez a Arabella, hasta que las preguntas terminaron por ser tan monótonas como las escuetas respuestas que ella emitía en forma de sollozos.

–Por favor, déjame sola. Quizá si me dejáis en paz empiece a sentirme mejor…

Podía notar la inquina en los ojos hinchados y llenos de lágrimas de su esposa a causa de la falta de empatía y comprensión por parte de él. Descubrió que lo alegraba dejarla sola, porque tirada ahí en la cama deshecha parecía una persona siniestra, con esa mirada agonizante y a la defensiva que le daba un aspecto negligente, descuidado. La forma obstinada en que iba juntando rencor, como si lo acumulara en una gran bolsa, hacía que él la viera como una mendiga.

Y todo ese tiempo ahí estaba la señorita Renny contoneándose por el apartamento en una nube de talco y autoalabanza. Como si estuviera

embriagada por la propia convicción de lo necesaria que era, se entretenía con sus biberones esterilizados, sus patucos y abrigos recién enjuagados. Tarareaba con estridencia canciones de cuna mientras ponía los biberones en el esterilizador de metal. Todos los días salía a hacer la compra, resoplando mientras maniobraba con dificultad el cochecito y se compraba más tartas y más pasteles y alfileres de gancho.

–¿Y quién le preparará la comida a la señora Richardson? Yo tengo las manos ocupadas… –La señorita Renny lo provocaba con la mirada. Sus ojos le parecían dos pequeñas piedras de obsidiana, malignas, acurrucadas bajo el manto protector de sus rubicundos mofletes de querubín. Él sentía que ella se regodeaba en la inusual situación que prevalecía en su hogar y que toda esa energía que ella exudaba tenía por objetivo encontrar formas más enrevesadas de aprovecharla.

–No se preocupe por las comidas de mi esposa, señorita Renny. Usted ocúpese de la bebé.

Su esposa se negaba a comer. Cuando volvía de la oficina por las noches le llevaba tostadas y miel; ella las mordisqueaba con un disgusto apático, distraído, como si fuera una sustancia peligrosa que él, con su mala fe, estaba imponiéndole.

–¿Por qué no te tomas un whisky bien cargado? Si no quieres comer, quizás un trago te haga sentir mejor.

–Siento como si un calamar hubiera tirado tinta negra sobre mi cerebro. El alcohol solo me haría sentir peor. Lo único que tienes que hacer es dejarme en paz.

–¿No querías tener la niña? Si no querías tener familia tendrías que habérmelo dicho. No quiero pensar que la tuviste solo para complacerme a mí.

La bebé estaba tan dolorosamente asociada al turbulento estado mental que había sobrevenido tras el parto que de tan solo nombrarla a su esposa le entraban espasmos de llanto irrefrenable. Él se quedaba ahí de pie junto a la cama tratando de consolarla inútilmente hasta que, cuando se daba cuenta de que no tenía sentido, iba hasta la siguiente puerta y en un intento por

mitigar su desesperación le preparaba una leche con chocolate a la señorita Renny.

Llamó al médico de Arabella, que dijo que su condición era de lo más común y que se le pasaría después de hacer reposo.

–¡Es una típica depresión posparto!

El médico le recetó unas pastillas que no tuvieron efecto alguno en su ánimo. Se quedaba encerrada en su habitación, y cada vez que Stephen se asomaba la encontraba tirada en la cama con la mirada perdida en la pantalla gris del televisor apagado, como si estuviera mirando una película de terror imaginaria.

–¡Le agradará saber, señor Richardson, que la señorita Renny consiguió que la bebé ya no pida comer de noche! Son años de experiencia.

La señorita Renny solía hablar de su "experiencia". Lo hacía sonar como algo que solo ella, de naturaleza superior, poseía, un poder mágico que llevaba consigo como un amuleto para ahuyentar las influencias malignas que destrozarían el hogar si alguna vez no estuviera cerca. De vez en cuando él dudaba de su confianza en los poderes salvadores de la señorita Renny, aunque trataba de mitigar sus dudas como lo hace un creyente contra ciertos ramalazos de pensamiento independiente. A veces se preguntaba si la señorita Renny no estaría matando de hambre a la bebé al mostrar tanta fruición por alimentarse ella misma. Es que la bebé gritaba día y noche. Como si la desesperanza de su madre se hubiera instalado en sus pequeños huesos al nacer y no tuviera más remedio que llenar todo el apartamento con sus aullidos.

–Es el viento –decía la señorita Renny, chispeante, y a veces decía que la bebé era pícara–. Si quiere tener una familia, señor Richardson, mejor acostúmbrese a escuchar llantos.

A medida que las semanas pasaban, empezó a sentir resentimiento hacia Arabella por su desánimo. Lo veía menos como una enfermedad y más como una deserción. Parecía haberse perdido de forma egoísta en las aguas turbulentas de su propia depresión, y él se sentía aturdido y amargado por el hecho de que ella hubiera depositado en él toda la responsabilidad de aquel

pequeño hogar alicaído, la señorita Renny y una bebé que era un manojo de aullidos.

La parte más exasperante del día eran las cenas que se sentía obligado a compartir con la señorita Renny en la cocina. La señorita Renny tenía unos pechos que no parecían pechos sino una enorme masa de piedra que sobresalía de su uniforme blanco de niñera. Era como si, por su naturaleza extremadamente competitiva, la señorita Renny hubiera sentido la necesidad, en su rol materno-profesional, de que le crecieran unos pechos monumentales que hacían palidecer y empequeñecían a cualquier otro par de pechos que quisieran competir con ellos. A la señorita Renny le encantaba conversar durante la comida y mientras hablaba tenía la costumbre de sacudir sus grandes pechos de acá para allá, y muchas veces los ponía tan cerca de su cara que él más de una vez había sentido la gran tentación de morderlos.

–Bueno, debo decir que la señora Richardson no parece muy entusiasmada con su preciosa bebita. Creo que ni siquiera se ha tomado un rato para echarle un vistazo a la pobre criatura desde que volvieron del hospital. Hace años que hago este trabajo, señor Richardson, y tengo que decirle francamente que nunca he visto a una madre comportarse así… Mi problema siempre ha sido cómo separar a las jóvenes madres de sus bebés. No hago otra cosa, día y noche, que ocuparme de su pequeña hija, señor Richardson. Pero a veces cuando miro a esa preciosa criaturita dormir no puedo dejar de pensar que quizá lo mejor habría sido que no naciera…

–Tiene que entender que mi esposa está pasándolo muy mal, señorita Renny.

–La señora Richardson es una mujer muy joven. Me temo que no puedo tener paciencia alguna con semejante haraganería caprichosa. No podrá recuperar fuerzas si lo único que hace es pasar los días tirada boca arriba, como una dama ociosa. Todas las madres para las que he trabajado estaban de pie a las pocas horas del parto…

A él no le gustaba hablar sobre la condición de Arabella con la señorita Renny y descubrió que solo podría evitar este tema que tanto la aquejaba si le preguntaba por las otras familias con las que había trabajado.

Inmediatamente se ponía a perorar interminablemente sobre cómo todos la amaban y dependían de ella.

–No he conocido familia aún donde no haya dejado mi marca –solía repetir la señorita Renny.

Y él se dio cuenta de que cada vez que lo decía se le venía a la cabeza la imagen de esas familias en posición fetal, con la cara rajada y boca abajo, ametralladas en una masacre.

Se quedaba sentado en silencio, asentía y se aclaraba la voz con cortesía mientras la señorita Renny hablaba. Le daba náuseas el placer con el que ella engullía su comida, la sentía respirar con más dificultad, casi ronroneando mientras destapaba un estofado y lo saboreaba.

–Cuando estuve en la casa de Lady Eccleston me trataron como a un miembro más de la familia, señor Richardson. Solíamos ser dieciséis personas a la mesa. Oh, y eso no era nada. Sir Keith formaba parte del gabinete del gobierno, así que solía invitar a cenar a varios ministros. ¡Qué hermoso grupo de hombres fascinantes era aquel! El bebé se llamaba Ronald… Todavía me siguen enviando fotos. ¡Qué devoción tenía su madre por él! Esa sí era una familia que te hacía sentir la dicha de estar viva…

Incluso a pesar de que las cenas con la señorita Renny lo aburrían y deprimían, empezó a alargarlas. Cada noche quería posponer el momento de ir a dormir. Para él, el dormitorio conyugal se había impregnado del olor amargo y viciado de la malignidad del ánimo de su esposa, que lo contaminaba todo. No le gustaba acostarse al lado de ella, tan rígida e inerte en una punta de la cama como si estuviera preparándose para recibir un ataque artero. Algunas veces trató de hablarle, pero ella solo le respondió con un quejido o un resoplido. Le recordaba a su bebé, parecía muda ahí tirada en la oscuridad, refugiada en su ánimo taciturno. Le resultaba prácticamente imposible dormirse sintiendo la tensión lúgubre y terrible de su esposa, como si fuera un ser de un cuento de terror, una mujer sin cabeza llena de fluidos que se escurría en la cama por las noches y se acurrucaba entre las sábanas.

Una vez se preparó una cama improvisada en el pequeño cuarto sin ventanas junto a la cocina que usaban como despensa. El otro dormitorio de

la casa estaba ocupado por la señorita Renny y la bebé. El frío y la aislada incomodidad de la despensa lo aliviaron. Se daba cuenta de que su presencia se hacía más y más dolorosa para Arabella, que le estaba poniendo una presión intolerable. Como si ella misma estuviera avergonzada de su errático comportamiento y padeciera especialmente el mudo resentimiento que él le expresaba por su colapso. Si él hacía algo para alegrarla lo único que lograba era agravar su culpa, lo que a la vez agravaba su tristeza. Como si estuviera huyendo de sus críticas, tan solo mirarla era suficiente para que ella se recluyera más en el mundo extraño y lacrimoso de su propia melancolía.

La señorita Renny estaba, lamentablemente, de lo más interesada en su mudanza a la despensa. Se ofreció a prepararle su cama improvisada y le hizo sentir que había una importancia simbólica en ese gesto, porque en general ella se negaba a hacer ningún trabajo en la casa salvo que estuviera relacionado con la bebé. Últimamente le había estado insistiendo para que contratara a una empleada doméstica para ocuparse del apartamento.

–En ninguno de los hogares en los que trabajé me exigieron ser una esclava. Y por supuesto, nunca tenía que prepararme las comidas. Yo era responsable por la crianza de sus hijos y ellos trataban mi trabajo con el debido respeto. Aunque, claro, todas las otras familias consideraban a su hijo como un regalo de Dios…

La señorita Renny hacía todo lo posible para que notara que ella sabía que había dejado de dormir en su cama porque su esposa lo había obligado.

–Cualquier mujer que llore sin parar de esa manera –la escuchó murmurar al oído de su bebé– debe tener una buena razón.

En otras ocasiones, la señorita Renny miraba la conducta de Arabella de una forma totalmente distinta.

–Me parece fabuloso el estoicismo con que lo tolera, señor Richardson.

–¿Tolerar qué, señorita Renny?

Al mirarla al otro lado de la mesa de la cocina, los pliegues en la papada de la señorita Renny se le aparecían como una cruel segunda sonrisa que subrayaba la real.

–En los hogares en los que trabajé, ninguno de los maridos habría permitido que sus esposas fueran responsables de un asesinato.

–¿Responsable de un asesinato?

Había adquirido el hábito lamentable de repetir como un idiota cada una de sus frases para ganar tiempo y así absorber el impacto de su próximo comentario.

–No todos los asesinatos se cometen a punta de cuchillo, señor Richardson. Aunque usted parece algo débil para enfrentarlo. Sé que le gusta hacerse el esposo paciente y comprensivo. Es muy conmovedor y galante de su parte. Pero todo el peso de este hogar miserable recae sobre mis hombros. Sinceramente, señor Richardson, no sé cuánto tiempo más podré tolerarlo. Siempre he sido una persona con un ánimo agradable y cuesta mucho hacerme claudicar. Pero se dará cuenta de que la desdicha en esta casa es tan espesa como un arroz con leche y tranquilamente podríamos comerla a cucharadas. Me temo que está afectando mi salud… Siempre he sido muy sensible a la atmósfera que se palpa en los lugares en donde trabajo. Tengo que cuidar mi salud… He trabajado duro toda la vida. Nunca pude darme el lujo de recluirme en la cama y tirar por la borda mis responsabilidades con los demás, como hace cierta mujer joven que ambos conocemos bien…

El señor Richardson sucumbió miserablemente a su chantaje y duplicó el sueldo de la señorita Renny porque, aunque le daba pavor verla sentada en la cocina como un leviatán obeso reinando en las sombras, la sola idea de que ella renunciara le producía un terror primigenio que lo torturaba perversamente. Cuando estaba en la oficina durante el día le daban ataques de ansiedad temiendo que, en su ausencia, la señorita Renny y Arabella hubieran tenido algún encuentro desafortunado que hiciera que, a su regreso a casa, se encontrara con la señorita Renny haciendo las maletas. Aunque a veces se identificaba con la criatura y se sentía a menudo iracundo ante la remota y total falta de interés de Arabella en su bebé, también le daba terror la idea de tener que hacerse cargo de ella. Él tenía una idea tan exagerada de la fragilidad de la infante que temía que, a causa de alguna torpeza masculina, pudiera cortar el frágil lazo de la bebé con la vida en tan solo una noche bajo su cuidado.

Algo que le daba tanto pavor como tener que hacerse cargo de la bebé era que lo dejaran solo con su esposa en el apartamento. Por más agobiante

que fuera la presencia obesa y despótica de la señorita Renny, al menos hablaba, al menos comía.

–Siempre me han gustado los buenos materiales –le había dicho una vez Arabella–. Una seda maravillosa, un satén o un terciopelo me excitan. Cada vez que tengo la posibilidad de usarlos no puedo dejar de manosearme. Si llego a ver una foto mía usando algunos de esos fabulosos materiales, no puedo evitar besar la fotografía a escondidas.

Ahora él sentía que ella había elegido envolverse en esta nueva desdicha de la misma forma en que antes le había encantado envolverse en seda, satén o terciopelo. Tenía escalofríos cada vez que miraba su puerta perpetuamente cerrada, lo exasperaba lo concentrada que estaba en su propio padecimiento, tanto que parecía haber perdido el deseo de recuperarse.

–Cómo no vas a estar deprimida si te tiras el día encerrada en esta habitación. ¡Por lo que más quieras, levántate, habla con gente, sal a la calle!

–No me quiero levantar, no quiero hablar con gente y no quiero salir.

Él sabía que ella había empezado a beber a escondidas y eso lo perturbaba y lo hería, porque desde que se conocían ella siempre había rechazado irritada las copas que él le ofrecía. Su rechazo a beber juntos parecía expresar un rechazo agresivo a compartir cualquier cosa con él. La señorita Renny le mostraba las botellas de whisky vacías.

–Hay un pajarito que sale a cazar de noche, señor Richardson…

La propia señorita Renny empezó a beber profusamente. Se tomaba buena parte de una botella de vodka cada noche antes de la cena, y decía que la necesitaba como un bálsamo para poder respirar en ese hogar infeliz. Consciente de la vulnerabilidad de la situación, ella se aprovechó de lo mucho que él la necesitaba y empezó a pedir comidas y vinos cada vez más onerosos, a cuenta de él. Si alguna vez le había parecido desagradable ver a la señorita Renny engullir estofado con su dentadura postiza, mucho más penoso fue observar, sin objetarla, cómo se atiborraba con grandes bandejas de salmón ahumado y paté. Los vinos blancos y claretes que la señorita Renny se tomaba en la cena no la apaciguaban en modo alguno, sino que parecían liberar su animosidad. Siempre estaba refunfuñando. Se quejaba de que el enchufe del calentador de agua era complicado. Que en su dormitorio

se escuchaba todo el ruido de la calle. Que el agua del grifo era tan dura que le estaba fastidiando las manos. Se quejaba de que se aburría cuando él se iba a la oficina durante el día.

–Siempre he sido una persona divertida. Y, diga usted lo que quiera sobre la señora Richardson, pero no se puede decir que sea una compañera chispeante.

Por la noche, cuando cenaban juntos en la cocina, la señorita Renny dejaba entrever más y más que echaba de menos estar rodeada de ministros.

Y por más que a la señorita Renny le encantara quejarse del aburrimiento que sentía cuando se quedaba sola en el apartamento durante el día, él sospechaba que seguramente encontraba formas de distraerse, y probablemente pasara buena parte de la jornada atormentando a Arabella y haciendo lo posible para que su esposa se sintiera aún más triste e incapaz. A veces la señorita Renny daba alguna pista de lo que había estado haciendo durante el día.

–Fui a la habitación de la señora Richardson y tuve unas palabras con ella esta mañana. "¡Qué jovencita egoísta es usted!". Eso le dije. "Tiene un joven esposo que la adora y no le interesa en lo más mínimo el efecto que causa en él su desagradable comportamiento. Y ni hablar de su pobre bebita indefensa… Lo que hace es inhumano. ¿Sabe qué? Usted es totalmente inhumana".

–Está bien, señorita Renny, está bien. Veamos qué hay en la televisión, ¿vale?

Arabella jamás dijo una palabra sobre la señorita Renny. Pero, claro, cada vez hablaba menos. Cuando iba a visitarla, muchas veces ni siquiera parecía darse cuenta de que él estaba en la habitación.

–¡Cada día que pasa la señora Richardson tiene peor aspecto! –decía la señorita Renny cada noche a su regreso, en tono triunfante–. Supongo que la señora Richardson habrá sido una jovencita muy bella cuando usted se casó con ella. Imagino que esa fue la razón para elegirla. Pero, ¡ay, querido! ¿Y ahora? Ay, pobre señora Richardson. Su pelo no es más que una serie de colgajos engrasados. Sus huesos sobresalen como si hubiera salido de un campo de concentración. Y tiene esa tonta expresión taciturna en el rostro

como si no pudiera tolerar nada. Cuando una mujer pierde todo su orgullo no queda más que lamentarse por ella. Nunca se recuperan de cómo aquello diezma su aspecto.

Mientras la señorita Renny pasaba gran parte del día acosando y pinchando a su esposa, él, en cambio, ya había perdido interés en ella. Arabella ahora le resultaba casi monstruosa; parecía completamente indiferente a todo excepto a su propio cuadro depresivo. Le parecía odioso que le importara tan poco todo lo que destrozaba con su insidiosa melancolía.

Él trabajaba hacía años en la misma editorial, pero nunca antes su oficina le había parecido un santuario reluciente dedicado al placer. Después de ser recibido durante el desayuno por el parloteo de la señorita Renny, el chirrido de los teléfonos y el traqueteo de las máquinas de escribir le resultaban una música sublime. En su oficina nadie decía que un calamar había arrojado tinta negra sobre su cerebro, y los únicos momentos de pesadumbre se daban cuando los copistas lo felicitaban por el nacimiento de su bebé.

Solía comer fuera con amigos, aunque cada vez que alguien le preguntaba cómo estaba Arabella él respondía que muy bien. Se mostraba reticente a explicar el estado mental de ella porque pensaba que quizás eso hablaría mal de él. Otra cosa que quería ocultarle al mundo, como si fuera una verruga deforme, era su penosa cercanía con la señorita Renny. Tomaba la precaución de jamás invitar a sus amigos al apartamento. No tenía el menor interés en que se dieran cuenta de que pasaba más tiempo con la señorita Renny que con su esposa. No tenía el menor interés en que vieran cómo se sentaba dócilmente en la cocina, sin decir palabra, mientras la señorita Renny hacía de ventrílocua para su hija. Apretaba el frágil cráneo contra su pecho turgente y lo mecía de acá para allá mientras hacía una voz chillona: “Papi, hoy fui a la habitación de mami. La señorita Renny me dio un baño reparador, y quedé limpita, bonita y sonrosada. Pero el dormitorio de mami estaba revuelto y había olor. La señorita Renny dice que mami no quiere cambiar las sábanas y no deja que nadie entre a limpiar desde que nací. La señorita Renny dice que le preocupa llevarme a un lugar tan poco

higiénico y espera que no me haya alcanzado ningún germen. Como decía, yo estaba de lo más bonita, toda entalcada. Y pensé que mami iba a estar muy contenta de verme. ¿Pero sabes qué le dijo a la señorita Renny? Le dijo cosas horribles, insultos feos. 'Llévatela de aquí, puta vieja'. Eso es le dijo mami a mi querida señorita Renny. 'Llévatela de una vez, por Dios'".

Y mientras la señorita Renny hacía esa pantomima él miraba a la bebé y no podía quitar la vista de su nariz. Esa nariz de bebé era el único rasgo reconocible en el montón de arrugas que era su carita. Era como mirar su propia nariz en un espejo deformante, una nariz que le hacía sentir su rostro como la fachada elegante de una casa a la que le habían agregado toda un ala que arruinaba la vista. A menudo, mientras se afeitaba, miraba ese bulto innecesario en la punta de su nariz y se sentía tentado de arrancarlo con la navaja. Y ver una versión en miniatura de su propia nariz en la cara de su bebé hizo que le tuviera lástima, como si estuviera buscando algo en concreto que justificara la depresión de Arabella, así podría decir que su esposa, desde el nacimiento, se sentía miserable a causa de esa nariz. Le resultaba de lo más fácil imaginar que alguien como Arabella, siempre preocupada por las apariencias, tranquilamente podría haberse desesperado ante la idea de criar a una niña que jamás sería bonita porque había heredado la nariz de su padre.

–¡Es la viva imagen de su papá! –le encantaba trinar a la señorita Renny.

Y cada vez sentía una especie de pánico y deseaba encontrar la forma de compensar a su esposa y a su hija. Pensaba de forma compulsiva y asidua en la nariz de la bebé mientras la señorita Renny le contaba sobre su gran sueño. Tenía la aspiración, el día que se jubilara, de comprar una finca frente al mar. Un sueño que, nombrado por alguien más, le podría haber parecido muy loable. Pero en boca de la señorita Renny era espantoso, le parecía el sueño de una ladrona. Se le venía siempre a la mente la imagen de la señorita Renny yéndose a vivir a su finca en la costa con el botín extraído de cada uno de los hogares en los que se había escabullido gracias a su inocente imagen de niñera.

A veces, en medio de la noche, acostado en el cuartito de la despensa, solo y sin poder pegar ojo, mientras oía los pasos sigilosos de Arabella

yendo a buscar otra botella de whisky a la cocina, se convencía de que iba a reemplazar a la señorita Renny por otra niñera. Esa decisión, se daba cuenta, lo distraía de otras indecisiones más acuciantes. ¿Tendría que erradicar todo el alcohol de la casa? ¿O esos whiskys solitarios eran lo único que se interponía entre Arabella y el suicidio?

La mañana siguiente, la decisión de despedir a la señorita Renny se esfumaba y se volvía una fantasía. Lo inesperado del colapso de su esposa lo había dejado en estado de agotamiento apático, y se sentía incapaz del esfuerzo que conllevaría buscar una nueva niñera. En su ánimo pesimista, estaba seguro de que terminaría eligiendo a una persona con todos los defectos de la señorita Renny y además peligrosamente incompetente en su labor.

La señorita Renny se daba cuenta de lo necesaria que era en el hogar y se volvió cada vez más demandante y agresiva. Ella misma buscó una señora escocesa de bastante edad como criada a tiempo completo y trataba a esta mujer, mucho más añosa y frágil que ella, con una tiranía incansable. La dinámica familiar hizo que la señorita Renny sintiera que tenía la potestad de tratar a Stephen Richardson como si fuera su sufrida esposa. Lo acusaba de no prestarle la menor atención a la rutina de la bebé. Se quejaba de que andaba callado, taciturno y distraído.

–Siempre me gustaron los hombres que tienen algo para decir. Los que son capaces de hacerte reír.

Lo acusaba de no tener suficientes amigos.

–Las otras familias para las que trabajé siempre tenían visitas. Se llenaba de contingentes de amigos fascinantes con los que compartían risas y bebida. En esta casa te sientes tan aislada que parece una colonia de leprosos.

Cada vez que la señorita Renny decía algo sobre Arabella lo hacía con mayor desdén.

–Me temo que nuestra querida señora Richardson es una embustera. Si no bebiera tanto se sentiría igual de mal que el resto de nosotros. Es el tipo de mujer que piensa que porque es bonita se merece que la traten como una

duquesa y, claro, las cosas nunca resultan como ella piensa. ¿Y entonces qué hace su señoría? ¡Se retira a la cama a lloriquear!

A veces se encontraba defendiendo tímidamente a Arabella, trataba de explicarle cómo había sido su esposa antes de su padecimiento. Pero a medida que hablaba empezaba a tener la sensación de que la chica encantadora y prístina a la que se refería era tan ficcional como los rutilantes recuerdos que la señorita Renny tenía de otras familias. La señorita Renny y él parecían dos viejos marineros compitiendo a ver cuál tenía más proezas en su haber. Era como si ambos trataran de anestesiarse contra su inevitable destino y agobiante presente con una droga que les permitiera alucinar un pasado de gloria. Con su esposa tirada, casi en coma y a las puertas del abatimiento, parecía inútil tratar de pintar un retrato exultante de ella a una vieja amargada con dos ojitos escépticos hundidos en tejido adiposo.

–Mi esposa es una joven actriz de gran talento, señorita Renny.

–Oh, sin duda su esposa es una gran actriz, señor Richardson. Vengo presenciando su actuación hace ya unos cuantos meses. Aunque me dan ganas de ir a la taquilla a pedir que me devuelvan el dinero.

A menudo tenía la sensación de que la señorita Renny se quedaría a vivir con ellos para siempre. Le resultaba tan fácil imaginar un futuro tenebroso en el que siempre necesitaría a la señorita Renny y tendría que complacer todos sus caprichos, eternamente condenado a su sofocante dominación gracias a la negligencia y cobardía que le habían impedido deshacerse de ella desde un principio.

Y luego, un buen día, de repente, se vengó de la señorita Renny. Mientras cometía este rencoroso acto de agresión contra ella, le sorprendió lo inevitable que le parecía su forma de actuar. Era como si, desde que ella se había mudado a su apartamento, él hubiera estado planeando, aunque de forma reprimida, dar la estocada que haría temblar hasta los huesos de ese enorme corpachón que no paraba de llenarse de comida. Mientras atravesaba la puerta de su casa a medianoche, tambaleando, haciendo ruido deliberadamente para despertar a la bebé, sintió una gran excitación por la enormidad de la agresión que estaba infligiendo a la señorita Renny. Mientras se aferraba al brazo de la chica rubia que había entrado con él, se

dio cuenta de que sus dedos presionaban su manga como si se tratara de la empuñadura de una espada que debía blandir.

Si acostarse con otra mujer en su apartamento suponía una agresión hacia Arabella, él solo podía verlo como un daño colateral. Su esposa ya estaba tan deprimida que difícilmente le importaría que él le diera aún más razones para su depresión.

Lo que él buscaba era horrorizar a la señorita Renny. Quería forzarla a convertirse en una cómplice a regañadientes de un acto que, él lo sabía, ella consideraría atroz. Si la crudeza y falta de tacto de su comportamiento sexual la asqueaban, tendría que entender que no había nada que ella pudiera hacer para evitarlo. La señorita Renny debía entender, sin importar cuánto la angustiara, que esta era su casa y que ella estaba a cargo de la bebé, pero no de la moral de sus integrantes.

Conocía a la señorita Renny bastante bien como para saber que su odio a los hombres la haría identificarse con Arabella, que toda la sangre de sus venas herviría por la humillación y el sufrimiento que él le endilgaba a su esposa.

Y sabía, con gran dicha, que la señorita Renny no tenía escapatoria. Del mismo modo que la señorita Renny había conseguido atraparlo y hacer que tolerara su presencia indeseable al taladrarle el cerebro persistentemente con el mito de que era indispensable, igual de atrapada estaba ella esa noche en el apartamento. La señorita Renny podía partir por la mañana, pero estaba obligada a quedarse esa noche, dado que no tenía dónde ir. Estaba seguro de que ella era demasiado temerosa y remilgada como para salir a la calle bajo la lluvia con su maleta a cuestas. La creía demasiado parsimoniosa como para buscar una habitación de hotel donde pasar la noche.

Siempre había presentido que, en algún lugar remoto y profundo de la personalidad robusta y altanera de la señorita Renny, había un pequeño hueco sensible lleno de puritanismo y terror. Y antes de que la señorita Renny abandonara su apartamento, quería aguijonear esa pequeña área de su alma y hacerla sufrir. No quería dejarla ir sin que se sintiera herida y zarandeada. Esa última noche, con suerte, ella conocería de primera mano

algo mucho más perturbador que cualquier otra cosa que hubiera vivido en sus años de "experiencia".

El odio que sentía hacia la señorita Renny mientras entraba a su apartamento con la joven rubia era del todo desproporcionado respecto del daño que ella le había hecho. Deseaba horrorizarla y angustiarla no porque quisiera vengarse de todas esas horas desagradables que había pasado bajo el dominio de su mezquina y extorsiva personalidad, sino porque jamás le perdonaría haber sido la testigo privilegiada del colapso de su matrimonio. No había represalia suficiente para la forma en que la señorita Renny había violado su privacidad y presenciado, con esos ojos fisgones e indiferentes, cómo el nacimiento de su hija se convertía en algo que ya no se parecía a un nacimiento sino a una larga, interminable y dolorosa muerte. La señorita Renny se había comido sus pasteles y bebido su vino mientras la relación con su esposa se derrumbaba al punto que, estaba seguro, ya no tenía salvación. Ahora sabía que ya no le interesaba que Arabella se recuperara. Aunque había pasado tiempo añorando que volviera a ser la misma de antes, ese momento parecía tan remoto que ya se había resignado a perderla y no tenía el menor interés en verla bien. Su propio desinterés en el regreso de la Arabella anterior le daba aún más pena que su irremediable pérdida. A lo largo de tantas cenas agobiantes con la señorita Renny lo único que lo había mantenido a flote era su convicción de que el estado lamentable y diezmado de la relación con su esposa sería impermanente. Se había aferrado, como a un salvavidas, a la esperanza de que cuando ella se curara volvería a haber seducción en la pareja. Pero ahora estaba convencido de que no quería a Arabella, ni sana ni enferma. Le resultaba imposible imaginar que alguna vez pudiera resucitar algún interés sexual en ella. Quería que algún médico se la llevara a un hospital para no tener responsabilidad alguna sobre ella. La criatura descorazonada e inmóvil que yacía en esa cama sucia en su apartamento lo impresionaba no solo como un cadáver, sino como alguien que había muerto antes de que él naciera.

–¿Tu esposa ha salido? –preguntó la rubia en cuanto entraron al apartamento.

–No tengo esposa.

–Bueno, se puede decir que la espantaste bastante rápido. Cuando te casaste con esa chica, yo imaginaba que le clavaba alfileres por todo el cuerpo. Qué manera de desperdiciar toda esa emoción desatada. Pero bueno, ¡parece que desperdicio es mi segundo nombre!

Llevó a la rubia a la despensa.

–¿Es una broma? ¿Estás loco? Tienes todo este apartamento. ¿Qué es? ¿Una perversión nueva? ¿Te excita dormir en el cuarto de las escobas?

–Tiene una cama, ¿o no?

La rubia miró con desdén la cama improvisada.

–¿Obligaste a tu flamante esposa a dormir contigo en esta magnífica cama? ¡Ahora entiendo por qué no duró mucho tiempo!

–Silencio –dijo él–. Ven aquí.

–No me agobies. ¿Tienes prisa? Tenemos toda la noche. ¿No podemos beber algo primero? ¿Por qué eres tan bruto? No solías ser bruto. El matrimonio no te ha sentado bien. Te has vuelto bastante particular. Lo he notado toda la noche. ¿Qué te pasa? ¿Estás desesperado por acostarte con alguien o algo así?

Quería que se desvistiera para que la señorita Renny se la encontrara desnuda. La mujer se puso insoportable, y él recordó lo insoportable que le había resultado en el pasado. Notó que la raya al medio de su pelo rubio no estaba centrada, irritantemente descolocada, y le entraron ganas de cogerla del cráneo y acomodárselo. Cuando logró que ella se sacara el jersey notó que su piel estaba demasiado blanca, al punto de lo insalubre, como si fuera una mezcla extraña de mármol y goma. Siempre le había parecido una mujer vulgar, demasiado sumisa, demasiado dispuesta, y nunca le había gustado la forma en que expresaba esa sumisión y disponibilidad: como una quejosa y una mártir.

–No me sorprende que Arabella te haya dejado –dijo ella.

–¿Por qué?

–La convertiste en tu idea. A las mujeres eso no les gusta. Arabella era una actriz brillante. Era mucho más inteligente y encantadora que todas las otras chicas. Me parece que en realidad nunca quiso casarse contigo. Pienso que lo que le gustaba era saber que ella tenía el poder para que te quisieras

casar con ella. Arabella nunca estuvo enamorada de nadie más que de su elegante figura. Siempre sentí que algo andaba mal con esa chica. Sus grandes ojos verdes transmitían algo muy peculiar. Siempre me pareció que era un poco psicótica.

–¿Podrías ir a la cocina y traer una de las botellas de whisky que están en las alacenas?

Había escuchado revolotear a la señorita Renny. Debía haber escuchado voces. Solía hacer excursiones nocturnas para prepararse té y algo de comer. Siempre sospechó que la señorita Renny pasaba las noches en vela a propósito, temerosa de perderse alguna pelea conyugal explosiva entre Arabella y él. Pero la señorita Renny se había quedado con sabor a poco. En todas esas semanas de ansioso fisgoneo su ávido oído no había podido captar nada excepto silencio, el silencio desolador de dos desconocidos malhumorados pendientes de su periódico mientras viajan enfrentados en un vagón de tren.

La rubia fue a buscar whisky a la cocina. Mientras su figura marmolada, gomosa y desnuda salía, su corazón empezó a palpitar a medida que escuchaba. La señorita Renny se acercaba por el pasillo. Pudo oír la fricción de sus chanclas en el suelo. Y luego no escuchó nada más. Y luego escuchó lo que ansiaba escuchar. Dos gritos. El grito de la rubia y el grito aún más estridente de la señorita Renny.

La rubia volvió rápido a la despensa. Estaba muy enfadada, y su malhumor en conjunción con su desnudez la hacían parecer un poco como una lunática.

–¡Eres un cerdo! ¿Por qué no me has dicho que había alguien en el apartamento? ¿Cómo se te ocurre permitirme andar por ahí desnuda? ¿No te das cuenta de que acabo de toparme con tu abuela? ¡Tendrías que haber visto la cara que ha puesto! Si se llega a morir de un infarto mereces que te acusen de homicidio.

–Esa no era mi abuela. Era mi amante.

–No te hagas el chistoso. No me causa gracia. No tiene sentido y es una vergüenza para todos y es algo muy muy cruel. Pero, bueno, tu crueldad no debería sorprenderme. Desde que te conozco me trataste con muchísima

crueldad. Lo más cruel que hiciste fue no tener la valentía para decirme que te habías enamorado de la despampanante Arabella. Nunca te lo voy a perdonar. Si hubieras tenido el valor de decírmelo a la cara, no habría sufrido tanto. Piensas que estás siendo compasivo al comportarte como un cobarde simplón, pero después haces cosas absolutamente salvajes.

–Parece un poco tarde para desenterrar cosas del pasado.

–Ah, así que para ti son "cosas del pasado". Si son "cosas del pasado" por qué diablos me has traído aquí para que me acostara contigo.

–Por raro que te parezca, esta noche te necesitaba. Esta noche te necesitaba más de lo que te necesité jamás.

Ahora que la señorita Renny la había visto desnuda, estaba ansioso por que la rubia se fuera. En ese momento su intensidad le pareció de lo más agobiante. Ella cogió toda su ropa a toda prisa y si bien trataba de ser lo más sexualmente provocadora mientras se vestía, a la vez parecía disfrutar ese momento de rabia.

–¡Ah, así que me necesitabas! ¡Vaya, qué maravilla! Me temo que me vas a seguir necesitando. Tu espléndida esposa tuvo el buen tino de dejarte y ahora no te queda otra que recurrir a la suplente. Nunca me necesitaste. Aunque sé lo que necesitabas. Necesitabas saber si yo seguía fascinada contigo. Me imagino tu pobre ego un poquito alicaído pidiendo por alguien que lo infle como una rueda de bicicleta. Bueno, Casanova, ya es un poco tarde para eso. Ahora lo entiendo todo…

La rubia hablaba tan fuerte que estaba seguro de que Arabella estaría escuchando cada palabra. Se preguntó si eso la haría salir del cuarto. Si decidiría presentarse ante la rubia. Ambas le parecían tan irreales a estas alturas que no tenía el menor interés en ver esa confrontación. Las veía como dos fantasmas tenues, y su encuentro no podría ser otra cosa que una misteriosa abstracción. A lo mejor encontrarían consuelo la una en la otra, a lo mejor se insultarían, a lo mejor serían muy formales y se darían la mano.

La señorita Renny, de repente, parecía tener mucha más sustancia que cualquiera de ellas. Mientras la rubia seguía despotricando, se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en la señorita Renny. Por la mañana los abandonaría. De eso, él lo sabía, no había duda. Y por el hecho de saber eso,

su figura pareció encogerse. Hasta su obesidad pareció mermar en su imaginación. La inminencia de su partida despojaba a la señorita Renny de toda su omnipotencia y empezaba a marchitarse al punto de ser nada más que una mujer trivial cuya profesión la obligaba a vivir en la casa de unos desconocidos, y cuyo único anhelo era retirarse a una finca solitaria en la costa.

Estaba absolutamente convencido de que la había espantado. Permanecía callada. Permanecía muy callada. Sospechó que a lo mejor se sentía demasiado compungida como para atreverse a salir de su habitación. Sabía que su comportamiento de esta noche daría la sensación de que todo el apartamento estaba comprometido, que su veneno se había colado en cada uno de los biberones que ella tan cuidadosamente había esterilizado. Sabía que esta noche la señorita Renny no podría conciliar el sueño. Se la imaginaba yendo de un lado al otro de la habitación, aterrada, convencida de que estaba encerrada en una jaula con serpientes venenosas. Estaba demasiado seguro de que esa noche su mente febril la atormentaría con imágenes obscenas.

Y cuanto más pensaba en ello, más innecesario le parecía haber horrorizado a la señorita Renny de esa forma. No había solucionado nada. Había sido nada más que un gesto. Y entonces sintió que ese, como tantos otros gestos, traía aparejada su propia futilidad.

La rubia seguía insultándolo.

–No sé si te das cuenta, pero eres mucho menos atractivo que hace dos años. Solías tener una inocencia seductora. Por eso les gustabas a las mujeres. Pero te ha pasado algo muy horrible. Pareciera como si te hubieras insensibilizado más y a la vez te hubieras debilitado más. Me parece que tu encanto es de esos que no mejoran con la edad. Probablemente seas uno de esos tipos que terminan solos. ¿A quién le puede interesar un principito que está perdiendo pelo?

La agresión de la rubia le molestaba más bien poco, porque sabía que en algún momento terminaría. La rubia no estaba haciéndose cargo de su bebé. No tenía la menor dependencia de ella. Con el tiempo, la rubia se iría a su

casa. Se dio cuenta de que nada resultaba intolerable si era posible vislumbrar, eventualmente, su final.

Mi amor, por favor, no llores

La anciana solía quedarse en su habitación. Ahora que su esposa estaba en el hospital, ella se paseaba por la cocina con ruleros y el pelo envuelto en plástico. Lou Alton se dio cuenta de que la pequeña cara arrugada de su suegra lucía animada, relajada, casi radiante. Parecía haber rejuvenecido a causa de la operación de su hija.

–¿Te parece que la operación ha sido una buena idea, Lou? –le preguntó.

–No sé mucho al respecto.

–Supongo que ya deben haber terminado. Iban a hacerla pronto.

–Sí, supongo que sí.

La anciana tenía razón. Ya debían haber terminado. Los cirujanos ya debían haber terminado las suturas sobre la piel que le colgaba de esos grandes ojos irritados.

–¿Sabes? Estoy ansiosa por verla –dijo su suegra.

–Me lo imagino.

–No creo que ella deje que la visite en el hospital –la voz de la anciana se volvió quejumbrosa–. Siempre se ha portado mal conmigo. Es gracioso, Lou. Cyd y yo siempre hemos estado muy unidas, pero nunca nos hemos llevado bien. Supongo que lo habrás notado.

Claro que lo había notado. Lo había sorprendido sobremanera cuando, tres meses atrás, su esposa le soltó de repente que había dispuesto todo para que su madre viviera con ellos.

–Pero si siempre me has dicho que no la soportabas.

–¿Y qué coño quieres que haga con ella, entonces? –le había gritado Cyd–. ¿Que la tire a la basura?

Después se enteró de que habían despedido a su suegra del estudio cinematográfico de Hollywood donde había trabajado durante años como teleoperadora. La habían descubierto vendiendo secretos íntimos de las celebridades a las revistas. Sacaba la información mientras escuchaba sus conversaciones privadas.

–Está domesticada –le dijo su esposa–. No va a molestarnos en lo más mínimo.

Y era cierto que la anciana no creaba molestias. Rara vez salía de su cuarto. De vez en cuando se hacía una tostada furtiva en la cocina. Luego volvía discretamente a su cuarto y cerraba la puerta.

–¿Qué hace todo el día encerrada? –le preguntaba a Cyd.

–¿Qué coño te importa? No te está molestando.

Pero había algo de su silencio que le molestaba, unos roces tenues que oía a veces por la noche. Su suegra le hacía pensar en un viejo animal moribundo apoyado contra la puerta, solo.

–Estaría mejor en una guardería para perros –le dijo a Cyd–. ¿Por qué no le diriges la palabra? Podrías invitarla a que se tome algo con nosotros, o que compartamos una comida. No te va a contagiar la rabia.

–Si tanto te interesa, habla con ella todo lo que quieras –le respondía siempre ella–. Puedes comer todas las veces que quieras con esa puta vieja. Nadie te detiene.

A la anciana le había salido un absceso. Había caminado furtivamente por la casa durante un par de días con la cara hinchada y envuelta en un paño de cocina. Al final, Cyd la llevó con el coche hasta Beverly Hills para que le sacaran la muela. Él había tenido que entrar a la habitación de la anciana. Olía a encierro y a perfume. No había abierto las ventanas desde que llegó. Había revisado todos sus cajones. Se sentía un sonámbulo. Buscaba algo. Algo importante. Pero no sabía qué. Solo sabría qué buscaba cuando lo viera. Entre sus camisones y corsés mohosos había una gran pila de papeles. Cogió una hoja. Los trazos estaban hechos con un bolígrafo de punta fina. "Testamento y última voluntad de Alice Rose Martini".

"Para mi hija Cyd,

Ahora que estoy muerta, Cyd, siento que puedo decírtelo todo. He ansiado decir tantas cosas durante tanto tiempo, pero sabía que no me prestarías atención. Odio irme de este mundo sabiendo que estás pasándolo tan mal. Siempre supe que Lou no era para ti. Solías ser una chica con mucho futuro. Eras una chica guapa, tenías una personalidad vibrante. Podrías haber hecho lo que se te diera la gana. Podrías haber tenido éxito en el cine. No es que os espíe, pero no puedo evitar escuchar cosas por la noche, cuando la casa está en calma. Y después de todos estos años de veros sin tener hijos, no puedo evitar unir los cabos sueltos. Él no es un hombre de verdad. Lo supe desde la primera vez que lo vi. Y tú, como todas las demás, te mereces un hombre de verdad. Como sea. Todo lo que poseo te lo dejo a ti. Como sabes, no tengo mucho. La vida ha sido bastante dura conmigo y tu padre se comportó como un rufián. Tuve que trabajar toda mi vida. Quería que tuvieras cosas bonitas, una educación, todas las cosas que yo nunca pude tener. Y cuando veo la vida que llevas ahora con Lou, me pregunto si acaso valió la pena. Como sea, te dejo los peines de nácar de mi madre. Te dejo mi sillón marrón, el que traje a tu casa y ahora decora tu salón. He notado que te comportas como si ya fuera tuyo. Nunca se te ocurre decirle a Lou que no le ponga los pies encima. Los cojines ya están bastante estropeados. Nunca he dicho nada. Pero no he podido evitar notarlo. En fin, ahora que finalmente es tuyo quizá puedas cuidarlo un poco mejor…".

Había encontrado muchos borradores. "Querida Cyd…". Una vieja araña agazapada en su cuarto tejiendo testamentos. "Él no es un hombre de verdad". Y su hija claramente tampoco era una mujer de verdad. No, esa era una bajeza que solo mostraba que ella sabía dónde golpearlo. Nunca le habló sobre los testamentos a Cyd. A veces se preguntaba qué pensaría Cyd de ellos. Aunque podía ser que no quisiera revelarle a él lo que pensaba. Tal vez se encogería de hombros y sonreiría sarcásticamente, con una ceja levantada. "¿Y qué pasa con eso, por Dios? ¿Tanto te molesta?".

–¿Te preparo el desayuno, Lou? –le preguntó su suegra. Ahora que su hija estaba en el hospital era mucho más descarada. Ya no se limitaba a hacerse unas tostadas de pan seco. Ahora freía huevos, panceta y salchichas.

Se inclinaba sobre la sartén e inhalaba el aroma a grasa. Se exprimía zumo de naranja, y agregaba generosas cucharadas de mermelada a sus cereales. Incluso se hacía gofres con la gofrera. ¿Él necesitaba a Cyd? Alice Rose Martini seguramente se estaría haciendo la misma pregunta. ¿Quizá fueran más felices los dos sin ella? La mujer seguiría redactando sus testamentos. Él seguiría yendo a la oficina. Las comidas sin duda serían mucho mejores. A Cyd incluso abrir una lata la irritaba. Alice Rose Martini estaba mucho más dispuesta que su hija. O al menos parecía disfrutar mucho su gofre. Hacía dibujos con el sirope, espirales doradas, grandes decoraciones en forma de rizos. Cyd se quedaba tirada en el sofá escandinavo, fumando y tomando martinis. Cruzaba y descruzaba sus largas piernas y se quedaba mirando el mar a través de los cristales de la ventana.

–¿Sabes qué, Lou? –La boca de la anciana relucía por el sirope del gofre–. Estoy tan preocupada que no he pegado un ojo en toda la noche. Nunca le he dicho una palabra de esto a Cyd, pero su médico no me inspira ninguna confianza.

–Lo consiguió ella –le dijo él.

–Tampoco quise involucrarte, Lou. Pero siempre tuve la esperanza de que la convencieras de ir a uno de esos doctores de lujo de Beverly Hills. De los que operan a las celebridades.

–La verdad es que nunca estuve al tanto de nada. Ella se ocupó de todo. Dot Mansville y las otras chicas le llenaron la cabeza. La idea siempre me pareció completamente delirante y algo enfermiza. Lo único que quería era que ella no me involucrara. Lo que pensé fue: es su cuerpo.

–Ella habría ido a un médico aceptable si la hubieras convencido. –La mirada de la anciana detrás de sus gafas con incrustaciones era inquisitoria–. ¿Quién iba a pagar la cuenta, por Dios? Te habría escuchado, Lou, y lo sabes. Es increíble el miedo que le tienes, Lou. Ese ha sido siempre tu problema. Si algo llega a salir mal nunca te lo perdonaré. Podrías haberle dicho que era tu operación también.

–No lo veo de ese modo –dijo él.

Pero debería haberlo visto de ese modo. La vieja arpía tenía razón. De alguna manera, también era su operación. Hasta podría suponer que tenía

por objetivo sacárselo de encima a él. Y antes de que su esposa pudiera sacárselo de encima, primero tenía que sacarse de encima todo el tejido sobrante de los párpados, que sentía que la ataba a él. Había una nobleza primitiva en esa idea. Sacrificar una parte para salvar el todo.

–Supongo que irás a visitarla al hospital –le dijo Alice Rose Martini.

–Sí, supongo que sí.

A él no se le había ni ocurrido. Llamó a su oficina.

–No voy a poder ir hoy. Mi esposa está en el hospital.

–Voy a decir algo en tu favor, Lou –dijo la anciana, sentada a la mesa de la cocina con sus salchichas y sus gofres–. Trabajas duro y le has dado un hogar encantador.

–Es aceptable, es cierto.

Miró a su alrededor. Había un sofá, dos sillas de hierro y una lámpara. Había una pila de revistas en la mesa de centro. Parecía tan impersonal, estéril y pulcra como la sala de espera de un hospital. Era aceptable, cierto. Un lugar agradable donde esperar quince años para hacerte una operación.

–¿Por qué no te das un respiro, Lou? –le dijo la anciana–. ¿Por qué no nos tomamos un respiro los dos y vamos, no sé, a la playa?

–Preferiría quedarme en casa –dijo él.

Nunca le había gustado demasiado la playa. Le parecía deprimente la parsimonia de las aguas del Pacífico. Tenía poquísimo interés en sentarse con su suegra en las arenas mugrientas donde los homosexuales musculosos jugaban largo rato con el balón y donde los vagabundos de Santa Mónica se insolaban.

–¿Qué vas a hacer todo el día aquí encerrado? –le preguntó la anciana.

–Pasar el rato.

Se sintió cansado y súbitamente irritado. Le parecía que su esposa, en su intento decisivo por desafiar y revertir su destino, había tenido total éxito en desafiar y revertir los roles de la relación. Por fin había encontrado, en la inacción de quien yace anestesiado, la tan necesaria reacción que le había hecho falta en su matrimonio. Ella estaba ahora surcando los pasillos del hospital, rodando hacia el futuro. Y él estaba sentado en el sofá, insatisfecho, quieto, con nada para hacer salvo esperar.

–Cyd se armó de coraje –le dijo su suegra–. Vaya si se armó de coraje, hay que reconocérselo. Supongo que te lo ha hecho pasar bastante mal, Lou. A veces es difícil saber qué es lo que la atormenta tanto. Supongo que nunca supo lo que quería. Siempre tuve la esperanza de que la convencerías de que intente volver al cine. Cuando te casaste con ella tenía la secreta esperanza de que la ayudaras a encontrarse a sí misma.

Sonó el teléfono. Era el médico.

–¿Cómo ha ido?

–Me temo que no podemos saberlo hasta que quitemos los vendajes. Sabremos cómo ha ido cuando podamos echar una ojeada a la cicatrización.

El médico sonaba agobiado y poco atento.

–¿Cuándo se los sacarán?

–Eso, me temo, no puedo decírselo en este momento, señor Alton. Todos los casos son distintos. Depende de cómo marche la cicatrización.

–Pero no entiendo cómo van a saber cómo marcha la cicatrización si no le quitan los vendajes.

Sabía que sonaba ridículo. En términos médicos: un idiota. Pero en ese momento sintió que las preguntas inanes y persistentes sobre los vendajes eran el último gesto que él podría tener con su esposa.

–Cuando sea momento de quitar los vendajes, señor Alton, se lo haré saber de inmediato.

El médico se ponía más y más impaciente. No veía la hora de cortar la llamada antes de que la estúpida curiosidad de un aficionado siguiera hurgando en sus métodos profesionales.

–¿Cuándo podrá verme la señora Alton?

Se ilusionó con la posibilidad de que con una oración sucinta y quirúrgica el médico le dijera que eso nunca más sería posible. No tenía el menor deseo de ver a Cyd con sus ojos nuevos, unos ojos a la vez creados y vendados por la voz más brusca que hubiera oído en un teléfono.

–Como es de suponer –dijo el médico con el tono atemperado y paciente que a veces uno usa con los niños y los menos aventajados intelectualmente– la señora Alton no podrá verlo hasta que le quiten sus

vendajes. –Se rio con una risotada breve y sarcástica–. ¡No puede pretender que lo vea, a usted ni a nadie, sin que se los saquen!

–¿Está satisfecho con el resultado de la operación, doctor?

–Señor Alton, creo que ya le dije que no puedo darle mi opinión sobre el resultado hasta que no pueda revisar la cicatrización.

Después de que el médico cortara la llamada, Lou Alton llamó a su esposa, en el hospital.

–¿Estás bien?

–Claro que estoy bien. Bien. Estoy genial. Pero no puedo hablar contigo, se supone que hoy no puedo atender llamadas.

Su voz sonaba ahogada y remota, como si estuviera hablando a través de una escafandra en el fondo del mar. Sonaba extrañamente voluminosa, amigable, satisfecha. Se dio cuenta de que todavía estaba un poco anestesiada.

–¿Quieres que vaya a verte mañana?

Ella gruñó algo, un murmullo. Lo que él le decía no tenía ningún sentido para ella. Volvió a decírselo, gritándole con la rabia desaforada e irrazonable con la que a veces se dirigía a las personas que no oían bien.

–No, no –susurró ella alegremente–. No tiene sentido que vengas a verme –su voz se fue apagando–. Estoy muy bien.

Al día siguiente Lou Alton condujo al centro para ver a su esposa en el hospital. Había un puñado de chicos en una protesta, que interrumpían el tráfico a lo largo de Sunset Strip. Le resultó intolerable y agraviante el calor y tener que esperar que la policía los dispersara, mientras en la radio de su coche crepitaban canciones de amor y sus ojos lagrimeaban por el humo de los tubos de escape de los coches detenidos en una fila que parecía una serpiente enorme. Por el amor de Dios, ¿qué clase de protesta era esa? Si estuvieran en contra de la guerra él los apoyaría. Y mucho más los apoyaría si dejaran circular el tráfico. Quizá lo único que querían era que legalizaran la marihuana. ¿Cómo cojones saberlo con esas pancartas genéricas? "¡amor!", "¡amor!", "¡abajo los políticos!" ¿Alguna persona cuerda militaría bajo el lema "amor"? No le gustaba ver cómo los apartaban a golpe de porra. ¿Pero por qué los pobres infelices tenían que pintarse las caras con signos

del zodíaco en color azul? ¿Por qué usaban abalorios y andaban descalzos? Cyd siempre le decía que era un fascista. Cyd siempre decía un montón de cosas sobre él. Pero seguramente a estos chicos no les gustaría encontrarse de adultos en medio de una maraña infernal de tráfico, ni les gustaría que les sacudieran pancartas con la leyenda "¡amor!" o "¡fuera!" en el cristal de sus ventanillas y mucho menos si se encontraran de camino a un hospital en el centro de Los Ángeles, y mucho menos si estuvieran yendo a visitar su esposa a la que acaban de operarle la cara.

–¿Es usted un futuro padre? –le preguntó una enfermera.

Por fin había llegado a la recepción del hospital, un edificio horrible de color naranja apretujado entre unas palmeras alicaídas y polvorientas bajo el sol embotado por el smog.

–No busca la sala de maternidad. Busca la de vanidad.

Siguió a la enfermera a través de largos pasillos asépticos. El área "de vanidad" estaba repleta. Tenía el mismo grado de ajetreo y actividad que una fábrica a todo vapor. La música ambiente sonaba desde unos altavoces en el techo. Las mujeres iban y venían; algunas en sillas de ruedas, algunas cojeando. Vio caras pintadas de púrpura por el iodo, con apósitos de algodón como si fueran barbas canosas, rostros completamente escondidos detrás de metros de gasa. Vio mujeres escayoladas desde los hombros hasta el cuello. Eran como jinetes blancos. Como marcianas. Y en vez de ojos tenían dos huecos oscuros que habían recortado entre sus vendajes.

–¿Qué es eso? –le preguntó a la enfermera.

Oía gritos.

–Es un tratamiento facial.

–¿Y por qué no le dan anestesia, por Dios?

–Se la dieron al terminar.

–¿Entonces por qué cuernos grita?

–Usted también gritaría si le hubieran hecho lo que a ella. Deben quemar profundo en la piel, ¿sabe?, y es un área grande a tratar. El problema es que no se puede anestesiar a la paciente durante el tiempo necesario para que la piel debajo cicatrice. Es una técnica que comenzó en la guerra, ¿sabía? Sacaron la idea trabajando con pilotos que volvían incinerados. Solíamos

darles morfina a las pacientes del tratamiento facial, pero generaba adicción, y otras complicaciones. Algunas han muerto del shock, ¿sabe? El hospital no es responsable. Las bobas lo hacen bajo su propia responsabilidad. Quieren tener la piel de un bebé y por eso siguen viniendo.

Su esposa yacía completamente inmóvil en la cama cuando él llegó al pabellón lúgubre y aséptico en el que estaba ingresada. Le impactó el cambio en su apariencia. Todo su cuerpo parecía haberse encogido desde la operación, y su piel tenía el aspecto pálido y rugoso de alguien muy mayor. Uno de sus ojos seguía vendado, lo que le daba a su cara la apariencia desenfadada de un pirata. Le sentaba fatal. La cuenca del otro ojo estaba tan desagradablemente hinchada y desfigurada que le resultaba casi imposible concebir que allí todavía hubiera un ojo. El bisturí del cirujano había cortado un círculo perfecto desde la línea de sus pestañas hasta el arco de sus cejas. La herida parecía recién abierta y sangraba, y bajo su rojo fulgor aparecían unas suturas aquí y allá, como las patitas de un escarabajo gigante. Se quedó tieso en medio del pabellón. No se le ocurría qué decir.

–Supongo que tiene una pinta horrible. Todavía no he tenido valor para mirarlo.

La voz de ella sonaba plana y tenue. Parecía tan agotada, tan desanimada.

–Tiene buen aspecto.

Se recostó en sus almohadas sin responderle. Un rayo de sol matutino se coló por la ventana del pabellón y dibujó formas en su cama.

–Creo que me han cortado todas las pestañas de abajo –ahora se quejaba con la impaciencia caprichosa de una niña–. ¿Podrías ver si me han dejado alguna?

Sus pestañas antes eran largas y sedosas. En su presente estado de agotamiento físico, la pérdida de las pestañas parecía la única cosa capaz de empujarla a algún tipo de respuesta, aunque fuera por preocupación. Él miró el amasijo de carne viva bajo el ojo. Miró la intrincada red negra de suturas.

–Me cuesta distinguirlo.

Vio cómo todo el cuerpo de ella temblaba de indignación, como si su incapacidad para ver algún rastro de sus pestañas fuera la cifra de una ineficacia que ella detestaba de él.

–En un rato viene Dot Mansville –su voz recuperó el antiguo brío beligerante–. No quieren que tengamos más de una visita a la vez.

–¿Entonces quieres que me vaya?

–No, no es eso. Es que no veo razón para que tengas que quedarte aquí sin hacer nada.

Al día siguiente volvió a visitarla al hospital. Su esposa seguía vendada y él percibía una gran hostilidad que emanaba desde una escueta rendija en su ojo, lo único visible en medio de toda esa hinchazón.

–Dot Mansville y las chicas vinieron ayer –dijo ella, provocadora–. Todas creen que estaré mucho mejor una vez que baje la inflamación.

–¿Mejor para quién? ¿Mejor para qué?

Se arrepintió de decirlo porque, aunque se daba cuenta de que había logrado el objetivo de herirla, su éxito parecía innecesario. Hundida entre sus almohadas, con un ojo amoratado y llena de vendajes, no parecía haber forma de herirla aún más. Se quedó muy quieta. Cuando finalmente habló, su voz sonó extraña y ahogada.

–Por favor, no me hagas llorar, Lou. Dicen que si lloro se me pueden saltar los puntos y provocarme una infección.

Observó, helado, cómo una gota brillante de agua cristalina emergía de la ínfima apertura entre toda la carne hinchada y descolorida, y corría despacio por su mejilla morada.

–Por favor, no llores, mi amor. No he querido ser cruel.

Las lágrimas empezaron a brotar por el hueco en carne viva.

–¡Por Dios, para! –siguió él, gritando–. ¿Qué otra cosa puedo hacer? ¡Por Dios, para antes de que se te salten los puntos y se te infecte! ¡Mejor llamo a una enfermera!

–¿Cómo va a hacer la enfermera para que deje de llorar? ¿Quién podría hacer algo para que deje de llorar en este momento? Si se infecta, que se infecte. ¿Qué cuernos me importa? ¿Qué mierda me importa lo que me pase a partir de ahora?

La apariencia desastrosa de su cara empeoró con el llanto. Y aun cuando él la veía hundirse en sus almohadas, toda desfigurada y fuera de sí, no le parecía más desagradable que durante todos esos años en que la había visto arreglada, serena y cáustica, sentada en el sofá, quejándose mientras tomaba martinis con Dot Mansville y "las chicas". Por un momento reconoció en esa mujer madura, sin ojos, lloriqueando, algo de la vulnerabilidad de la chica aprensiva a la que alguna vez había querido proteger. También vio, en la temerosa distorsión del rostro que alguna vez había amado, la sordidez de esta personalidad egoísta e insatisfecha que, por vanidad, se había privado de ojos para llorar. Se acercó a la cama impulsivamente y besó el resquicio violeta y supurante por donde intentaban correr las lágrimas. Sintió un sabor agridulce a desinfectante mezclado con sal y sangre.

–No llores, mi amor –dijo mecánicamente–. Mi amor, por favor, no llores.

¡Mi amor! Pensó: qué ridículo. Vaya amor.

A ella ese gesto pareció gustarle. Tiritó. Se aferró a él, agradecida. Rodeó su cuello con los brazos y se aferró a él como una niña.

–¿Cómo puedes besarlo, Lou? –le preguntó–. Solo de verlo me dan ganas de vomitar.

–Discúlpame si te he hecho sentir mal –dijo para calmarla.

Y en ese instante todo el cuerpo de ella se sacudió en un espasmo de indignación. La había tratado con condescendencia, la había decepcionado y enfurecido. Se soltó de él furiosamente.

–¡Ay, déjate de tonterías, por Dios! –gritó–. Estoy harta de la misma cantinela. ¿Por qué demonios crees que algo que hagas o digas puede seguir importándome? ¿No ves, imbécil, que estoy a punto de perder la cabeza por culpa de este vendaje?

–¿Qué pasa con el vendaje?

–¡No pasa nada con el vendaje, idiota! ¿Pero por qué demonios no han venido a quitármelo?

–¿Deberían habértelo quitado?

Nunca se le había ocurrido. Daba por sentada la presencia del vendaje como una de las inevitables complejidades del ritual quirúrgico.

–¡Por supuesto que me lo deberían haber quitado si ya quitaron el otro! –su voz se volvió un alarido–. ¡Es que los cabrones no se atreven a enseñarme lo que hay debajo!

–¿Les has preguntado a las enfermeras si no deberían habértelo quitado?

–¡No puedo preguntarles nada, idiota! Todas parecen salidas de un mitin de las panteras negras. Y no quieres saber lo mucho que odian a las pacientes en la sala de vanidad. Nos detestan. Nos odian porque creen que les robamos el tiempo que deberían pasar con pacientes enfermos de verdad. Hoy prácticamente ninguna se me ha acercado en todo el día. Y cuando alguna se digna a aparecer no me dice nada. Así que aquí estoy tirada, hora tras hora, sin saber si he perdido la vista de un ojo y todo por mi culpa.

–Voy a llamar al médico ahora mismo. Y por Dios, deja de preocuparte. Por supuesto que tu ojo está bien.

Él ya no tenía la indubitable certeza de que por supuesto su ojo estaba bien. El vendaje parecía especialmente siniestro desde que habían cuestionado su presencia. Ahora también él estaba convencido de que su propósito era ocultar algún error escandaloso.

–¡Hay algo más! –gritó su esposa mientras él salía del pabellón–. Tienes que decirle a ese maldito médico que jamás voy a permitir que me saque los puntos.

–Cariño –dijo él–, no te pueden dejar los puntos para siempre.

–¡No me interesa, imbécil! –volvió a gritarle–. ¡Puedes decirle al médico que prefiero que me maten antes de que me los saquen! Ya me ha dejado ciega de un ojo, ¿o no? ¿Eso no le alcanza? ¿Piensas que a alguien va a importarle si me dejo los puntos para siempre? ¡Ya he aguantado todo lo que podía! ¿Puedes imaginar lo que sería tenerlo encima toqueteando mis heridas con sus pinzas? Me dan ganas de vomitar de solo imaginarlo. Ya no aguanto más el dolor, Lou. ¿Puedes entenderlo? ¡No lo aguanto más! ¡Tienes que decirle a ese médico hijo de puta que jamás voy a permitir que me los saquen!

–Haré lo que pueda.

Caminó por el pasillo azulejado en el cual, mezclados con la música ambiente, aún podían oírse los gritos de las mujeres que se habían hecho un

tratamiento facial. Detuvo a una enfermera que iba a toda prisa llevando una bandeja con gelatina roja.

–Mi esposa está muy alterada. ¿Podrían darle algún sedante?

–Por supuesto que está alterada. Todas están alteradas. ¿Quién no estaría alterado en este basurero? Yo también estoy alterada.

Y se escabulló enfadada.

El médico, cuando por fin lo encontró del otro lado del teléfono, sonaba frío e impaciente.

–Me temo que no he tenido tiempo de visitar a su esposa hoy. Estoy hasta el cuello de trabajo en el anfiteatro. Mañana iré y le quitaré los puntos.

–Es que ella no quiere que le saquen los puntos.

–Bueno, me temo que importa muy poco si ella quiere o no quiere que le quiten los puntos. Si los dejamos demasiado tiempo corremos el riesgo de encontrarnos con una infección galopante.

–Me parece que no está teniendo en cuenta su estado emocional, doctor. Realmente está perdiendo los estribos. Si en este momento la somete a más dolor creo que podría enloquecer.

–Puede que haya alguna incomodidad, pero le aseguro que sacar los puntos es un procedimiento muy poco doloroso.

–No creo que sea el dolor lo que le importa. Creo que es más bien la idea de que esté tocando sus heridas.

–Escuche, por favor, señor Alton, me temo que eso es sencillamente inevitable. Su esposa es una mujer adulta y va a tener que acostumbrarse a la idea le guste o no. Es obvio que le tienen que quitar los puntos y ya está.

–¿Podría sedarla completamente cuando vaya a quitarle los puntos?

Oyó al médico resoplar.

–¡Anestesia general para sacar unos puntos de sutura! ¡Sí, claro! ¡Eso sería asombroso! ¿Y quién cree usted que tendrá el tiempo para administrar la anestesia? Quizá deba recordarle que su esposa no es la única mujer ingresada en este hospital. ¿Se le ha ocurrido, señor Alton, que a lo mejor alguna otra paciente tenga prioridad?

–Haría que valga la pena, doctor. Estoy más que dispuesto a pagar un extra.

El doctor se rindió, a regañadientes, como si estuviera dándole la razón a un loco.

–Si es tan importante para usted, señor Alton, si de verdad acepta que hagamos algo tan innecesario, oneroso y que lleva tanto tiempo, supongo que tendré que hacerle caso. Aun no puedo comprender por qué su esposa no puede conformarse con anestesia local.

–¿Eso implicaría que la inyecten con agujas alrededor de los ojos?

–Por supuesto.

–Entonces debo insistir con la anestesia general. Y algo más, doctor.

El doctor estaba a punto de interrumpirlo.

–¿Por qué no le han quitado el otro vendaje?

–No estamos satisfechos aún con la cicatrización.

–¿Es eso algo habitual?

–Dadas las circunstancias, sí. Como ya sabe, por supuesto, tuvimos algunas complicaciones.

–No lo sabía. ¿Cómo podría saberlo? ¿Cuáles fueron específicamente las complicaciones?

–Verá, para hacer un drenaje satisfactorio del tejido debajo de las cejas de su esposa, tuvimos que cortar más tejido adiposo de lo que solemos en este tipo de operación. La eliminación del exceso debajo del ojo fue más o menos el habitual.

–¿Eso quiere decir que el ojo que está vendado ha sufrido algún tipo de daño?

–No más que el ojo que ya no tiene vendaje. La vista en ambos ojos permanece intacta, si eso es lo que pregunta. Claro que ella tendrá un único problema. Nunca podrá, por supuesto, cerrar del todo los ojos durante la noche.

–¿Podría ser más claro, doctor? ¿Qué quiere decir exactamente que no podrá cerrar los ojos del todo por la noche?

–Exactamente eso. Como sabe, tuvimos que estirar hacia arriba la piel encima de sus ojos para poder suturarla en la línea del entrecejo, donde las cicatrices no serán visibles. Y, como ya le dije, tenía una cantidad increíble de tejido adiposo sobrante en la zona. No tuvimos otra opción. Tuvimos que

extirparla. Desde luego, no podíamos hacer esto sin restringir seriamente la movilidad de los párpados. Pero sencillamente no había otro curso de acción para que se viera firme y juvenil como ella quería. No creo que le moleste demasiado. En mi experiencia, las mujeres no suelen preocuparse demasiado por su aspecto cuando duermen. La mayoría se acostumbra a la luz después de unos meses. Y si le resulta problemático puede usar un antifaz. Hay solo una cosa que tendré que advertirle a su esposa: puede que haya algún problema con las formaciones.

–¿Formaciones?

–Naturalmente, la imposibilidad de cerrar los ojos cuando duerma puede resultar en la aparición de ciertas formaciones sobre el globo ocular expuesto, una capa de mucosa, una membrana arenosa. Podrá deshacerse de ella, por supuesto, haciéndose enjuagues exhaustivos de los ojos con colirio o ácido bórico. Creo que en general tanto usted como la señora Alton estarán muy satisfechos con los resultados de la operación. Sin duda notará un cambio muy positivo en su apariencia.

–¿No hay nada que se pueda hacer que le permita cerrar los ojos de noche, doctor?

–Me temo que no, señor Alton. Cuando lidiamos con algo tan delicado como el tejido ocular, no hay forma de reemplazar lo que se ha extirpado.

Lou Alton empezó a andar despacio hacia el pabellón de su esposa. De repente dio la vuelta y caminó hacia la recepción del hospital. Quería hablar con alguien. Una enfermera. Alguna otra paciente de la sala de vanidad. Alguien. Se acercó a un teléfono y marcó el número de su suegra.

–¿Cómo está?

Percibió el palpitar ansioso de la anciana. Pensó en el sirope de los gofres.

–Está bien.

–¿Qué pinta tiene?

–Ah, luce radiante.

–¿En serio? ¡Qué maravilla! ¡Apuesto a que está preciosa! A que nunca ha estado mejor. Me muero de ganas de verla.

–Nunca ha estado mejor. Probablemente sea su mejor momento.

–Vaya, ¿no es maravilloso? Las cosas que se pueden hacer hoy en día. Me resulta fantástico. Supongo que debería haberlo hecho mucho antes.

–A lo mejor debió hacerlo al nacer –dijo él–. Son cosas muy difíciles de decidir.

–Algunas empezaron bastante tarde, ¿sabías? –dijo la anciana.

–¿Quiénes empezaron tarde?

Su mente estaba embotada.

–Las grandes figuras, claro –dijo ella impacientemente–. Algunas de las estrellas más famosas.

–Supongo que sí. Nunca lo había pensado.

–¡Ahora vas a tener que empezar a cuidarte, Lou! –la voz de la anciana se volvió ocurrente–. La has tenido para ti solo durante mucho tiempo, ¿sabes?

–Por supuesto que lo sé.

Un torrente de imágenes, como flashes del pasado lúgubre de un hombre ahogándose, pasaron por su mente.

–Aunque debo decirte que no suenas del todo satisfecho, Lou. Quizá nunca quisiste que esta operación saliera bien. Quizá pensabas que estabas en una situación favorable. Quizá solo querías que las cosas siguieran como estaban.

–Quizá.

Se preguntó qué le diría a su esposa la próxima vez que la viera. Decidió que le diría que la vista en el ojo vendado no había sido afectada y que la dormirían para quitarle los puntos. ¿Pero cómo le diría que sus ojos jamás volverían a cerrarse? ¿Cómo le explicaría que por las noches se fijarían incansablemente en la oscuridad como si buscaran, incluso durante el sueño, una solución que siempre les fue esquiva durante la vigilia?

La esposa de Taft

Al final la señora Ripstone le dijo a Taft, el asistente social, que aceptaría ver a su hijo, Anthony, si lo llevaban a comer con ella a algún hotel del West End de Londres. Primero sugirió el Ritz, pero luego decidió que el Claridge's sería mejor.

–Usted entenderá, señor Taft, que acepto concretar este encuentro únicamente bajo la mayor de las reservas.

–Absolutamente.

A Taft ya le desagradaba la pronunciación afectada de la mujer en el teléfono. Tenía un tono irritante, demasiado señorial, que intentaba enmascarar otro subyacente más rústico, lo que resultaba molesto.

–También debo pedirle, señor Taft, que nunca más intente contactarme en mi casa.

–Puede contar con ello, señora Ripstone. Y quisiera disculparme por haberle escrito a su casa. Estábamos muy ansiosos por contactar con usted y no se nos ocurrió otra manera.

La voz gruesa de Taft era reconfortante y denodadamente confiable. Con los años había aprendido a cultivar un comportamiento estudiadamente empático. La mayor parte de su vida profesional la había pasado tratando de apaciguar o persuadir a otros.

Mientras seguía conversando con la señora Ripstone, se imaginó charlando con una señora obesa y arrogante de unos cincuenta años. En su mente, ella tenía una nariz de gancho que acentuaba un mentón hundido, que a su vez se desvanecía en capas y capas de colgajos de un rosa vibrante

amontonadas como crepes en el cuello y envueltas en carísimos collares de perlas.

Se dio cuenta de que cuando imaginaba a la señora Ripstone pensaba en una mujer de mucha más edad de la que en realidad tenía. Esa misma mañana Taft había verificado su fecha de nacimiento en los archivos del orfanato. La imaginaba deliberadamente vieja y horrible. La apariencia de la señora Ripstone podría impactar a su hijo, pero Taft, el adulto responsable que estaría presente durante la dolorosa reunión en el hotel, quería estar listo para cualquier sorpresa desagradable. Por lo tanto, se preparó imaginando lo peor por adelantado.

–Percibirá, señor Taft, que en este momento no le estoy hablando desde casa. Lo llamo desde una cabina telefónica en el pueblo más cercano. Se lo digo únicamente para enfatizar cuán virulenta es mi necesidad de discreción en todo este asunto.

–Puede contar con mi discreción, señora Ripstone.

–¿Percibo algo sarcástico en su voz, señor Taft? ¡A lo mejor considera que mi necesidad de discreción es un capricho!

La voz señorial de la mujer se había convertido ahora en un siseo furioso y defensivo.

Taft se dio cuenta de que tendría que tener más cuidado. El teléfono era un instrumento peligroso. Podía acentuar el menor matiz en la voz. A la señora Ripstone no la pudo engañar con su melosa cortesía.

Tenía que reconocer que la paranoia de la mujer la había vuelto más sensible y atenta de lo que él esperaba. De alguna forma inconsciente debió haber transmitido una pequeña partícula de la hostilidad que sentía. A menos que fuera más convincente en el trato empático con ella, podía suceder lo que temía: que se negara a asistir a la comida.

–¡Sin dudas le debo parecer una mujer de moral relajada, señor Taft! –la señora Ripstone emitió un trino frenético en forma de carcajada–. Se lo puedo asegurar… nada más alejado de la realidad. Estoy felizmente casada. Tengo una preciosa casa en Surrey. Tenemos piscina. Tenemos pista de tenis. Tengo dos hijos adorables. Que han sido criados con amor.

Taft presionó tan fuerte el tubo contra su oreja que empezó a dolerle. Puso los ojos en blanco y su cara se transfiguró en una expresión de acuciante vergüenza ajena.

–Tengo un muy buen matrimonio, señor Taft. Mi esposo es mayor que yo. Es un hombre conocido y bien respetado en nuestra comunidad. Es un ser humano maravilloso. Se jubiló como juez…

–Sí… sí –Taft sabía que la respuesta sonaba extraña, pero no se le ocurría qué otra cosa decir.

–¿Realmente entiende, señor Taft, que mi marido no tiene la menor idea de la existencia del chico?

–Lo suponía, señora Ripstone.

–¿Y que tengo la intención de que las cosas permanezcan de esa forma?

Su voz afectada siseaba con tal agresión que, para Taft, se parecía al sonido de una tetera hirviendo.

–Mi esposo es un hombre de una mente, digamos, anticuada, señor Taft. Es muy religioso. Todo este asunto sería una gran conmoción para él. Su corazón es frágil. Y el pasado es el pasado. No veo razón para permitir que arruine el presente.

–Le aseguro, señora Ripstone, que no tengo la menor intención de crear ningún inconveniente en su vida privada.

–¡Suena como si me estuviera culpando, señor Taft! Pero no solo tengo un marido en el que pensar, sino también hijos.

–Por supuesto, señora Ripstone.

–Siempre y cuando lo entienda… De todos modos lo veré el domingo próximo, señor Taft. Creo que el Claridge's será un buen lugar de encuentro. Solía gustarme más el Ritz, pero últimamente lo siento algo lúgubre. Por alguna razón el Ritz me recuerda a la muerte.

–Exacto –dijo Taft.

–El Claridge's es mucho más alegre. Después de todo, queremos que sea un encuentro agradable. En el Claridge's sirven muy buenos postres. Cuando llevo a mis hijos al dentista en Londres siempre quieren que los lleve al Claridge's. Adoran esos postres.

–El Claridge's será –dijo Taft.

–Hay una cosa que debo advertirle, señor Taft. Usted me ha puesto en un aprieto emocional considerable para que acepte ir a esta comida. Por lo tanto, creo que usted tiene ciertas responsabilidades para con Anthony.

–¿Responsabilidades, señora Ripstone?

–Responsabilidades, señor Taft. Siento que es su deber advertirle al chico que no debe hacerse ninguna idea. No puede permitirle que crea que estas reuniones serán habituales.

–No creo que Anthony tenga demasiadas expectativas sobre la comida, señora Ripstone.

Taft mentía. Quería salvar el orgullo del chico. Pero recordaba la excitación, la expresión al borde de las lágrimas en el rostro de Anthony cuando le contaron que habían encontrado a su madre. Taft sabía que Anthony tenía la secreta expectativa de que, una vez que se conocieran, ella querría sacarlo de la institución y llevarlo a vivir a su casa.

–Muy bien. Adiós, señor Taft. Espero con ansias nuestro encuentro del domingo en el Claridge's. ¡Tengo la sensación de que nos vamos a llevar muy bien!

Taft se dio cuenta de que toda la beligerancia del principio se había esfumado de la voz de la señora Ripstone. Ahora sonaba insinuante y coqueta. Al oír este cambio Taft sacudió el tubo con violencia. Como si quisiera sacudir a la señora Ripstone de la comunicación.

–Tiene una voz muy bonita, señor Taft. ¡No sé si se lo habían dicho alguna vez! –La señora Ripstone soltó una risita seductora–. ¡Lo veo el domingo, señor Taft!

–¡Zorra! –dijo Taft al colgar el teléfono–. ¡Qué maldita zorra!

Casi nunca insultaba. Fue hasta su escritorio y empezó a escribir un informe sobre mujeres abusadas para tratar de olvidarse de la señora Ripstone y esa comida inoportuna que ella y su hijo abandonado compartirían con él.

Cuando la señora Ripstone le dijo a Taft que le gustaba su voz gruesa, de ninguna manera se trataba de la primera mujer que lo hacía. Era un halago tan familiar para él que más que complacerlo lo irritaba. Con esa misma

susceptibilidad e idéntico bochorno reaccionaba cuando las mujeres le decían que se parecía a John Wayne.

A Taft nunca le había gustado el héroe del celuloide que encarnaba John Wayne, y sus películas lo aburrían. Su arrogancia y ese mito de tirador sin igual le resultaban repugnantes. Taft se identificaba con los perdedores, y a pesar de su contextura sólida y fornida, y de que sus facciones duras y escarpadas se parecían a las del actor, siempre se había sentido insultado y menospreciado cuando alguien le decía que tenía un aire al vaquero de las películas.

Como asistente social Taft era dedicado y conciliador. Cuando trataba con gente que conocía en el trabajo siempre era directo y desinteresado. Realmente le importaban los "casos" bajo su tutela. Se identificaba con los problemas de los otros, y siempre era percibido como alguien práctico, confiable y bueno.

En su vida privada Taft era mucho menos conciliador, de hecho era poco confiable y manipulador. Sabía que las mujeres lo consideraban atractivo y tenía la costumbre de quitárselas de encima. En sus relaciones sexuales era egoísta y desconfiado. Era solitario por naturaleza. Le tenía pavor a la intimidad. Cualquier chica que intentaba acercarse a él le despertaba terror y repulsión, dado que consideraba su autosuficiencia emocional como uno de sus mejores atributos y sentía que si alguien se acercaba era porque trataba de engatusarlo y atraparlo. Taft estaba preparado para encarar de la mejor manera las muchas alternativas que presentaba cada uno de sus "casos". Pero no estaba preparado de ninguna forma para satisfacer las demandas y necesidades de cualquier mujer en la traumática maraña de la vida doméstica. Había elegido que lo llamaran Taft, a secas. Le gustaba la formalidad. Odiaba que lo llamaran por su nombre de pila, le ofendía cualquier tipo de confianza.

Taft vivía solo en un pulcro apartamento de un dormitorio cerca de la estación Paddington. En su cocina había una taza, un plato, un cuchillo y un tenedor. La deliberada escasez de utensilios de Taft era la muestra desafiante de su forma de ser.

Por las noches Taft a menudo iba solo a los bares, y bebía con bastante profusión porque deseaba saborear y despuntar la desesperanza y el desconsuelo que lo embargaban al final del día, después de que su trabajo lo hubiera expuesto a un pozo sin fondo de pobreza, sordidez, dolor y desesperación humana.

Mientras bebía en esos bares, a Taft se le acercaban a menudo mujeres, y si él las consideraba atractivas permitía dejarse seducir, pero tenía mucho reparo en que sus aventuras solo duraran una noche. Como amante apenas "cumplía". Nunca salía de caza. Era promiscuo, pero no por una lujuria excesiva, sino por una pasividad excesiva.

Taft se acostaba con chicas en sofás ajenos o incluso en camas ajenas. Por la noche se levantaba y las abandonaba, para poder darse un baño en su monástico apartamento. Por la mañana sus experiencias sexuales nocturnas se desvanecían de su consciencia como un tenue trazo de tiza.

Taft les tenía pavor a las recriminaciones y los cabreos femeninos. Las mujeres con las que se acostaba se sentían motivadas y desafiadas por su comportamiento escurridizo. Sentían un golpe al orgullo cuando ese apuesto y duro caballero, que las había tratado en un principio con un cuidado casi paterno, de repente y sin explicación se volvía desaprensivo e inescrutable, apenas podían creer que ese mismo hombre ahora las escupiera fuera de su vida como al hueso de una cereza.

Con los años, Taft había entendido que debía adoptar alguna técnica que lo ayudara a evitar las desagradables consecuencias, las incesantes llamadas, las quejas, los insultos y las amenazas de suicidio que había recibido en el pasado producto de su promiscuidad e inconstancia.

Se inventó una esposa. Cada vez que Taft se embarcaba en una nueva aventura sexual, le advertía a su pareja que nunca podrían tener nada serio porque él aún amaba a su esposa. La esposa imaginaria de Taft había muerto en un accidente de coche pocas semanas después de que se casaran. Lo había ayudado a escabullirse de tantas relaciones que ponían en peligro la solitaria y austera existencia que había elegido para sí que de algún modo, sí, de verdad la amaba.

Taft les había hablado a tantas mujeres distintas sobre su esposa, esa figura trágica y mítica, que a estas alturas podía hacerlo con enorme dignidad y naturalidad. Se había vuelto una protección tan necesaria que a menudo parecía más importante, y más real, que las mujeres por las cuales la había inventado. Por lo tanto, más de una vez solía olvidar que mentía cuando decía que le resultaba imposible recuperarse del dolor de haberla perdido. Protegido de las consecuencias de su promiscuidad gracias a su duelo inventado, Taft sentía que la deshonestidad con la que trataba a sus amantes estaba justificada porque lo ayudaba a ahorrar energía emocional, que él creía mucho mejor invertida en sus "casos".

La mañana del domingo siguiente a su conversación con la señora Ripstone, Taft llegó a St. Michael's para recoger a Anthony y llevarlo a conocer a su madre biológica en el Claridge's. Luego viajaron en metro hacia Oxford Street.

Mientras estaban sentados, Taft miró detenidamente el rostro de Anthony, aunque de forma disimulada. El chico lucía tan pálido, tensionado y cadavérico que daba la impresión de que el asunto de conocer a su madre había interferido con el fluir de su circulación sanguínea. Una de las monjas en St. Michael's le susurró a Taft que en la última semana Anthony apenas había comido o dormido.

En general, Anthony andaba tan desaliñado que su apariencia sugería que le daba una cierta satisfacción rebelde el hecho de verse tan descuidado y andrajoso. Ese día había tomado la decisión consciente de parecer aseado. Su cabello largo y descontrolado había sido domado a fuerza de gomina barata. Parecía aplastado y artificial, como si le hubieran pegado una peluca grasienta sobre el cuero cabelludo.

Taft notó que el chico se había puesto su mejor traje. El que usaba para ir a misa los domingos. Era de segunda mano, brillaba y no era de su talla. Los pantalones eran demasiado grandes y colgaban como dos bolsas alrededor de sus piernas. Tenía camisa y corbata y esto también le preocupó a Taft. Pocas veces había visto al chico ponerse otra cosa que no fuera una camiseta desgastada y unos vaqueros raídos. Anthony no paraba de tocarse el cuello

de la camisa como si estuviera tratando de deshacer un nudo que lo ahorcaba.

Mientras examinaba con disimulo a Anthony, Taft trataba de adivinar qué impresión causaría el chico en su madre. Sin dudas era un chico de buen aspecto… Pero sus ojos tenían una expresión embotada y poco atenta que hacía sentir incómodos a los demás. Anthony era alto y de buen porte para sus catorce años, pero se movía de forma poco natural, encorvado, lo que delataba su falta de confianza.

–¿Estás nervioso, Anthony?

–Un poco, señor Taft.

–No hay razón para estarlo.

Taft usó su voz gruesa y reconfortante, y la hipocresía de ese tono paternal y compasivo lo irritó. ¿Por qué Anthony no podía estar nervioso? El propio Taft se sentía en extremo agitado, aunque él estaba bien entrenado y sabía cómo disimularlo. Presentía que esta comida en el Claridge's sería una catástrofe y se sentía responsable por haberla propiciado.

Al mirar el rostro lívido y atormentado de Anthony, Taft se puso a pensar si la política de los orfanatos respecto a la revinculación con las madres estaba mal planteada. El comité del St. Michael's había decidido que si cualquier infante "abandonado" en el orfanato expresaba deseos de conocer a su madre biológica, la institución haría su mejor esfuerzo para tratar de organizar un reencuentro. Las madres eran, por lo general, difíciles de encontrar. Se habían casado. Habían cambiado de nombre y de estilo de vida. Muy frecuentemente se habían mudado a otra región del país. A Taft le tomó mucho trabajo y un esfuerzo detectivesco rastrear a la señora Ripstone.

Y ahora que la había encontrado viviendo en su casa con piscina en Surrey y casada con un juez jubilado de "viejas costumbres", Taft se preguntó si no habría sido mejor para Anthony que nunca la encontrara.

Pero Taft no podía estar seguro. Casi todos los chicos "abandonados" con los que había trabajado a lo largo de los años parecían tener un anhelo por saber cómo eran sus madres. Un anhelo que parecía estar atado a la necesidad de formar su identidad. En términos físicos, habían sufrido

golpes, pero en lo emocional padecían una dolorosa confusión: no sabían quiénes eran ni por qué habían sido condenados a la indigencia, a la escueta caridad de un orfanato. Se descubrían como marginados, llenos de culpa y odio, y resultaba muy difícil convencerlos de que no eran de por sí indeseables.

Taft había intentado que dejaran de usar el término "abandonados" para describir a los chicos que vivían en St. Michael's. Sentía que la palabra tenía una brutalidad peyorativa, que afianzaba la idea de que había algo esencialmente malo en ellos que justificaba el abandono. Taft hubiera preferido que los llamaran "huérfanos", sin más. Pero chicos como Anthony, técnicamente, no eran huérfanos, y por eso seguían usando el término "abandonado".

Taft recordó la voz desagradable de la señora Ripstone en el teléfono. ¿Curaría una comida con la dueña de esa voz chocante las inseguridades de Anthony? Estas reuniones entre infantes abandonados y madres abandónicas, ¿no estaban lejos de tener la importancia y el valor que les asignaban en St. Michael's? ¿No eran, más bien, destructivas? Taft sintió una inmensa fatiga psíquica. No tenía respuestas.

–¿Cómo cree que será? –le preguntó Anthony.

–Me temo que no te puedo responder eso, Anthony. Solo he hablado con ella por teléfono.

–Quizá no sea como se la imagina.

Taft dudó si no debía advertirle a Anthony que su madre le había dado la impresión de no ser demasiado simpática. Pero decidió que no tenía sentido.

En un principio Taft tenía la esperanza de que Anthony decidiera encontrarse con su madre a solas. Pero la idea de comer con ella sin alguien más que ayudara a distraerlo evidentemente aterrorizaba al chico, y por tanto Taft consideró que sería cruel dejarlo ir solo.

Taft y Anthony atravesaron las puertas giratorias del Claridge's. La recepción estaba repleta de gente bien vestida con equipaje elegante que acababa de llegar o estaba a punto de irse. Dos árabes de rostro fatigado y rasgos fuertes reservaban un vuelo en el mostrador. Taft miró de reojo a Anthony y notó que el chico temblaba.

Ella apareció de la nada. De repente, la señora Ripstone estaba estrechándoles la mano.

–¡Usted debe ser el señor Taft! ¡Y tú debes ser Anthony! –Les ofreció una sonrisa tan cordial y coqueta que Taft sospechó que escondía un cierto grado de histeria.

La señora Ripstone debía tener menos de cuarenta años. Estaba vestida demasiado elegante para la comida, tanto que Taft pensó que parecía envuelta para regalo. Llevaba una estola de piel sobre un elegante vestido que realzaba las curvas de su impecable figura. Tenía el rostro pequeño, bello, vivaz, y sus pómulos brillaban de un color tan rosáceo que parecían inflamados. Su cuello y sus muñecas centelleaban gracias a las joyas, y en la cabeza llevaba un sombrerito provocativo con una pluma.

La señora Ripstone tenía colocadas unas largas pestañas postizas de color negro; cada vez que movía los párpados se sacudían y bamboleaban como las patitas de un escarabajo dado la vuelta.

–Estoy tan encantada de conocerlo, señor Taft. ¿Por qué no pasamos al restaurante? Todos debemos estar hambrientos. He reservado una mesa.

La señora Ripstone los guio hacia el restaurante. Taft notó que se contoneaba mientras andaba y que tenía unos tobillos preciosos.

–¡Camarero! ¡Camarero! ¡He reservado una mesa para tres!

Sacudía sus manos enguantadas frenéticamente a todos los camareros que pasaban. Cuanto más intentaba mostrar que estaba calmada y en control de la situación en ese lujoso hotel internacional, más se mostraba como un coche que se había quedado sin frenos y caía sin control cuesta abajo. Ninguno de los camareros parecía querer encontrar la mesa que la señora Ripstone había reservado. Sus gestos grandilocuentes y su suntuosidad no tenían el menor efecto en ellos.

Después de lo que Taft juzgó como una cantidad intolerable de quejas, aspavientos y alboroto, y cuando logró que todos en el restaurante la miraran, por fin el jefe de sala la acompañó a su mesa.

–Bueno, a ver, ¿qué vais a pedir? –Ella cogió el enorme y complicado menú–. Tienen muy buenos postres aquí –dijo, mirando a Anthony–. ¿Te

gustan los postres? Mis hijos se ponen como cerdos cuando los traigo a Londres y venimos a comer aquí después del dentista.

¿Tenía planeado decir eso?, se preguntó Taft. ¿O es algo que se le ha escapado por el estado de confusión en el que se encuentra?

–En lo que a mí respecta, voy a empezar con un martini bien cargado. Anduve por todo Londres haciendo compras y estoy exhausta. ¿Usted no tomará un martini, señor Taft? ¡Los adultos podemos permitirnos esas pequeñas recompensas, dado que no nos queda más remedio que envejecer!

Taft estuvo de acuerdo en que necesitaba un martini. Cuando miró a su alrededor y se encontró con mesas atestadas de gente sonriente que emanaba un aire de superioridad y opulencia que se mezclaba con los aromas de los sustanciosos platos, Taft se preguntó si no podría haber un lugar peor para esta comida extenuante e inhumana.

–Recomiendo los *hors d'oeuvres*. ¿Te gustaría probarlos, Anthony? También os recomiendo el *vol-au-vent* –dijo la señora Ripstone.

Anthony se la quedó mirando. La señora Ripstone se dio cuenta de que el chico no sabía qué significaban ninguna de esas palabras y se lo explicó de una forma condescendiente.

–¿No estudias francés en tu colegio? –le preguntó.

Anthony asintió y se sonrojó. Taft nunca había visto al chico hacer un papel tan lamentable. Su traje parecía particularmente andrajoso si se lo comparaba con la ropa elegante de los comensales en el salón. Los ojos tristes y despistados de Anthony miraban el rostro de su madre como si estuviera intentando memorizarlo.

–En cualquier caso… El señor Taft dice que te va muy bien en el colegio, Anthony. Me alegra mucho.

La señora Ripstone mentía por amabilidad. Taft jamás le había dicho que Anthony iba bien en la escuela. Anthony era un alumno muy deficiente y le costaba mucho concentrarse.

Taft dijo que pediría *hors d'oeuvres* y *vol-au-vent.* Era lo más fácil. Pocas veces había sentido tan poco apetito. La señora Ripstone volvió a hacer alarde de su opulencia. Pidió un rodaballo y le dio precisas instrucciones al

camarero, que parecía poco interesado, sobre cómo quería que le preparasen el pescado.

Esta mujer está bajo una inmensa presión, pensó Taft. La situación debía ser muy difícil para ella también. Por más superficial que parezca, probablemente se siente más culpable por lo que le hizo a Anthony de lo que decide mostrar, y encima es una culpa inútil, porque no hay nada que pueda hacer para remediarlo. Después de la comida ella volverá a su casa de Surrey e intentará olvidarse de él. Anthony es un espectro indeseable de su pasado al que ella le gustaría exorcizar. Y será difícil que lo logre si lo tiene sentado enfrente en una mesa del Claridge's mirándola con ojos de cordero degollado. Con la muda pero tácita acusación del chico pendiendo sobre su cabeza, lo único que puede hacer para protegerse es envolverse aún más en su camuflaje de buenas costumbres y elegancia. Por un instante, Taft se preguntó si no debía sentir lástima por esta tonta mujer emperifollada. No veía la hora de que la comida se acabara.

Cuando llegaron los *hors d'oeuvres* la señora Ripstone miró una vez más a Anthony e hizo otro intento autoindulgente por conquistarlo.

–Pareces muy maduro para tu edad, Anthony. ¡No esperaba que fueras tan alto y apuesto!

La señora Ripstone le ofreció a su hijo una mirada fuera de lugar, seductora.

–¿No tienes novia todavía, Anthony?

Dejó escapar una única y sugestiva risita, mientras entrecerraba los ojos y las puntas de sus pestañas flameaban. Anthony se sonrojó y sacudió la cabeza. Parecía apremiado.

–¡No te creo! –La señora Ripstone le dio a su hijo un golpecito juguetón en la manga–. Las chicas deben estar locas por ti.

Esto es horrible, pensó Taft. No tiene la menor idea cómo acercarse a su hijo. Se siente tan incómoda que lo único que le sale es coquetear.

–El *vol-au-vent* está delicioso –dijo Taft.

Le daba asco, pero quería llamar un poco la atención sobre sí para que ella dejara de atormentar a su hijo con su incómodo palabrerío.

La señora giró hacia Taft con alivio. Examinó sus facciones rústicas y atractivas con aprobación. Fue como si hubiera estado demasiado agitada hasta ese momento para notarlo.

–Me alegra que le guste, señor Taft.

Sus pestañas se sacudían como las de una adolescente. Ahora parecía algo bebida. Mientras avanzaba esta difícil comida había pedido más y más martinis.

–Qué gran placer conocerlo, señor Taft. ¡Tienes suerte de que un hombre tan encantador e inteligente como el señor Taft se preocupe por ti, Anthony!

Pidió dos martinis para ella y para Taft y dijo que era hora del postre. Le sugirió a Anthony que pidiera el mousse de chocolate y a Taft el soufflé de limón. Los dos apenas asintieron, y Taft se sintió tan perturbado como el chico.

La señora Ripstone dijo que ella no podría superar la tentación de pedir un éclair. Se pasó las manos voluptuosamente por sus curvas para llamar la atención sobre el estado impecable de su figura.

–Voy a portarme mal por una vez –dijo–. ¡Esta es una ocasión especial!

Se dirigió a Taft y le dijo que sentía que debía tener una vida muy interesante. Luego le pidió un martini más sin preguntarle si quería otro. Por primera vez él la miró directo a los ojos y se dio cuenta de que ella lo estudiaba de una forma predatoria a través del velo puntiagudo de sus pestañas postizas.

Anthony estaba ahí sentado, picoteando infelizmente su mousse de chocolate. Parecía haber dejado de existir para su madre. Ella se comportaba como si estuviera a solas con Taft.

–Tengo el presentimiento de que nos vamos a llevar muy bien, señor Taft. Me gustó el sonido de su voz en el teléfono. Son curiosas las voces… pueden decir tanto sobre una persona.

Los incesantes martinis empezaron a aturdir a Taft. Sintió náuseas y una sensación de irrealidad.

La señora Ripstone posó su mano sobre la de él de una forma íntima, como si quisiera apropiársela.

–Espero que sigamos en contacto, señor Taft.

Su voz se volvió melosa y llena de insinuación sexual. Él notó que llevaba el sombrero un poco torcido. Sus ojos lucían brillantes, ansiosos y los tenía fijos en el rostro de él. Se preguntó si no sería una ninfómana.

Sintió cómo se aferraba a su mano más y más.

–Ahora que nos hemos conocido por fin, tenemos que seguir en contacto. Le aseguro que tendrá noticias mías –dijo ella, con una risita coqueta–. Quiero tener noticias de Anthony.

Taft sintió que el tacto de la señora Ripstone lo hacía estremecer como una corriente eléctrica descargándose sobre su cuerpo.

–Hay algo que quiero preguntarle, señor Taft. ¿Le han dicho alguna vez que se parece a John Wayne?

Era obvio que iba a decirlo. Pero el tan temible halago ya no le molestaba. No le importaba. Tampoco le importaba que ella hubiera empezado a golpetear sutilmente su tobillo bajo la mesa, ni que él obedientemente le correspondiera.

Taft pocas veces se había sentido tan deprimido y derrotado como en ese momento en que hacía piececitos con la señora Ripstone mientras lucía robusto y lleno de confianza como John Wayne. Sentía que le había fallado a Anthony durante la comida, pero incluso eso importaba poco, porque no veía forma en que ninguna persona hubiera conseguido un resultado emocional mejor para el pobre chico.

Taft podía notar en su rostro atribulado el impacto de haberse dado cuenta de que su madre y él serían siempre un par de desconocidos.

Anthony tenía la esperanza de que se activara alguna especie de vínculo automático entre ellos. Pero sencillamente no lo había. Taft podía notar que estaba perturbado por el hecho de que podía sentir tan poco por esta mujercita parlanchina con pómulos llenos de rubor. Y por el hecho de que, obviamente, la señora Ripstone no sentía nada por él. Incluso a Taft le habría parecido mejor si al menos pudieran sentir una antipatía mutua. Era la ausencia total de relación entre madre e hijo lo que hacía de esa comida un espectáculo vergonzante y tenso.

Desde su nacimiento Anthony había sido "abandonado", sin importar que a Taft le diera resquemor la brusquedad del término, o no pudiera tolerarlo. Toda su vida Anthony seguiría "abandonado", y Taft no veía cómo alguien podría hacer algo para remediarlo.

Taft siguió apoyando su pie sobre el de la señora Ripstone bajo la mesa, aunque no sentía ni una pizca de deseo por ella. Era como si quisiera hacer algún tipo de contacto físico con esta mujer porque no toleraba ver cómo su hijo descubría que era alguien emocionalmente imposible.

Taft avizoraba para el chico un futuro desolador. Cuando Anthony dejara el orfanato, que en comparación era un espacio bastante amable, estaría desempleado y sin hogar. Sin amigos ni familiares, y con el apoyo de unos pocos asistentes sociales, empezaría a desesperar en soledad. Como muchos chicos "abandonados" con los que Taft había trabajado antes, era probable que terminara en la calle y acabara convirtiéndose en un ladronzuelo. Taft había conocido a demasiados chicos en St. Michael's que luego, años después, con la misma afabilidad y trato de siempre, había tenido que visitar en prisión. Le resultaba horroroso que parecieran condenados a pasar el resto de sus vidas en algún tipo de institución.

Taft presionó más fuerte el pie de la señora Ripstone. Había agresión en el gesto. Pero ella no lo notó. En su cara él veía el placer del triunfo. Estaba encantada de haber hecho una conquista.

Probablemente es una mujer infeliz y frustrada, pensó Taft. Es muy posible que viva una vida penosa con su juez jubilado, que seguramente es demasiado viejo e inestable como para poder satisfacerla. La gestación ilegítima de Anthony probablemente haya sido la tragedia de su vida. Es muy convencional, y solo le importan las apariencias. Seguramente vio su embarazo como una desgracia catastrófica y ahora su vida entera parece dedicada a recobrar la imagen respetable que ha perdido.

Taft sospechaba que la señora Ripstone era tan explícita en su avance sexual precisamente porque él conocía esa parte de su pasado que deseaba ocultar. Consciente de que él jamás se sentiría impresionado por la fachada de pureza total y respetabilidad que usaba con el viejo juez y sus vecinas de

Surrey, sentía que no tenía nada que perder si le mostraba su lado más natural, el lado que llevaba toda la vida tratando de reprimir.

La señora Ripstone levantó la copa hacia Taft y le ofreció un brindis:

–¡Salud, por el hombre más interesante que he conocido en mucho tiempo!

Y le ofreció una sonrisa elocuente. Taft se preguntaba si Anthony se daba cuenta de lo seductora que ella se estaba comportando con él.

Si lo notó, no dio ninguna pista. Se quedó ahí sentado con el ánimo por los suelos. El problema de Anthony era tan inevitable que tampoco creía que el chico considerara que las cosas serían mucho peores si su madre y su asistente social habían decidido dedicarse a un pequeño coqueteo mutuo.

Taft supuso que la comida debía haber sido una ocasión funesta para el chico, en el sentido de que seguramente había destruido cualquier esperanza de que, más adelante en su vida, su madre pudiera empezar a darle el afecto del que siempre lo había privado. Pero si esta comida era, para Anthony, un evento trágico, Taft pensó que ni siquiera había tenido la dignidad que deberíamos asociar a las tragedias humanas. Había sido una comida de lo más trivial. Nada más que un pegote confuso de coqueteo, mousse de chocolate y martinis.

Y ahí, presionando su pie sobre la sandalia de la señora Ripstone, Taft supo que estaba degradando aún más esa comida innoble con la subrepticia exposición de su sexualidad. Esta vulgar mujer le parecía en extremo desagradable. Respondía a sus avances solo por una especie de enfado apático que no encontraba otra válvula de escape. No veía la hora de que ese encuentro insufrible se acabara. Al retribuir a la señora Ripstone sentía que al menos mantenía cierto control sobre ella. También quería hacer algo para matar el tiempo hasta que pagaran la cuenta.

–Tengo su teléfono, señor Taft. Creo que es mejor que yo lo llame. ¡Podría haber alguna complicación si usted intentara ubicarme en mi casa! –Taft odiaba la picardía de su risa–. ¡Creo que adivinará por qué!

¡Por Dios! ¡Lo dice en serio!, pensó Taft. Como él solo estaba jugando a que coqueteaba con esta mujer, asumió que ella estaba haciendo lo mismo.

Ahora entendía que lo de ella iba en serio. De verdad quería volver a verlo. La miró con tal horror que ella se dio cuenta.

–¿Pasa algo, señor Taft?

–Sí… Quiero decir, no.

Como si estuviera alucinando, Taft tuvo una horrenda visión sobre el futuro. Vio a la truculenta señora Ripstone salir de su casa de Surrey a escondidas mientras el juez Ripstone se echaba la siesta. Taft se vio a sí mismo recibiendo la llamada que ella le haría desde una cabina telefónica. Su voz sonaría jadeante por la emoción del encuentro. Organizarían una reunión secreta en Londres, y poco tiempo después él estaría en el andén de la estación con un aspecto robusto y seguro de sí como John Wayne, dando un paso mecánico hacia delante, sin voluntad alguna, para recibir a la señora Ripstone mientras ella se bajaba del tren emperifollada y elegante.

Después de eso, Taft vio su comida. Otra comida en el Claridge's donde beberían muchos martinis dobles antes de subir al ascensor del hotel hacia la habitación que la señora Ripstone había reservado para la noche.

–Noto algo peculiar en usted, señor Taft. ¿Le ocurre algo?

Taft miraba a la señora Ripstone de una forma tan extraña e impersonal que la asustaba. Estaba teniendo una alucinación de la señora Ripstone y él revolcándose en la cama del hotel. El sexo era breve y superficial. Y una vez que terminaba, Taft se vio a sí mismo tirado en la cama desnudo al lado de ella. Estaba a punto de advertirle que jamás se hiciera la idea de que la relación iba a durar porque él nunca sería capaz de amar a ninguna otra mujer que a su difunta esposa.

–¿Se siente bien, señor Taft?

–No me siento del todo bien, señora Ripstone.

Taft se sintió abruptamente asqueado. Recordó que muchísimas decisiones humanas –decisiones que tienen consecuencias desastrosas y que se extienden en el tiempo– eran tomadas de la forma más frívola y descuidada. Las decisiones importantes podían tomarse de la misma forma caprichosa y desenfadada con que las personas en las mesas circundantes a Taft pedían los platos del menú. Primero pensaban que querían carne, pero

luego sentían que mejor sería pollo, y a último momento decidían que sería mejor pedir pescado.

Taft giró la cabeza para dejar de mirar a la señora Ripstone. No podía tolerarla un segundo más. Le resultó tan fácil verse a sí mismo con ella en ese dormitorio imaginario. Con ella no era alguien arrebatado por la pasión sino una pobre víctima del automatismo. A pesar de su mandíbula recta y esos rasgos fuertes que le daban un aire de seguridad, sospechaba que la señora Ripstone tendría una voluntad mucho más férrea que la de él.

La horrible fantasía de Taft en esa habitación era tan vívida que se encontró imaginando todavía más. Como resultado de su breve encuentro romántico, la señora Ripstone quedaría embarazada. Una vez más traería al mundo a un bebé de la misma forma negligente y desafortunada con la que alguna vez había traído a Anthony.

–Lamento mucho que no se sienta bien, señor Taft. ¿Hay algo que pueda hacer?

–No. No hay nada que pueda hacer, señora Ripstone –dijo Taft.

No había nada que ella pudiera hacer. Ese era el problema con esta triste mujercita de sombrero emplumado, hambrienta de sexo. Ni siquiera podía evitar que él siguiera jugando con esa horrenda fantasía.

Taft vio a la señora Ripstone embarazada confesándole todo a su marido canoso. El viejo juez Ripstone pensaría en su buen nombre y honor y haría cualquier cosa por evitar el escándalo de un divorcio. Prometería perdonarla si ella viajaba al extranjero durante nueve meses y aceptaba entregar al bebé a un servicio de adopción.

Taft había retirado su pie. Bajo la mesa, la sandalia de la señora Ripstone se movía frenética buscándolo. Taft había retirado las piernas bajo su propia silla, para que no pudiera alcanzarlas.

En la alucinación de Taft ya no estaba comiendo con la señora Ripstone y Anthony. Estaba en el Claridge's solo, catorce años después. Al otro lado del salón podía divisar a la señora Ripstone, pero ella no podía verlo. Parecía mucho mayor. Su rostro estaba arrugado, pero sus rizos todavía eran dorados y el rubor en sus pómulos lucía igual de brillante.

La señora Ripstone estaba comiendo con un asistente social mucho más joven que Taft. En la mesa los acompañaba un adolescente. Estaba pálido y tenía una expresión desencajada en el rostro. La señora Ripstone estaba pidiendo un mousse de chocolate para él.

Taft se puso de pie con tanta autoridad que sintió que debía estar actuando exactamente como John Wayne. Dejó de alucinar. Volvió a la señora Ripstone y a la realidad.

–¿Me disculpa? –le dijo–. Me temo que voy a tener que marcharme. Me encuentro verdaderamente mal. Llevaré a Anthony de vuelta a St. Michael's y luego iré a casa a descansar.

–Eso es terrible… –dijo la señora Ripstone tartamudeando–. No me he dado cuenta de que se encontraba tan mal.

–Me encuentro muy mal, señora Ripstone.

La voz grave y melodiosa de Taft adquirió el matiz compungido que siempre aparecía cuando se acababa su complacencia sexual y se decidía, despiadadamente, a terminar una relación que le resultaba insufrible.

–Me temo que es un momento delicado –dijo Taft–. Todavía no me recupero del impacto. Sufrí una tragedia la semana pasada. Mi esposa murió en un accidente de coche…

Addy

La señora Burton estaba en un taxi camino a una cena cuando se dio cuenta, horrorizada, de que su vieja perra, Addy, se estaba muriendo.

Hacía tiempo que notaba que Addy se comportaba de forma extraña. Como si se hubiera vuelto senil. Ahora la señora Burton se sentía obligada a ponerle una correa cuando salían a la calle a hacer sus paseos vespertinos. Antes, Addy estaba entrenada para lidiar con el tráfico. La señora Burton podía tranquilamente abrir la puerta de su edificio y esperar ahí a que su perra oliera la farola, las rejas e incluso bajara el bordillo hasta el desagüe para hacer lo que la señora Burton llamaba "sus necesidades". A Addy jamás se le hubiera ocurrido ensuciar la acera. Hacía sus "necesidades" con tal gracia y sus movimientos eran tan delicados y femeninos que parecía que estaba haciendo una reverencia. Una vez que había concretado lo que se esperaba de ella, solía volver correteando obedientemente a su casa.

El comportamiento reciente de Addy cuando salían a la calle se había vuelto bastante particular. Si algún desconocido pasaba por su lado, empezaba a seguirlo. Perturbaba a la señora Burton verla cojeando tras los zapatos de un extraño como si les debiera devoción. Siempre había sido una perra cariñosa, pero ahora correteaba detrás de los talones de cualquiera y su atención parecía indiscriminada y algo trastornada.

La señora Burton la llamaba por su nombre, pero Addy no parecía reconocerlo. La señora Burton tenía que correr atrás de la vieja perra y llevarla de vuelta a casa, de lo contrario habría seguido los talones de un desconocido hasta vaya una a saber dónde.

La señora Burton ya no confiaba en que Addy supiera lidiar con el tráfico. Temía que quizá viera a un desconocido al otro lado de la calle y decidiera que tenía que seguirlo. Temía que cruzara la calle sin mirar a izquierda y derecha y terminara bajo las ruedas de un coche.

Tres días atrás, al volver del trabajo, la señora Burton había notado que Addy no iba correteando y a los saltos a recibirla a la puerta del apartamento. Ladró para darle la bienvenida, pero se quedó tumbada en su sofá favorito. Addy tenía un par de ojos color miel muy bonitos, y cuando la señora Burton se acercó para acariciarla notó que tenía una expresión de remordimiento. Casi como si quisiera disculparse por la descortesía.

La cabeza de Addy todavía lucía vivaz, pero ya no se correspondía con su cuerpo. Era mezcla de perros pastores y todavía tenía la cabeza puntiaguda y aristocrática, pero con la edad había perdido la figura, y tirada sobre el sofá parecía un cojín marrón y peludo.

La señora Burton decidió que tenía que sacar a la vieja perra a pasear.

–Vamos –le dijo a Addy chasqueando los dedos.

El cuerpo de la perra tembló involuntariamente. No parecía poder moverse del sofá.

La señora Burton la levantó, la llevó escaleras abajo y la sacó a la calle. Cuando la bajó, las piernas traseras de Addy cedieron ante su propio peso. A pesar de que se sacudió y lo intentó, no pudo dar un paso. Si quería seguir a algún desconocido, ya no podría hacerlo.

La señora Burton se asustó. ¿Qué le había pasado a Addy? La levantó, la cargó hasta el desagüe y la sostuvo mientras trataba de hacer sus "necesidades". Lo que transmitía la mirada de la perra era odioso. Demasiado parecida a la expresión de la madre de la señora Burton cuando tenían que levantarla de la cama para acomodarla en el orinal. Los ojos de Addy estaban amarillos de la vergüenza. Una vez que regresaron al apartamento, la señora Burton volvió a posarla en su sofá favorito. En ese momento Addy empezó a jadear.

La señora Burton se preguntó si no debía llamar al veterinario. Aunque no veía qué podría hacer para aliviar a Addy. La perra era muy anciana y le habían llegado los achaques de la edad. De ahora en adelante Addy tendría

que ser tratada como una inválida. La señora Burton le trajo un poco de agua, que aceptó de buena gana. Le ofreció un poco de carne, pero la rechazó. La señora Burton sintió que todo estaría bien si la dejaba y salió para ver una obra de teatro con una amiga. No parecía pasarle nada malo a Addy salvo que no paraba de jadear.

Cuando la señora Burton volvió hacia medianoche, Addy estaba dormida. Parecía en paz. La señora Burton se fue a la cama, pero no pudo dormir. Daba vueltas, ansiosa y preocupada. Era como si estuviera esperando una desgracia, pero no estaba segura de qué.

Eran alrededor de las tres de la mañana cuando la señora Burton escuchó un ruido extraño que venía del salón. Como si estuvieran rascando algo de forma violenta. Se levantó y caminó hasta el otro cuarto para investigar y ahí notó que Addy ya no estaba en el sofá. De alguna manera había logrado bajar al suelo y se había arrastrado hasta un rincón detrás de un sillón.

Addy estaba ahí agazapada, con sus patitas traseras atrofiadas, mientras con las delanteras rascaba la gruesa alfombra del suelo del salón. Cuando la señora Burton la descubrió, no se detuvo. Siguió rasgando la alfombra con las uñas como un conejo cavando su madriguera.

–¡Addy! ¡Qué estás haciendo!

La señora Burton gritaba como exigiendo una respuesta. Addy siguió cavando, había desesperación en la forma en que sus uñas rasgaban las motas de la alfombra.

–¡Para! –gritó la señora Burton–. ¡Para ahora mismo, Addy! ¡Estás estropeando la alfombra!

Inmediatamente dejó de rascar. Siempre había sido muy obediente. La señora Burton la levantó y le dio un pequeño golpecito reprobador. Notó un cierto reproche en los ojos de Addy. La señora Burton fue consciente de la vulnerabilidad y fragilidad de su viejo cuerpo mientras la cargaba de vuelta al sofá. Una vez que la señora Burton dejó a Addy bien acomodada, le dio un beso en el hocico para mostrarle que la había perdonado. Notó que tenía el hocico muy seco. Addy seguía jadeando y de repente dio un suspiro

agudo, como un quejido agonizante. La señora Burton la acarició un rato y luego volvió a la cama.

Al día siguiente Addy no parecía haber mejorado ni empeorado. La señora Burton la sacó antes de ir al trabajo y llevó a cabo la misma rutina de levantar al pobre y avejentado animal mientras orinaba.

Cuando la señora Burton volvió por la tarde, Addy seguía en el sofá. No parecía pasarle nada demasiado grave excepto por el hecho de que seguía jadeando. La señora Burton estaba cansada y empezaba a resultarle molesto tener que cargarla hasta afuera. Una vez que Addy bebió un poco de agua y se negó a comer, la señora Burton se puso un vestido de noche y salió a cenar. Mientras cerraba la puerta de casa y se iba, tomó la decisión de que si la perra se negaba a comer a la mañana siguiente, llamaría a un veterinario para que viniera a echarle un vistazo.

No fue hasta que se subió al taxi cuando la señora Burton se preguntó si acaso Addy no estaba tratando de decirle algo. ¿Se había obstinado en no escuchar el mensaje del pobre animal porque no quería aceptarlo? ¿Era posible que Addy se estuviera muriendo? ¿Quería que la señora Burton lo supiera? Cuando cavaba en medio del salón, ¿estaba cavando su propia tumba? La habían entrenado para que no molestara ni la liara.

Cuando Addy empezó a seguir a desconocidos, ¿lo hacía por desesperación? No podía decirle a la señora Burton que se estaba muriendo. Incluso cuando daba señales que trataban de mostrar lo que le pasaba, la señora Burton se mostraba indiferente. Quizá Addy esperaba que algún desconocido reconociera que se estaba muriendo y la tratara como correspondía. ¿Había estado siguiendo los talones de extraños con una especie de ilusión ciega?

La señora Burton sabía que debía decirle al conductor del taxi que diera la vuelta y la llevara de regreso a su casa. Si Addy se estaba muriendo, sería extremadamente cruel dejarla morir sola. Siempre había sido tan obediente y cariñosa, primero con la hija de la señora Burton, Devina, y luego con la señora Burton. Una de ellas tenía la obligación de abrazar a la pobre criatura y darle algo de afecto y consuelo en sus últimos momentos. Addy era solo una perra, pero merecía ese esfuerzo humano.

La señora Burton se sintió como una criminal, sin embargo no le indicó al conductor que diera la vuelta. La señora Fitz-James, la mujer que la había invitado a la cena, había sido su compañera en el colegio. Habían sido grandes amigas de niñas, pero los años habían pasado y sus vidas habían tomado rumbos distintos y no habían mantenido el contacto. Recientemente se habían cruzado en una fiesta, y la señora Burton se sintió intimidada por la seguridad con la que la señora Fitz-James se movía por el mundo. Se había convertido en una mujer bella y elegante, pero a la señora Burton no le gustaban sus modales a la vez arrogantes y crispados. La señora Fitz-James se había casado con un banquero de Londres y se jactaba de su esposo como si fuera un trofeo. La señora Burton recordó que la señora Fitz-James una vez había ganado la competencia de salto de altura en el colegio. Al recibir la copa dorada parecía aferrada a ella, la sostenía pegada a su pecho con las mejillas rozagantes de triunfo.

Cuando las dos mujeres volvieron a encontrarse, la señora Fitz-James le hizo un par de preguntas condescendientes a la señora Burton y pronto insinuó que sentía lástima por su vieja amiga, que había echado a perder su vida y desperdiciado todas las oportunidades. Levantó las cejas con sarcástica simpatía cuando escuchó que la señora Burton había terminado divorciada y con una cuota alimentaria insuficiente. Parecía horrorizada cuando le dijo que había tenido que conseguir trabajo en Londres para poder ganarse la vida.

Con la esperanza de dejar de ser el foco de la condescendencia de su vieja amiga, la señora Burton le recordó un momento divertido de cuando estaban en el colegio. ¿Se acordaba la señora Fitz-James de esa vez en que hicieron bolitas de papel y se las tiraron a la profesora de Geografía, la señorita Ball? La señora Fitz-James se acordaba, y pareció fingir un tintineo de placer.

La señorita Ball probablemente estaría muerta a esas alturas, pero alguna vez había sido importante para las señoras Fitz-James y Burton, y sus voluminosas caderas todavía se mantenían intactas en su memoria. Las dos estaban contentas de que otra persona recordara esas caderas. Gracias a la fortaleza de ese tenue vínculo fue que ambas se habían sentido, en ese

instante, cercanas la una de la otra, y fue entonces cuando la señora Fitz-James invitó a su casa a cenar a la señora Burton.

En cuanto aceptó la invitación, la señora Burton se arrepintió. Sospechaba que lo había hecho más por competencia que por afecto. La señora Fitz-James muy probablemente quería que su amiga pobre del colegio pudiera espiar la tentadora vida que ella llevaba. Igual que cuando estaban en clase, la señora Fitz-James solo quería lucirse.

Ahora, mientras la señora Burton iba en el taxi, se dio cuenta de que si la señora Fitz-James hubiera sido un poco más simpática podría haberla llamado para explicarle que no podía ir a la cena. Sabía que sería muy desconsiderado cancelar con tan poca antelación. Si no iba, incluso si explicaba que su perra estaba agonizando, dudaba que la señora Fitz-James la juzgara una excusa adecuada. Los invitados a la cena iban a quedar desparejos. Algunos hombres tendrían que sentarse al lado de otros hombres. Y la anfitriona era una mujer que, por supuesto, se preocupaba sobremanera por detalles como ese. Si la señora Burton de repente declinaba la invitación, la señora Fitz-James se molestaría mucho. Las mujeres como la señora Fitz-James asustaban a la señora Burton. Su confianza y elegancia y actitud condescendiente la hacían sentir fuera de lugar y ordinaria. La señora Burton se odiaba por su cobardía, pero sabía que no iba a dar la vuelta para cuidar a Addy. Trató de convencerse de que la perra en realidad no se estaba muriendo. Addy se encontraba débil y jadeaba, pero seguramente seguiría durante años en la misma condición.

Cuando la señora Burton entró al recibidor de la casa de la señora Fitz-James, la anfitriona se acercó a ella contoneándose. Le estrechó una mano que destellaba por sus elegantes anillos y mostraba una meticulosa manicura. La señora Fitz-James lucía aún más bella que la última vez que la había visto su amiga de la infancia, su pelo color caramelo estaba sujeto detrás de las orejas por broches con diamantes incrustados. Llevaba un vestido de satén pegado al cuerpo que resaltaba su esbelta y bien ejercitada figura. Solo de verla la señora Burton se sintió un retaco viejo y mal vestido.

La señora Fitz-James la besó y se mostró muy efusiva y amistosa. Hizo un chiste sobre la señorita Ball, la profesora de Geografía. Trataba de que la

señora Burton se soltara. Pero ya habían agotado ese tema y ninguna de las dos lo consideraba tan gracioso. La señora Fitz-James elogió entonces las sandalias de la señora Burton y le preguntó cómo había sido tan ingeniosa para encontrarlas. La señora Burton las tenía hacía años, pero nunca antes había sentido que sus sandalias estuvieran tan viejas, desgastadas y andrajosas.

–Estoy encantada de que hayas venido.

La forma en que la señora Fitz-James se comportaba, como una actriz que siempre dice lo correcto en una situación social, le desagradaba a la señora Burton.

Había un grupo de invitados en torno a la repisa de mármol ornamentado de la chimenea. Los hombres parecían prósperos y de alta alcurnia, y todos iban vestidos de traje.

La señora Fitz-James le presentó a su marido banquero. Era idéntico al resto de los hombres en la habitación, pero su boca impresionaba un poco más cruel que las otras, y tenía una mirada un poco más arrogante y hastiada que los demás. Cuando le contó que la señora Burton había sido su compañera de colegio, él se sorprendió.

–¡Qué encantador! –dijo.

También había varias mujeres con vestidos largos y elegantes, pero la señora Burton apenas se atrevió a mirarlas mientras les estrechaba la mano. Tenía demasiado miedo de que toda esa belleza y ese estilo la hicieran sentir todavía más fea y andrajosa de lo que se sentía cuando hablaba con la señora Fitz-James.

Un mayordomo le dio a la señora Burton una copa de champán. Nerviosa, la bebió de golpe, y luego deseó haber tenido el buen tino y la desenvoltura para beberla a sorbos.

Un hombre con rosácea se puso a hablarle. Tenía unos ojos azules sensibles y el pelo blanco como la nieve, con una textura aireada, como si se lo hubieran peinado con cepillo. Le dijo que criaba caballos de carrera y le preguntó si le interesaban los caballos. Ella susurró que le gustaban mucho, pero que desafortunadamente no tenía nada que ver con ese mundo. Él le dijo que las carreras eran como una droga, pero que, a diferencia de la

mayoría de las drogas, ¡esta te podía hacer ganar mucho dinero! La señora Burton sonrió para simular que el chiste la divertía. Sospechaba que este señor había repetido ese comentario innumerables veces antes y, como un viejo comediante, creía que los chistes ya probados eran los que funcionaban mejor.

El mayordomo llenó la copa de la señora Burton y ella tuvo la precaución de no beberla tan rápido como la otra. Le contó al criador de caballos de carrera que trabajaba en una empresa que publicaba manuales escolares.

–Debe ser muy interesante.

Su cabeza blanca asentía vigorosamente. La señora Burton sintió que la conversación oscilaba como un puente de sogas que se sacude con el viento y conecta dos territorios muy distintos entre sí.

La señora Burton tomó una tercera copa de champán. Deseaba con todas sus fuerzas no haber ido a esa fiesta. No podía dejar de pensar en Addy. La señora Fitz-James describía la casa que estaban construyendo en Cerdeña. Se quejaba de los problemas que suponía la fontanería y lo holgazanes que eran los trabajadores locales.

–¿Ha estado alguna vez en Cerdeña? –le preguntó el rubicundo criador de caballos.

Sus buenos modales lo volvían insistente. Intentaba encontrar un tema perfecto, algo que la estimulara.

–No, nunca he estado en Cerdeña. Me han dicho que es precioso. Sí, eso dicen.

El mayordomo anunció que la cena estaba servida. La mesa relucía con vajilla de plata perfectamente lustrada y la luz de las velas parecía bailar al reflejarse en la madera de caoba. La señora Burton supo con tan solo mirar la mesa de la señora Fitz-James que la comida iba a estar deliciosa. Eso le hizo perder el apetito.

La señora Fitz-James sentó a la señora Burton entre el criador de caballos y otro caballero de pelo blanco con aspecto deprimente. Cuando el mayordomo llenó la copa de la señora Burton con vino blanco, ella otra vez se la bebió de un trago como si fuera agua. Para entonces ya se sentía

demasiado embriagada como para importarle si los demás invitados la miraban con horror, temiendo que fuera alcohólica.

–Me siento muy mal esta noche –le dijo de la nada al criador de caballos.

Quería evitar que se embarcaran en otra conversación pedestre. Parecía un hombre aburrido y sin ingenio, pero al menos podía escucharla. Estaba enfadada por haber ido a esa terrible cena y se sentía incapaz de tolerar una sola conversación trivial más. Solo hablaría del tema que la atormentaba.

Su vecino en la mesa parecía preocupado.

–Me apena mucho oír que se siente mal. ¿Qué ha pasado?

Ya había notado que parecía tener un ánimo sentimental y ahora sus lacrimosos ojos azules se habían vuelto paternales y compasivos.

–Estoy preocupada por mi vieja perra. Esta noche tuve la sensación funesta de que se está muriendo.

–¿Qué edad tiene su perra? –le preguntó.

–En años humanos debe tener algo así como ochenta y ocho, ochenta y nueve.

–Ah, entonces es una señora muy mayor –dijo su vecino y asintió solemnemente.

–Sí, me temo que sí. Y en los últimos días no la he notado nada bien.

–Es curioso cómo uno se aferra a las cosas viejas –dijo él–. Recuerdo que cuando murió mi viejo labrador estuve hecho una piltrafa.

El mayordomo sirvió una sopa cremosa que a la señora Burton le dio náuseas. El criador de caballos se inclinó hacia ella como para decirle un secreto.

–Si su perra es muy vieja, me temo que probablemente muera pronto. Tendrá que aceptarlo. Cuando muera, debe tomárselo filosóficamente. Estoy seguro de que su perra ha tenido una vida muy feliz junto a usted. Cuando parta, busque consuelo en ese hecho.

La señora Burton miró su sopa y tuvo la impresión de que se había vuelto de un horroroso color gris. No podía dejar de pensar en Addy agonizando en la alfombra. Su vecino seguía diciéndole que se lo tomara filosóficamente. Parecía deleitarse usando esa palabra, tal como parecía deleitarse con la sopa que ella no podía comer.

La vida de Addy no había sido tan plácida como suponía el criador de caballos. Durante algunos años había recibido un buen trato. Sobre todo cuando Devina la amaba y vivían en la pradera. En esa época Devina la besuqueaba todo el tiempo. Jugaba con ella constantemente, la hacía hacer ejercicio y la dejaban corretear conejos por el campo.

El amor de Devina por Addy había sido como una enfermedad de la niñez, sarampión o algo así. La había embargado violentamente durante un tiempo, pero al partir hacia el internado se había olvidado de ella. Devina solía tener fotos de Addy en su cartera. Ahora llevaba cartas de su novio. A Devina le encantaba ver a Addy cuando visitaba a la señora Burton. Pero su alegría era moderada. Addy ya no significaba algo mágico para ella. Seguramente se pondría triste cuando supiera que la vieja perra había muerto. Algo que había sido importante en su niñez habría dejado de existir. Pero Devina estaba en la universidad ahora y todas sus otras preocupaciones e intereses taparían la noticia de la muerte de Addy.

Después de que la señora Burton se divorció, se mudó a Londres y consiguió trabajo. Se llevó a Addy consigo, pero nunca sintió que fuera su perra. A menudo resultaba toda una molestia para la señora Burton porque había que sacarla a pasear y darle de comer. Pero sabiendo que alguna vez Devina había adorado a la perra, le parecía desleal deshacerse de ella.

La señora Burton nunca había sido amante de los animales y no estaba preparada para que su vida se rigiera por las necesidades de Addy. Cuando salía a trabajar, Addy se quedaba sola en casa todo el día. La señora Burton nunca sentía entusiasmo alguno cuando la perra la recibía en casa, aunque sabía muy bien que Addy había estado lloriqueando y echándola de menos, esperando desesperadamente su regreso. El deleite eufórico de Addy cuando la veía abrir la puerta más que gratificarla irritaba a la señora Burton. Le disgustaban todos esos ladridos y chillidos, y cuando saltaba y le ponía las patas delanteras en la falda la señora Burton la apartaba.

La relación de Addy con Devina siempre había sido de adoración mutua. Después de que el padre de Devina abandonara a la señora Burton, la niña necesitó reprimir su dolor y la sensación de haber sido traicionada volcando todo su amor a un objeto que resultaba perfecto, precisamente porque no

era humano. En esa época todo lo relacionado a la perra fascinaba a Devina. Amaba el olor dentro de sus orejas y aseguraba que era igual al aroma a coche nuevo. Se negaba a dormir a menos que Addy estuviera arropada bajo las sábanas a su lado. A veces Devina la hacía acostarse de espaldas con la cabeza sostenida por almohadas, en una postura tan poco perruna que la señora Burton solía preguntarse si no sería maltrato. Pero Addy parecía perfectamente feliz, así que no decía nada. La señora Burton solo levantaba la voz cuando encontraba a Devina chupando la lengua rosada de la perra porque le daba pavor que su hija pillara alguna enfermedad peligrosa.

Devina creía que Addy podía entender todo lo que le decían, algo que casi parecía cierto al ver cómo obedecía instantáneamente a las órdenes más peculiares de la niña. Devina le daba un terrón de azúcar a la perra y le ordenaba que no lo tragara. Addy lo mantenía en la boca mirando a Devina con una cara de denodada adoración. Cuando la niña le decía que lo escupiera, inmediatamente lo hacía. Después Devina le permitía comerse el azúcar y chillaba de felicidad porque Addy había sido tan astuta y obediente. Además, la atiborraba de galletas dulces para darle a entender lo mucho que le gustaba que hiciera ese truco. La abrazaba y la acariciaba hasta que Addy se excitaba tanto que parecía una perra demente saltando de un lado al otro y ladrando como si tan intenso cariño la hubiera enloquecido. Durante esos años, ante cualquier cosa que frustrara a Devina, ella corría a buscar a Addy. Se aferraba a la perra como si fuera un oso de peluche, y cuando lloraba solía enterrar la cara en el pelaje grueso y reconfortante de Addy.

Sentada en esta cena formal e inane, la señora Burton de repente sintió ganas de llorar. Hizo un esfuerzo enorme por controlarse, porque pensó que sus lágrimas serían una hipocresía. Con mucha probabilidad la reconfortarían y eso la haría sentir todavía más deshonesta. Si se echaba a llorar, su vecino le explicaría al resto de la mesa que estaba perturbada porque su querida perra anciana se estaba muriendo. Sería asqueroso que permitiera que todos estos desconocidos con ropa elegante le dieran las condolencias.

Addy ya había sido usada y abusada por Devina y la señora Burton. Devina alguna vez había necesitado del amor y la lealtad de Addy como una

terapia, y luego la había traicionado, porque una vez que su adoración dejó de tener alguna importancia para ella había perdido todo interés. Addy era un ser demasiado tonto para comprender que los seres humanos son volubles. Cuando pasó al cuidado gélido de la señora Burton, en ese hogar sustituto, siempre había intentado recrear inútilmente aquella relación idílica que le habían hecho creer que le correspondía.

Cuidó del apartamento de la señora Burton como debería haber cuidado de un rebaño. Solo se permitía dormir a medias, y si había algún ruido del otro lado de la puerta, siempre se ponía en guardia y levantaba las orejas lista para ladrar una advertencia. La señora Burton recordó que había insistido en que castraran a Addy. Ese fue otro aspecto en el que Addy fue engañada.

Aunque la señora Burton se había asegurado de que se mantuviera con vida, ahora estaba convencida de que su indiferencia con la perra había sido despiadada. Desde que abandonaron el campo la había obligado a vivir la vida de una prisionera urbana. Addy tenía un espíritu tan gregario y amistoso que la señora Burton no podía ni pensar en todas las horas en que el pobre animal había pasado solo en el apartamento.

–Tome unos crutones –le dijo su pudiente vecino.

Sostenía una especie de fuente de porcelana. Empezó a recoger cubos crujientes de color marrón con la cuchara y a ponerlos en su sopa. La señora Burton se sintió mareada de pronto, pero no dejó de mirar los crutones flotar. Se humedecieron frente a sus ojos, aunque por un rato flotaron en la superficie como criaturas desesperadas en medio de un naufragio.

Su sopa ya no parecía una sopa. Como si estuviera alucinando, la percibió como un lago profundo y peligroso y sintió que debía arrojarse y tratar de rescatar a los crutones que se ahogaban. Pero hubo algo que la detuvo y lo único que pudo hacer fue mirarlos fijamente y atestiguar cómo se hundían.

–¿Se encuentra bien? –le preguntó el criador de caballos.

No era muy perceptivo, pero había notado que ella no tenía buen aspecto.

La señora Burton se dio cuenta de que no podía contestarle. Tampoco podía decir que se sintiera bien. Para entonces solo uno de sus crutones tenía una forma reconocible. El resto ya se había hundido en el líquido. Fue ese último crutón solitario el que más perturbó a la señora Burton; por momentos pensó que era su madre, por momentos pensó que era Addy.

Antes de morir, la madre de la señora Burton siempre estaba enfadada y se mostraba desafiante desde su silla de ruedas en la residencia para artríticos. Miraba televisión la mayor parte del día hasta que la artritis llegó a sus párpados e inutilizó sus músculos y no pudo volver a mantener los ojos abiertos. Después de eso solo se quedaba sentada en su silla de ruedas, tan inmóvil que parecía una estatua.

La señora Burton iba a leerle una vez por semana. Pero sus visitas nunca fueron un éxito. Su madre le decía que estaba leyendo demasiado rápido o se quejaba de que estaba balbuceando. Nunca pasaba mucho tiempo hasta que su madre, irritada, le ordenaba que dejara de leer porque no le gustaba el libro que la señora Burton había elegido.

La comida en la residencia tenía una pinta terrible y no había quien se la comiera. La señora Burton siempre le enviaba a su madre alguna exquisitez para que la anciana pudiera tener un respiro de la terrible dieta de la institución. Cuando la visitaba, llevaba salmón ahumado, un frasco con taramasalata y paté. Pero su madre los dejaba intactos en una mesa junto a su silla de ruedas. Una vez le gritó a la señora Burton como si fuera una niña. Lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Le recordó que si no hacía absolutamente nada de ejercicio era imposible tener algo de apetito. También se sintió muy molesta con unas uvas que la señora Burton le llevó una vez. Su madre se negó a probarlas. Se quejó de que las semillas se le meterían entre los dientes.

Y sin embargo la señora Burton siempre se sintió culpable por no invitar a su madre a que se mudara con ella. Una vez que no pudo valerse por sus propios medios, aun así insistía en que no quería volverse una molestia para la familia. Si era mentira, la señora Burton la había respetado como si fuera verdad. Sabía que nunca podría tolerar en su hogar la presencia de la exigente anciana clavada todo el día como una enorme estatua acusatoria.

Si aceptaba cuidar a su madre, la señora Burton magnificaría a la anciana a tal punto que le parecería colosal. La furia de su madre hacia su propia parálisis habría paralizado a la señora Burton. Le habría impedido prestar atención y darle cariño a Devina, su confianza se habría marchitado como una flor y se habría vuelto del todo impotente ante la imposibilidad de curar la enfermedad cruenta que padecía la anciana.

Su madre siempre había sentido una intensa insatisfacción, incluso cuando gozaba de excelente salud. Su amargura alguna vez se había aplacado, pero la artritis pareció despertar todos los rencores juntos y los encauzó perfectamente. Prisionera de un cuerpo inmóvil y dolorido, se sentía excusada para liberar toda su indignación acumulada, porque ahora tenía justificación.

La señora Burton sabía que jamás debía permitir que su casa cayera bajo las garras de alguien en silla de ruedas que a veces expresaba su ira con silencios estoicos y a veces la ventilaba en pequeñas ráfagas perturbadoras de una irritabilidad demoníaca. Incluso en sus momentos de mayor hidalguía, la madre de la señora Burton se habría quedado sentada con los ojos cerrados en medio de la casa de su hija luciendo como un monumento gris, enorme y perturbador, erigido para conmemorar la destrucción de toda esperanza.

En la cena, la señora Burton cogió su cuchara y aplastó el último crutón hasta que dejó de verlo. Era consciente de que su vecino la miraba con horror. Lo había apretado con demasiada violencia. Estaba evidentemente perturbado por sus modales en la mesa. Pensó que jugaba con la comida como una niña.

El crutón desapareció por completo, pero la señora Burton sintió un frío estremecedor. Su vecino la veía mal, y eso que no podía adivinar lo mucho que se estaba controlando. Le habría gustado gritar y saltar encima de la mesa, y huir de esa mansión repugnante donde había fantasmas en su sopa que la acusaban de haberlos abandonado justo cuando más la necesitaban. La señora Burton se calmó y su propia calma le dio un poco de asco. Se sentía asediada por la culpa, la del pasado y la del presente, aunque la camuflaba, y la necesidad de hacerlo la hacía sentir cobarde. Le daba

vergüenza estar tan asustada por suscitar disgusto en personas por las que tenía tanto desprecio.

La cena continuó. Sirvieron más y más comida. La cantidad de platos parecía interminable. La señora Burton se quedó ahí en silencio tolerando la dichosa cena, presa de sus propios buenos modales. Picoteó un poco de pato con el tenedor y se secó los labios con la servilleta de la forma más delicada. No hizo nada más que pudiera molestar a su vecino. Siguió hablándole y ella siguió asintiendo sin darle el menor indicio de que, si bien estaba sirviéndose un poco de *pudding* de verano, en el fondo libraba una lucha titánica para poder llevarse el más mínimo bocado. Durante esa velada le dio asco siquiera mirar cualquier plato que tuviera el color de la sangre.

Cuando la señora Fitz-James finalmente se levantó de la mesa, después del café y el brandy, el resto de las mujeres la siguieron escaleras arriba, en dirección a un tocador donde podrían "empolvarse las narices". Los hombres se quedaron en el comedor y siguieron bebiendo brandy y oporto.

Fue entonces cuando la señora Burton se rebeló. Le resultaba insufrible acompañar al pequeño y perfumado cortejo femenino de la señora Fitz-James. Se negaba a ir al lujoso dormitorio de la anfitriona y rodearse de todas esas señoras que la harían sentir como un saquito de té usado mientras parloteaban y se acicalaban y se admiraban los vestidos, zapatos y peinados.

Nadie se dio cuenta de que la señora Burton se escabullía hacia el recibidor y tomaba su abrigo. Abrió la puerta principal muy cuidadosamente y salió a la calle. Estaba contenta de haber sido grosera e irse sin saludar. Estaba aliviada de por fin haber hecho algo descortés.

Tuvo suerte porque poco después vio un taxi y lo llamó. De regreso a su apartamento se preguntó si no tendría fiebre. Una vez que llegó a su edificio, las piernas le temblaban mientras subía las escaleras. No se oyó ningún ruido cuando giró la llave en la puerta. Mientras entraba, notó con horror que Addy no estaba en el sofá. A la señora Burton le tomó unos pocos segundos encontrarla. Addy se había arrastrado a un rincón detrás del sofá, muy cerca de donde había estado cavando. Yacía acostada con la cabeza pegada a la pared.

La señora Burton se acercó y la levantó. Addy estaba pesada y rígida. Sus ojos dorados se habían vuelto oscuros. Tenía la mirada cristalina de quien ya no ve. No había vida en el cuerpo regordete de Addy y sin embargo su pelaje parecía tener un espíritu propio. Era suave, tibio, reconfortante.

La señora Burton se quedó clavada en medio de su apartamento meciendo a Addy. Notó lo silencioso que estaba todo. Se dio cuenta de que ese silencio inquietante la acompañaría siempre, ahora que viviría en ese apartamento completamente sola. Se sintió mucho menos desconsolada que durante la cena.

Había dejado que Addy muriera sola, pero parecía inútil y hasta engañoso atormentarse con autorrecriminaciones. Si hubiera faltado a la cena de la señora Fitz-James y se hubiera quedado en el apartamento con Addy, esas pocas horas no habrían podido compensar todos los días que Addy había pasado sola encerrada como un presidiario bajo castigo.

Addy era libre por fin. Addy había sido demasiado crédula. Pensó que, si se comportaba como los humanos le habían enseñado, empezarían a tratarla como a una igual, aunque en realidad solo eran capaces de atribuirle alguna que otra característica humana. Según sus diversos caprichos autoindulgentes, apenas podían convertirla en una figura que encarnara sus veleidosas culpas y fantasías. Pero Addy nunca logró encarnar de forma cabal la realidad de la gente a la que se sintió atraída. Una vez que las proyecciones se desvanecían, solo podían verla como una perra.

La señora Burton se aferró todavía más al cuerpo inerte de Addy. A lo largo de los años Addy había sido testigo de muchos momentos dolorosos en la vida de la señora Burton. También había sido la testigo silente de muchos momentos de felicidad. La relación de la señora Burton con Addy había sido mucho más duradera que su propio matrimonio.

Addy parecía un muñeco de felpa. La señora Burton deseaba tener aún más culpa por su muerte. Toda una vida de sacudidas y ladridos se había esfumado para Addy, pero al menos ya no la acosaban ni la decrepitud, ni el dolor ni la soledad. La señora Burton estaba agotada y temió por el futuro. Envidiaba la quietud de Addy.

Sintió la necesidad repentina de tener algún gesto con la perra, y no sabía si esa sensación era producto del afecto o del remordimiento. Como si estuviera esperando que la pobre perra la ayudara a calmar su desolación, se inclinó y enterró su cara en la maraña lanuda del pelaje marrón.

La Navidad de Marigold

Marigold estaba arrodillada sobre el suelo del salón. La niña colocaba purpurina plateada a una piña que quería colgar en el árbol de Navidad.

Eran solo las cinco, pero la madre de Marigold deseaba beber un brandy. Y dado que nunca le había gustado el brandy se preguntó por qué tenía ganas de beber uno. Sentía como si se estuviera congelando en una tormenta de nieve. Quizás eso explicaba por qué tenía en la cabeza imágenes de perros San Bernardo y del tibio y dorado alcohol de los barriles atados a sus cuellos.

No había razón para que la madre de Marigold tuviera tanto frío: en el apartamento había estufa y afuera ni siquiera estaba nevando, aunque ahora el cielo de Londres lucía feo, ominoso y del color del alquitrán.

Marigold estaba inquieta. Sentía que la intensidad con que la miraba su madre no era habitual. La estudiaba como si algo en la apariencia de su hija pudiera darle una respuesta a la pregunta que repiqueteaba en su cabeza. ¿Estaría dentro de sus posibilidades darle a la niña una Navidad feliz?

Con su escrutinio no aprendió nada nuevo. Solo detalles sobre su hija que registró con el mismo desdén con el que podría evaluar a una desconocida. El pelo de la niña sedoso y con reflejos color oliva bajo los tonos dorados que adquiría en el verano. La madre registró este hecho sin que eso la acercara siquiera un poco a responder su pregunta.

También notó que los ojos de Marigold eran color zafiro, y muy saltones. Sus cejas eran como dos arcos de pequeños pelitos claros que le imprimían una expresión de constante sorpresa. Los pómulos de su hija estaban más rozagantes de lo habitual. Estaba roja de contenta porque mañana sería Navidad.

Marigold empezó a asustarse al ver que su madre seguía mirándola fijamente como si estuviera tasando un objeto valioso. Levantó la piña para mostrarle cómo la había cubierto de purpurina, intentando que le respondiera con una señal de aprobación, o lo que fuera. Parecía darse cuenta de que algo iba mal con su madre y odiaba ese silencio, esa mirada inquisidora, que parecía demandar algo que no podía proporcionarle y ni siquiera entender.

A su madre le habría gustado poder fingir que admiraba la piña llena de purpurina. Pero descubrió que no tenía nada alentador para decir sobre el adorno y solo podía dar cuenta de sus características con la misma frialdad con que había evaluado las cejas de la niña. Tenía la esperanza de que si lo miraba detenidamente quizá pudiera saber si le gustaba cómo estaba decorada la piña con esa sustancia plateada, o si habría preferido que Marigold la dejara al natural. Percibió dolor y desconsuelo en la cara de la niña, pero lo registraba como un hecho más, del mismo modo en que podía registrar que había purpurina sobre la piña. No podía distinguir si le daba placer esa expresión de su hija, o si le causaba dolor.

La madre de Marigold jamás había pasado Navidad sola. Pero recordó que no iba a estar sola, la pasaría junto con su hija de cinco años.

Ayer se había obligado a salir y comprar un árbol y una tira de luces de colores. Había escogido una atrocidad de plástico con forma de árbol de Navidad. El verde de sus hojas no tenía fulgor y le faltaba profundidad, dignidad, misterio. Podría haber comprado un árbol de verdad, pero los reales eran más caros y tenía la esperanza de que Marigold no notara la diferencia. Una vez que enchufaron las luces, el árbol mostró algo de brillo, al menos.

Afuera el cielo gris se iba poniendo más y más oscuro. Empezaba Nochebuena. La madre de Marigold sintió una dolorosa aprehensión, como si estuviera a punto de suceder algo. Pero, ¿qué podría suceder? Pasaría la noche y luego otro día y ella estaría con Marigold y cocinaría para la niña y lavaría y remendaría su ropa y ordenaría sus juguetes y no sería muy distinto a cualquier otro día.

Trató de burlarse de su sensación de pánico. Mañana mucha gente pasaría la Navidad sola y no moriría a causa de ello. Era un desatino pensar que el día sería brillante y gozoso para todo el mundo menos para ella. El mito de la Navidad era peligroso. Alentaba la paranoia. Se la habría saltado por completo si no fuera por Marigold. Si hubiera estado sola habría cerrado las cortinas, se habría encerrado en el apartamento y ni una ramita de muérdago, ni un atisbo de comida navideña habría aparecido para recordarle que se suponía que ese día debía conmemorar el nacimiento de Jesús.

Salió y compró el árbol y las tiras de luces de colores, pero se negó a comprar guirnaldas brillantes con muérdago y campanas para poner encima de la puerta. Se había ocupado de las necesidades básicas de su hija, a la vez que trataba de respetar su propio deseo de hacer del día lo menos festivo posible.

Esa mañana anduvo como una sonámbula hasta la carnicería. El carnicero se puso impaciente porque ella se quedó ahí plantada mirando las hileras de pavos sin decidir cuál quería. El negocio estaba atestado y una fila de mujeres frenéticas la empujaba. La cara del carnicero estaba roja y húmeda, como los pedazos de carne que vendía. Estaba sobrepasado de trabajo y lo irritó esa joven que miraba fijamente los cuartos traseros de sus aves, con los ojos embrujados de una pitonisa que vislumbra el futuro en su bola de cristal.

–Señora, por favor, vamos… Se lo imploro, puede darse prisa… ¿Qué le pasa? Por Dios, señora… Me temo que si no se da prisa perderá su lugar. No tengo todo el día…

Pero la madre de Marigold no solo sentía que tenía todo el día, sino también toda la tarde y toda la noche. Y luego vendría el día de mañana, y también dispondría de él. Quedaban todas esas horas por atravesar y todas formarían parte del día de Navidad.

Entendía por qué el carnicero estaba molesto, pero le costaba muchísimo decidir cuál de esas aves pálidas y desplumadas se quería llevar. Sabía que ni ella ni la niña tenían interés en atiborrarse de pavo y eso volvía todo más absurdo mientras titubeaba ahí en la tienda con una expresión de completa

perplejidad en el rostro, como si se tratara de una decisión trascendental. Y sí, le parecía crucial comprar una de esas gordas e inocentes aves. Podría bañarla en sus jugos y eso al menos le daría algo que hacer. Si la ponía en un horno muy bajo, podría ocuparse de ella desde el desayuno en adelante. Estaba segura de que al día siguiente necesitaría estar ocupada con algo. Si Marigold y ella lo trataban como un día más y comían huevos duros de almuerzo les tomaría apenas un minuto terminar la comida. El día parecería mucho más largo y las horas interminables y vacías si no las ocupaban con preparativos para la comida. La niña no tendría el menor indicio de que estaba pasando una maravillosa Navidad.

La madre de Marigold finalmente eligió un pavo. La cara morada de ira del carnicero y la hostilidad de todas las otras mujeres que hacían fila detrás de ella la forzaron a tomar una decisión. Detestó la forma en que las otras clientas murmuraban insultos y le daban codazos para apartarla. Eligió, finalmente, el ave más pequeña del mostrador, pero aun así parecía gigante. Asqueada y anémica como estaba, le pareció que con esa ave podría alimentar a todo el tercer mundo.

Mientras pagaba el pavo empezó a añorar el momento en que lo tiraría a la basura junto con todas las otras porquerías de Navidad. Jamás iba a obligar a la pobre Marigold a comenzar el año nuevo comiendo sobras sin gusto día tras día. Puede que la niña no fuera a tener una Navidad glamurosa, pero ella daría lo mejor de sí para que la festividad no se volviera una tortura. Rellenaría el ave y la serviría mañana. Una vez que Marigold la hubiera visto completamente cocida, la tiraría inmediatamente a la basura. Tiraría el pavo y la Navidad en el lugar exacto que les correspondía.

Cuando salían de la tienda con Marigold, miró el suelo y vio algo que la aterrorizó. Por un momento trató de fingir que era una pequeña cereza, pero no se pudo engañar. Tirado en medio del serrín había un pequeño coágulo de sangre. Se preguntó por qué se había estremecido al verlo. Trató de calmarse pensando que no era poco habitual encontrarse con unas pocas manchas de sangre en el suelo de una carnicería. Pero aun así se aferró a la mano de Marigold con tal violencia que la hizo gritar. Salieron como una

tromba hacia la calle, y metió prisa a la niña como si estuvieran corriendo por sus vidas.

Una vez que llegaron al apartamento, la mancha de sangre aún la perseguía. La veía en las paredes, en la alfombra. Aparecía un segundo y se desvanecía.

Siguió mirando fijamente a su hija mientras pasaban los minutos de la Nochebuena. Le habría gustado ir a un pub, portarse mal, emborracharse, ligar con unos desconocidos por el camino y traerlos a casa para no estar sola en Navidad. Pero no podía llevar a Marigold a un pub o un bar y sería peligroso dejarla sola. Podría haber un incendio. Alguien podría entrar a robar. Se sentía prisionera de la niña. Marigold hacía que la Nochebuena se pareciera a una cárcel.

No tenía por qué pasar esta Navidad sola. Si le hubiera dicho a cualquiera de sus amigas que Marcus había decidido ausentarse, la habrían invitado a que celebraran con ellas. Podría haber disfrutado y bebido ponche y champán y licores. Marigold podría haber disfrutado de esos árboles de Navidad decorados con cariño que suele haber en las casas de las personas. Su madre podría haber pasado la Navidad sintiéndose una persona con identidad definida. Podría haberse sentido alguien, una persona con nombre propio: Vivyan Holmes. Sin embargo, optaba pasar la Navidad sola; había elegido abandonar su nombre y que únicamente la definiera su rol.

Había pasado solo una semana desde que Marcus le dijo que no le sería posible celebrar las fiestas con ellas. Jamás podría haberle explicado lo consternada que la había dejado ese anuncio. En los últimos tres años, desde la separación, él siempre había venido al apartamento a celebrar la Navidad con su exesposa y su hija. Si había alguna animosidad escondida en lo profundo de las arterias y los tejidos del asunto, no parecía importar. La madre de Marigold y Marcus intercambiaban regalos y la niña se fascinaba con los obsequios que sus padres habían elegido para el otro. Siempre parecía muy aliviada de que su padres pudieran mostrar al menos algo de generosidad y buena voluntad.

En el pasado, cuando Marcus llegaba para la comida de Navidad, la madre de Marigold se aseguraba de tener un árbol decente. Compraba espumillones de colores brillantes para decorarlo y no tan solo una o dos piñas deprimentes. Preparaba pequeños regalos envueltos con cuidado y bastones de caramelo para colgar de las ramas del árbol, que centelleaba con su nieve artificial. Cubría el árbol con hermosas velas de cera, mientras que este año solo había comprado un juego de luces barato. Esta noche, al recordar el esfuerzo que había hecho en el pasado para recibir a Marcus en Navidad, le resultaba penoso y extraño haber sido capaz de tanto trabajo para que un hombre tuviera una Navidad agradable, y no ser capaz de repetirlo para su hija.

Aunque en el fondo ella sabía que nunca había preparado esos bellos pavos rellenos para Marcus. Y que tampoco eran para él esos deliciosos *puddings* de Navidad rellenos de fruta al cognac y mantequilla. Cuando encendía las velas y el árbol aparecía primoroso, en realidad no era a él a quien quería agasajar. Quería que siguiera viniendo a pasar Navidad con su familia, no porque ansiara su compañía sino porque necesitaba creer que Marigold era importante para él. Esa había sido en realidad la fantasía que alimentaba cada vez que engalanaba la mesa con flores, mandarinas y avellanas.

Si podía convencerse de que Marcus amaba a su hija, eso la ayudaría a sentir que su fallido matrimonio al menos había tenido algo de dignidad. Le resultaba intolerable pensarlo como un accidente inútil que la había dejado incapacitada. Su relación con Marcus se había malogrado varios años atrás, pero si acaso podía sentir que a pesar de sus diferencias tenían un amor mutuo por su hija, los disgustos sufridos se volverían más tolerables. Si los dos adoraban a la niña, al menos algo valioso e importante se había salvado del desastre del naufragio. El matrimonio había arruinado su carrera, la había dejado sola, pobre y célibe, atrapada en un apartamento con una niña pequeña que, a ratos, le daba la sensación de estar robándole la juventud. Necesitaba pruebas de que la niña era importante para Marcus para sentirse más segura de que también era importante para ella. En los últimos años había pasado tanto tiempo a solas con la niña como única compañía, día y

noche, hora tras hora, que a veces sentía que esa cercanía antinatural e incesante le impedía entender sus verdaderos sentimientos. Cuando miraba a Marigold con patológica insistencia, esperaba encontrar algo en su apariencia, algo que demostrara que a ella le interesaba más que a Marcus que Marigold tuviera una bella Navidad.

A Marcus, por supuesto, no le interesaba lo más mínimo. Tan solo una semana antes le había dicho a la madre de Marigold que pasaría la Navidad en Austria. Iba a esquiar.

–¿No puedes esperar e ir después de Navidad? –le preguntó–. Marigold se va a decepcionar.

Marcus dijo que lo sentía. No podía cambiar sus planes. ¿No sería tan amable de comprarle un regalo a Marigold de su parte y él se lo pagaría cuando volviera a Inglaterra? La próxima Navidad tendrían una maravillosa comida familiar.

Supuso que la condesa de Austria lo había invitado a quedarse en su chalet. No sintió celos de que Marcus prefiriera pasar la Navidad con esa mujer glamurosa y no con ella. Para ella, él estaba muerto. Únicamente lo veía como "el padre de Marigold".

Su breve matrimonio le parecía tan irreal como un sueño. Se sentía aliviada de que, tal como sucedía con los sueños durante la mañana, el tiempo se hubiera ocupado de borrarlo de su memoria. Las partes agradables se alejaban tan rápido que a veces sentía que el matrimonio nunca había ocurrido. Marigold parecía ser la única evidencia de un error que, por más efímero que fuera, no era menos grave.

–Marcus y yo tenemos una relación muy moderna –le decía a sus amigas–. Es un convenio de lo más civilizado. Marcus adora a la niña y siempre se pasa por el apartamento. Dejo que la vea cuando le dé la gana.

No creía que estuviera mintiendo, sino sencillamente reordenando y mejorando los hechos. Por orgullo, fingió que Marcus iría a celebrar la Navidad con su familia como siempre. Y por esa mentira orgullosa fue que ni Marigold ni ella recibieron invitación a pasar la Navidad en casa de otra familia. Si pretendían tener una Navidad feliz, debían gestionarla por su cuenta.

Mientras esperaba sentada que la Nochebuena se convirtiera en Navidad, como una sentencia de muerte, se dio cuenta de que le estaba dando demasiada importancia simbólica a la presencia de Marcus en la comida familiar de Navidad. Finalmente se dio cuenta de que él solo asistía a esas comidas porque ella lo presionaba. A diferencia de la imagen que pintaba para sus amigas, pasaban meses y meses sin que Marcus visitara a Marigold. Solo si ella le insistía él se dignaba a ver a su hija.

En el pasado, le había costado muy poco ir al apartamento a comer por Navidad. Lo único que tenía que hacer era disfrutar de una buena comida y dejar un regalo para la niña bajo el árbol. Después de los aperitivos solía ponerse una corona de papel y presidía la mesa como un rey. Siempre se iba en cuanto terminaban el *pudding* de ciruelas, con toda la tarde por delante para él. Había tiempo para que empezara toda una nueva celebración de Navidad y disfrutara otra cena de pavo con quien fuera su novia en aquel momento. Esa era la Navidad que él disfrutaba, y la que contaba como su verdadera Navidad.

–¿Ya es Navidad? –le preguntó la niña.

A su madre la pregunta le pareció sorprendente. ¿Cómo era posible que hubiera logrado ponerse ansiosa por la fecha sin que sus padres la motivaran en lo más mínimo? ¿Qué demonios pensaba la pobre cría que le traería este día?

–No, todavía no es Navidad –le dijo la madre de Marigold a la niña–. Falta toda la noche… Tienes que portarte bien esta tarde. Espero que lo sepas. Tienes que ir a la cama pronto. Tienes que intentar ir a dormir cuanto antes. Si Papá Noel llega y te encuentra despierta quizá vuelva al Polo Norte sin llenar tu calcetín con regalos.

Estaba agradecida de que la Navidad al menos pudiera darle un beneficio. Esta noche había esperanzas de que pudiera sobornar a la niña y coaccionarla para que fuera a la cama temprano. Quizás esa era la única noche del año en que la niña se iría pronto a su habitación y se quedaría ahí. En general se levantaba de la cama cada cinco minutos para decir que tenía sed, o que tenía náuseas y así llamar la atención.

De repente la madre de Marigold se sintió exhausta. Le habría gustado tomar unas pastillas, ir a la cama inmediatamente y saltarse esta larga y angustiante Nochebuena. Pero esta noche tenía que quedarse despierta hasta que la sobreexcitada Marigold se fuera a dormir, así podía llenar el calcetín que la niña colgaría a los pies de su cama.

La sola idea le resultaba insufrible. Su ansia de brandy se convirtió en ansia de champán. Sabía que no había forma de que aguantara una hora sentada la llegada de Papá Noel si se mantenía sobria. El champán era extravagante y festivo. Tenía una necesidad acuciante de sentirse mimada esta noche.

Le dijo a Marigold que iría al supermercado, y le aseguró que no tardaría. Marigold debía portarse bien hasta que volviera. Le indicó a la niña que pusiera purpurina en algunas piñas más.

Se sintió culpable por dejarla sola en el apartamento, pero no tenía energías para buscar los guantes y la bufanda de la niña, vestirla y sacarla a la calle. Quizás el champán la ayudara a quitarse de encima esa opresiva sensación de fatiga y ansiedad.

El supermercado estaba atestado de gente feliz que hacía compras de Navidad a último momento. Mientras la madre de Marigold formaba fila para pagar el champán, regresó la sensación de una aprehensión circundante. No podía dejar de pensar que algo horrible le pasaría a Marigold. Solo quedaba rezar por que los ladrones o abusadores de niños tuvieran mejores cosas que hacer esa noche. Que, a diferencia de ella y su hija, ellos sí estuvieran preparando la celebración de una Navidad feliz.

Mientras pagaba por el champán sintió vergüenza. No había comprado nada interesante para poner en el calcetín de la niña. Le había comprado una mandarina, una barra de chocolate Mars, un Papá Noel de chocolate y una bolsa de nueces.

Marcus había sido generoso con ella esta Navidad. Antes de anunciarle que pasaría las fiestas en Austria, se había sentido culpable y le había dejado dinero extra. Probablemente tenía la esperanza de que la generosidad del gesto suavizara el golpe. Pero la madre de Marigold no había usado ese dinero en cosas para poner en el calcetín. Durante meses había estado

ahorrando su magro salario para comprar juguetes y libros y juegos, pero al final no lo había hecho.

Mientras compraba la botella de champán más cara se dio cuenta de que a pesar de que tenía el dinero, le faltaba la voluntad para darle a su hija el calcetín rebosante que ella ansiaba. Cuando la madre de Marigold era una niña, jamás había recibido el calcetín de Navidad de sus sueños. La Navidad siempre le traía decepción y la amarga certeza de que la habían engañado. Su propia madre no creía en eso de llenar de regalos un calcetín. Siempre había preparado a su hija para esperar muy poco, y le enseñaba que no debía tener esperanzas de que la Navidad le trajera algo mejor que cualquier otro día del año.

Mientras una de las vendedoras del supermercado envolvía la botella de champán en un papel de regalo con motivos navideños, notó que la tienda tenía una sección donde vendían muñecas, juguetes y libros, pero sabía que jamás tendría la fuerza para acercarse hasta allí. Pensó en su comportamiento con resignación, como si le faltara voluntad para cambiar. Sin embargo, la asqueaba darse cuenta de que era incapaz de dar más de lo que le habían dado.

"Soy igual de patética que Marcus", pensó mientras salía del negocio cargando únicamente su botella de champán. "Somos los dos igual de asquerosos y patéticos".

Le parecía atroz que ambos especularan con tener una Navidad feliz para sí mismos. Eran demasiado mayores para compensar los errores del pasado, a pesar de que seguían compitiendo infantilmente con su propia hija, a quien sí le correspondía celebrar como es debido.

La madre de Marigold volvió corriendo desde el supermercado. Le habían dicho que era ilegal dejar a niños pequeños sin cuidado. La tira de luces podría cortocircuitar e incendiar la casa. Antes de salir a comprar champán había enchufado las luces y las había colocado rodeando las ramas del árbol de plástico. Tenían un aspecto sombrío y descuidado, sin la magia de las velas de cera. Había algo mal con el soporte que sostenía el árbol y se tambaleaba hacia los lados. Finalmente había sacado el árbol de su soporte y

lo había puesto sobre la cómoda, apoyado contra la pared. Ahora corría llena de pánico.

Cuando llegó al apartamento ya estaba sumida en un estado de absoluto terror, convencida de que Marigold había muerto mientras ella había salido a hacer su compra irrazonable. Cuando encontró a Marigold trepada para colgar las piñas con purpurina sobre las ramas mustias del árbol, sintió ganas de llorar del alivio de haber encontrado a la niña con vida.

La madre de Marigold se despertó alrededor de las cuatro de la mañana. Su hija se había sentido demasiado intimidada por el chantaje navideño de su madre como para saltar sin parar en la cama, pero de todas formas dormirse le había llevado varias horas. A pesar de que se había bebido toda la botella de champán, la madre de Marigold estaba enfurecida por haberse quedado despierta hasta tan tarde, esperando para cumplir su rol de Papá Noel. Pero lo había logrado y el calcetín de la niña estaba lleno.

Pensó en Marcus acompañado de la condesa en su chalet austríaco y en cuán injusto era que hicieran creen a Marigold en un radiante benefactor masculino.

Al principio, cuando la madre de Marigold se despertó durante esas primeras horas de la Navidad, no sabía dónde estaba. Se despertó y sintió un gran terror, y el terror tenía la forma de cuatro paredes negras que la apretujaban. En medio de la duermevela se creyó en una celda, esperando saber qué pretendían de ella sus captores.

Finalmente se levantó de la cama y se movió pesadamente, como si su cerebro estuviera recibiendo instrucciones mecánicas. Mientras caminaba hacia el pequeño cuarto de Marigold tuvo la sensación de ser empujada por poderosas fuerzas invisibles a llevar a cabo una tarea tan necesaria como inevitable. Sintió que todas las semanas de angustia previas a la Navidad habían sido el preámbulo de este momento en que ella cometería un acto de perfecta honestidad en el que dejaría de lado todas sus falsas excusas.

Mientras cogía el calcetín de los pies de la cama de Marigold, la niña se movía mucho, pero no se despertó. Estaba tumbada boca arriba, con los brazos detrás de la cabeza.

La madre de Marigold hundió la mano dentro del calcetín. Siempre lo había pensado como un calcetín navideño. Pero en realidad era uno de los calcetines blancos de la niña. Mientras hurgaba ya no creía que estaba siendo empujada por una fuerza externa. Sacó la mandarina con un gesto de egoísmo infantil. Su ansia animal la asustaba. Ya no podía hacer de cuenta que la empujaba un designio externo.

Peló la fruta y empezó a comerla, la saboreó despacio, gajo a gajo. Sintió que nunca había probado algo tan dulce. Pensó en Eva en el jardín del Edén. Era malvado comerse esa fruta, era malvado disfrutar devorando lo prohibido. Y, sin embargo, se zampó la mandarina con el mismo placer con que un adicto toma su tan ansiada dosis. Cuando terminó, abrió el envoltorio del Papá Noel de chocolate. El dulzor le resultó intoxicante mientras masticaba la cabeza de la figura.

Una vez que terminó de comer el Papá Noel de chocolate empezó a consumir la bolsa de nueces, y las trituró con los dientes como si estuviera recuperando algo que siempre había sido suyo y que le habían arrebatado.

Solo quedaba la barra de chocolate Mars. Lamió el relleno del chocolate muy despacio. Lo único que quedaba del calcetín de su hija era tan preciado para ella que quería hacerlo durar. Luego de que el relleno de caramelo se acabó, su estado de ánimo cambió de repente y la dulzura de la barra Mars le pareció veneno endulzado. El calcetín vacío yacía sobre el edredón tejido de la niña y la madre de Marigold lo miró con pavor. Se preguntó si los asesinos no tendrían una sensación similar cuando miraban el cadáver de sus víctimas. Mientras miraba fijamente el mustio calcetín notó unas pocas manchas de sangre. El pánico la hacía alucinar. Sabía que había profetizado su crimen durante todo el día al ver esas manchas de sangre flotando delante de sus ojos, sincopadas e ilusorias.

Se dio cuenta de que esas tenebrosas manchas habían encontrado el mejor lugar desde donde acusarla. Sintió una andanada de náuseas. Los dulces robados le pesaban en el estómago. Pronto se despertaría Marigold. En Navidad los niños se levantan pronto. El primer y único impulso de la niña al despertar sería revisar el contenido de su calcetín. Si no lo

encontraba, o lo encontraba vacío sobre su cama, sería algo así como una pequeña muerte.

Su madre se preguntó si no exageraba la posible reacción de desesperación y angustia que tendría su hija si descubría que después de tantas semanas de anticipar un milagro se encontraba con que no había nada para ella en la mañana de Navidad. Siempre podrían volver a llenar el calcetín, pero no hasta que las tiendas abrieran, más tarde. Podría decirle a su hija que ese año Papá Noel se había retrasado, que había sucedido un imprevisto con los renos o con el trineo. Podía consolarla diciéndole que estaba en camino, que se le había hecho un poco tarde en el Polo Norte.

Habiéndose comido todo lo que contenía el calcetín, la madre de Marigold consideraba que sería imperdonable que su único regalo fueran un montón de mentiras. Incluso si esperaba a que abrieran las tiendas y le entregaba con retraso a su hija un calcetín rebosante de cosas, sabía que Marigold lo estaría recibiendo demasiado tarde. El calcetín de Navidad solo tenía ese valor mágico cuando aparecía de la nada, misteriosamente lleno, a primera hora de la mañana. ¿Y, además, cuántas tiendas abrirían el día de Navidad?

¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! Las dos palabras se repetían en su mente. La madre de Marigold sentía que estaba escuchando un disco rayado, que repetía la misma parte una y otra vez. Las dos palabras siguieron repiqueteando en su cabeza incluso cuando salió corriendo del apartamento hacia la calle oscura. Alguien le había dicho alguna vez que esas eran las dos palabras más tristes del diccionario. Mientras corría, sintió que no lo hacía únicamente para evitar el momento en que la niña se despertara y esas dos palabras se volvieran realidad.

Se dirigió a la estación Euston. Tenía una última esperanza de encontrar una máquina expendedora de dulces en el andén, donde comprar alguna barra de chocolate. Si tan solo pudiera poner al menos un miserable chocolate en el calcetín, quizás le evitaría a su hija el ruinoso momento de despertar y encontrarlo vacío sobre su cama.

La madre de Marigold no estaba en buena forma física. La estación Euston parecía mucho más lejos del apartamento de lo que imaginaba. Al

poco tiempo se detuvo, exhausta, y se aferró a una barandilla de hierro. Jadeaba tan fuerte que pensó que podría llegar a ahogarse. Sin embargo, sabía que tenía que seguir moviéndose. Se preguntó si no encontraría una expendedora de chocolates en una de las estaciones del metro. Pero supuso que las máquinas estarían vacías o estropeadas.

La madre de Marigold siguió caminando por las calles vacías que llevaban a la estación. De repente se topó con una pequeña tienda muy coqueta. Se encontró revisando el escaparate con un asombro que no tenía desde que era niña. El negocio vendía chocolates y adornos navideños. Había papanoeles de todo tipo. Había unos decorados con terciopelo rojo y barbas de algodón. Suspiró frente a los ratoncitos de mazapán y las hadas con faldas de gasa plateada para colgar de las ramas del árbol de Navidad.

Mientras observaba ese mundo mágico de la Navidad la sorprendió una sensación idéntica a la que había tenido cuando se levantó de la cama y se comió todo el contenido del calcetín de su hija. La misma sensación de no estar en control de las propias acciones, de ser empujada por una fuerza externa. Sus pensamientos, a pesar de que se sentía manipulada, eran muy concisos y decisivos. Se dio cuenta de que para su misión necesitaba dos objetos y se puso a buscarlos.

No le llevó mucho tiempo encontrarlos. Había una construcción cerca. Encontró un ladrillo y lo escondió bajo su abrigo. Luego revolvió los cestos de basura de la calle hasta que encontró una bolsa de papel grande. Estaba un poco rota, pero serviría. Armada con estas dos cosas, volvió a la tienda.

La calle seguía desierta. No parecía haber ningún policía cerca. Se preguntó si los dueños de la coqueta chocolatería no vivirían arriba del local. Se preguntó cuánto ruido haría el cristal cuando lo rompiera. La asustaba usar el ladrillo, la aterrorizaba violentar la propiedad de otro. Sus padres la habían dotado de ese miedo y le resultaba doloroso y difícil superar ese mandato tan hondamente fijado. Sabía que solo podría superar el terror que le daba romper el cristal si lo hacía rápido, sin tiempo para pensar en ello. Arrojó el ladrillo con tal fuerza que el cristal entero se desprendió casi intacto del marco antes de estallar en mil pedazos con un ruido que parecía tan estruendoso como para despertar a la ciudad entera.

Se puso a recoger cajas enfervorizada a través del hueco en el escaparate. Cogió todos y cada uno de los papanoeles, y todos los renos. Se llevó los animales de peluche y los jarros con caramelos y los metió en la bolsa de papel. Se encendieron las luces en las casas de enfrente. Escuchó pasos en una escalera al fondo del local y se dio cuenta de que efectivamente los dueños vivían arriba y ahora estaban bajando.

Empezó a correr. Corrió en zigzag por callejones desiertos. Escuchó el ruido amenazante de la sirena de un patrullero quebrando la quietud de las primeras horas de la mañana navideña. Mientras corría con su botín, evitó tomar el camino más directo y se limitó a recorrer calles laterales.

En un momento tuvo que agazaparse detrás de un coche estacionado en un callejón y vio cómo el patrullero pasaba como una tromba. Suponía que la buscaban a ella. Si la atrapaba la policía su hija tendría una Navidad horrible. Probablemente los asistentes sociales se llevarían a Marigold y la pondrían en un orfanato o en una institución estatal similar. Quizá la corte le quitaría a su hija para siempre. No tenía idea de cómo era la ley.

Estaba mucho más asustada por Marigold que por ella misma cuando vio pasar el patrullero. Los dos oficiales jóvenes que iban dentro parecían conversar animadamente. Con suerte quizás estuvieran más interesados en sus planes para la Navidad que en la rutina de buscar a una ladrona de chocolates. Una vez que el coche desapareció de su vista se sintió menos perseguida y empezó a arrastrar la pesada bolsa hasta el apartamento, donde encontró a Marigold tumbada exactamente en la misma posición, con sus dos bracitos pálidos debajo de la cabeza. Incluso dormida los arcos de sus cejas le daban una expresión de sorpresa. El calcetín blanco vacío seguía tirado sobre el edredón.

Empezó a sacar de la bolsa de papel las cosas robadas y sintió más placer por su contenido que por cualquier regalo que hubiera recibido de niña.

Mientras sacaba frenéticamente las cosas del escaparate había estado demasiado impactada por su propio comportamiento como para tomar dimensión de cuánto se había llevado. Encontró muchas sorpresas, y cada descubrimiento le daba una alegría infantil. Encontró una armónica, una comba, una caja de galletas, un bolígrafo, un juego de té y una guitarra de

juguete. Encontró cinco cajas de chocolates, envueltas con hermosos lazos rojos y hojas de muérdago.

Sintió que muy pocas veces había visto algo tan precioso como los ratoncitos de mazapán y los papanoeles de chocolate y todos los animales de peluche que encontró en la bolsa. Unos renos de cristal y alguna otra cosa se habían roto en medio de la conmoción, pero eran pérdidas menores. Llenó el calcetín blanco hasta que estuvo repleto y lo colgó de la forma correcta y tradicional, a los pies de la cama de Marigold. Las cajas de chocolates y los frascos de caramelos eran demasiado grandes como para ponerlos dentro del estrecho calcetín, así que los colocó a los pies del árbol de Navidad junto con el resto de los juguetes y los adornos que colgaban de las ramas.

Fue hasta la cocina a hacerse un café y, mientras esperaba impacientemente que Marigold se despertara, sintió un golpe de euforia alimentado por un gran alivio. Al cometer un crimen menor había llevado a cabo un gesto emocional mucho más trascendente. Bebió su café en silencio, esperando que Marigold se despertase y por fin llegara la Navidad.

Compra compulsiva

La señora Williamson daba vueltas sin rumbo por la sección de "vestidos elegantes" como una barcaza a la deriva.

–Gaste lo que sea en cualquiera de las tiendas donde él tenga una cuenta –le había dicho su abogado.

Sus ojos habían brillado con un placer voraz.

–Siempre les recomendamos a nuestras clientas lo mismo en los casos donde puede haber disputa respecto de la pensión alimenticia y aquello pueda alargarse en el tiempo. ¡Y no es que en su caso en particular crea que vayamos a tener ningún problema! Él se ha puesto en un lugar donde usted puede arrinconarlo.

El abogado había soltado una carcajada terrible, legal; el viento soplaba sobre las carpetas, las licencias y los documentos sellados. La señora Williamson se había quedado en silencio en su silla.

Desde aquel encuentro, ella seguía ocupando el hogar conyugal donde había pasado los últimos diez años.

–En este momento –le había dicho el abogado empática y enfáticamente– de ninguna manera debe abandonar el hogar; hacerlo pondría en gran riesgo sus posibilidades de quedarse con él.

La señora Williamson se había preguntado dónde pensaba ese hombre que ella podía ir. Era como si imaginara tentadoras alternativas de las que ella no tenía idea.

Pero se había quedado en la casa. Su ego herido le pesaba por las noches como un perpetuo dolor de muelas, y por la mañana sentía pánico porque la tarde estaba al caer.

Ese día la señora Williamson no tenía el menor interés en adquirir ni comprar nada. Esta salida de compras era apenas una de las muchas actividades banales con las que llenaba el tiempo desde que Eric la había abandonado.

–Mantente ocupada –le recomendaban todas sus amigas–. Eso evitará que te pongas melancólica.

Las vendedoras revoloteaban a su alrededor, ofreciéndole cosas y enseñándole ofertas. La señora Williamson estaba agradecida por toda esa dedicación y ese ajetreo porque la distraía y de alguna manera le permitía camuflar su presencia inútil y sin rumbo. Se movía por el local, donde había colgados algunos vestidos en diversos percheros, con pesadumbre. Intentaba mirarlos con interés. Le parecían demasiado inertes, indeseables y de descarte. Como caricaturas horrorosas de sí misma. La deprimían. Le resultaba preferible el estridente cartel en rojo: "¡Grandes descuentos por promoción!". Al menos la leyenda tenía una cierta vitalidad, el reaseguro de estar cumpliendo una promesa. Lo releyó varias veces.

–¿Puedo ayudarla? –le dijo una voz suave a la altura de su codo.

La señora Williamson se dio la vuelta.

Vio a una señora mayor y regordeta vestida en un típico trajecito negro de vendedora. Detrás de sus gafas había una mirada compasiva.

"¡Sí!". La señora Williamson quería gritarlo a los cuatro vientos. "¡AYÚDEME, amable señora! ¡Ayuda! ¡NECESITO su ayuda!". Se sintió inmediatamente avergonzada de ese impulso. Como una especie de regresión infantil. Una mujer de cuarenta años no podía ir por ahí pidiéndole ayuda a cualquier figura un poco maternal, pensó, amargamente.

–No, gracias –dijo con un tono deliberado de derrota–. Prefiero mirar por mi cuenta.

–Si necesita ayuda, pregunte por Estelle –dijo la mujer con una temeraria persistencia–. Aquí tiene mi tarjeta –insistió y encajó la tarjeta en la mano de la señora Williamson.

La señora Williamson ahora se sentía firme y eso la volvió arrogante. Ignoró la tarjeta y con resolución escogió un vestido del perchero y lo estudió fingiendo interés. Era un vestido de red de color dorado, el lazo en la

parte trasera le pareció tan innecesario como vulgar. Es espantoso y está mal diseñado, pensó hastiada, devolviéndolo al perchero como con asco. Dos jovencitas, con pantalones capri y pelo brillante atado con una coleta, miraron el mismo vestido con un entusiasmo instantáneo.

–¿¡No es una preciosidad!? –Una de ellas lo presionó contra su cuerpo con un anhelo lascivo.

La señora Williamson perdió la confianza en su gusto. Recordó que nunca había sido capaz de entender la obra de Cézanne, aunque siempre le había dicho a Eric que sí.

–¿Ha visto alguna cosa de su agrado?

Era Estelle, que estaba revoloteando tras sus pasos como una fiel ave de compañía. "¡No!", pensó la señora Williamson rotundamente. Se le ocurrió en ese momento que jamás en la vida había encontrado una sola cosa que le gustara de verdad. Eric la llamaba "aguafiestas" y "amargada". Se preguntó si de verdad a Eric le gustaba cuando estaban juntos, incluso a pesar de que su sorpresiva y humillante partida la había dejado herida y retorciéndose de angustia.

–No –dijo sencillamente–, no he encontrado nada que me guste.

Las oscuras y cavernosas fosas nasales de Estelle vibraron con la misma excitación de un sabueso que por fin huele sangre.

–Tengo algo más para ofrecerle –dijo.

Su voz era ronca y se engrosaba por el entusiasmo. Era la voz de Circe. Una voz tan antigua como la de la legendaria Lilith.

–Tengo muchas otras cosas que le puedo asegurar que le van a encantar.

La señora Williamson había sido derrotada. Su talón de Aquiles había sido perforado por tan oportuno y triunfante fraseo. *¡Encantar!* ¿Quién o qué otra cosa en la vida le garantizaba algo tan exultante, tan mágico? Acompañó a Estelle, sin oponer resistencia, hasta esa cueva de Aladino que era el probador de la tienda.

Estelle ayudó a la señora Williamson a quitarse la bufanda y el sombrero con denodada amabilidad y los colgó rápidamente en un perchero. La señora Williamson se sintió a gusto de inmediato con ese gesto solícito y resuelto. Se dio cuenta de que Estelle, en su infinita compasión, había

adivinado que a ella ya no le quedaba voluntad ni para quitarse su propia ropa. Se sintió inmensamente acompañada y tranquila gracias a ese perspicaz e instantáneo reconocimiento de su condición. Ya casi que amaba esos suaves ojos marrones detrás de las gafas gruesas, llenos de ansia de servir y encantar.

–¿Me diría su talla, por favor?

La señora Williamson se sintió decepcionada. La pregunta era grosera, de mal gusto, casi imprudente, sobre todo viniendo de una mujer de una evidente sensibilidad como Estelle.

–Talla grande, me temo –dijo la señora Williamson como pidiendo disculpas, con una sonrisa íntima y algo obsequiosa.

Estelle no sonreía. ¿La respuesta le parecía estúpidamente evasiva? ¿Agobiante?

–Quizá, si se quitara la ropa, podría hacerme una idea.

¿Odiaba que le mintieran? ¿O era tan solo la impaciencia de la profesional, ansiosa por terminar de una vez la inspección para poder ofrecer un diagnóstico acorde? O, peor aún: ¿estaba harta?

La señora Williamson se sintió súbitamente agitada. Recordó que Eric siempre le advertía que no se daba cuenta cuando se pasaba de la raya. Se desvistió a toda prisa y dejó caer torpemente su abrigo al suelo. Estelle se agachó y lo levantó. Lo dobló y lo apoyó en el respaldo de una silla con una paciencia servil. La señora Williamson de inmediato se calmó. Bajó la cremallera de su vestido y se deshizo de él con el orgullo de una emperatriz, lo alejó de sus pies con una patada arrogante. Una vez más Estelle se agachó, recogió gentilmente el vestido y lo colgó silenciosamente en un perchero. La señora Williamson estudió su cara con culpa, todavía buscando algún indicio de la tan temida exasperación. Recordó que Eric solía decir que, si le daban la mano, ella se aferraba del brazo. Pero la mirada detrás de las gafas de carey seguía siendo benevolente. La señora Williamson sintió un inesperado entusiasmo. Se quitó la enagua y la arrojó, también de forma desenfadada, al suelo lleno de alfileres. Sin duda eso se parecía bastante a lo que Eric llamaba aferrarse del brazo.

Estelle dudó un segundo y luego, por tercera vez, se agachó, levantó la enagua y, sin el menor indicio de protesta, la dobló y la puso a resguardo. La señora Williamson se sentía mareada de felicidad. Le encantaba la forma en que Estelle manipulaba su ropa, como si fueran objetos respetables y valiosos. Después de todo, habían estado pegados a su cuerpo, y Estelle tenía razón en considerarlos y tratarlos como partes íntimas de un ser humano.

La forma en que Eric trataba su ropa cuando la encontraba tirada en el suelo era muy diferente. La señora Williamson se preguntó de pronto si Eric en realidad no era un hombre insensible y maleducado; se sorprendió de sí misma por haberse angustiado tanto por su partida.

Ahora la señorita Williamson estaba medio desnuda frente al espejo del probador, total y cruelmente expuesta a la dura luz fluorescente. Notó la piel caída y arrugada de su cuello, los pechos que colgaban pesadamente sobre su castigado sujetador, y la indeseable inflamación en su vientre. Sus ojos se fijaron en la carne hinchada y algo morada que sobresalía obscenamente de sus medias translúcidas. Realmente le daba pena que Estelle tuviera que ver tal cosa.

En los últimos cinco años, de ninguna manera había permitido que Eric estudiara y hurgara en su desnudez de esa forma. Había sido lo suficientemente astuta como para desvestirse bajo la bata o una toalla de baño. Y ahí estaba ahora, frente a una desconocida, en todo su esplendor, con los aspectos de su cuerpo menos favorecedores flagrantemente expuestos. Pero, ¿era Estelle una desconocida? ¿Por qué le resultaba intolerable esa idea? Si tenía una voz tan gentil. Y sus ojos eran tan compasivos. Como si la hubieran mirado toda la vida, siempre atentos y conscientes de su importancia. ¿Y si la había conocido en una vida pasada? La señora Williamson no estaba segura de creer en la reencarnación. Su amiga, la señora Ducas Rawlings Junior, hablaba mucho sobre eso. Estaba absolutamente convencida. Hablaba sobre la posibilidad de volver como perro, o como gato. No, eso no podía explicar esta misteriosa sensación de familiaridad con Estelle. En cualquier caso, a la señora Williamson le habría gustado prestar más atención cuando la señora Ducas Rawlings Junior le había querido explicar todo el asunto.

Luego la señora Williamson notó el silencio de Estelle. Había algo amenazante, cósmico, en ese silencio, algo que hacía aflorar sensaciones y presentimientos recónditos de una catástrofe no del todo definida, pero oscura y horrorosa.

La señora Williamson, semidesnuda en el probador, tiritó. Los ojos de Estelle estudiaban su cuerpo, anotando y midiendo cada imperfección. La señora Williamson sufría. Sintió un odio abrupto por su propia carne. ¡Asqueroso tejido putrefacto! Ojalá pudiera arrancárselo, tirar de él, rasgarlo con sus uñas, castigar por fin el crimen impune de ser así de horrible. ¿Esos ojos marrones dejarían de observarla en algún momento? ¿Cuánto tiempo podría su cordura tolerar esa dolorosa incertidumbre? ¡Que caiga de una vez la espada de Damocles con el cruel filo de la reprobación!

–¿Alguna vez ha usado una faja, querida? –le preguntó Estelle, amablemente–. Es impresionante la diferencia que puede hacer. Quizá quiera pasar por la sección de lencería antes de irse. Tienen cosas encantadoras.

La señora Williamson no lo podía creer. Miró fijamente esos ojos marrones, como buscando algo más allá de la montura de carey. ¿Así miraba Jesús a las mujeres adúlteras? No es que le cabreara la indirecta, a pesar de que sin duda implicaba una crítica a su ropa interior. El tema de su lencería podía mejorarse muy fácilmente. Pero la crítica y el desprecio por cosas incontrolables, la injuria y desaprobación por cosas que no se podían cambiar con una breve visita a la tienda, eso sí que era una afrenta al alma humana.

La señora Williamson miró otra vez más allá de las gafas de carey de Estelle y supo que nunca más tendría miedo. Estelle no solo podía sino que debía arremeter, condenar y destruir su vanidad, pero también se encargaría de dejar intacta la vulnerabilidad de su alma. La señora Williamson empezó a moverse por el probador sin importarle nada más. Toda la vergüenza que podía darle su poco agraciada desnudez había desaparecido. La señora Williamson ahora era audaz y libre.

–Creo que podría ser una talla catorce –dijo Estelle.

Mentía. La señora Williamson lo supo inmediatamente. Y también se dio cuenta, con una intuición arrolladora, de que Estelle, con su vasta experiencia en formas y tallas solo podría cometer un error así de forma deliberada.

La señora Williamson tuvo la sensación de estar hinchándose, atiborrada de gratitud por la generosidad y simpatía que esa salvaje distorsión de la realidad había motivado. Tuvo la esperanza de que Estelle no notara esa hinchazón y se viera obligada, a pesar de su enorme buena voluntad, a sugerirle una talla más.

De repente la señora Williamson sintió unas ganas locas de bailar. Nunca había sabido cómo bailar. En una de las contadas ocasiones en que Eric la había llevado a bailar le dijo que era como arrastrar una enorme bolsa de patatas. Ahora sabía que Eric estaba equivocado, como se había equivocado en muchas otras cosas. No hay peor ciego que el que no quiere ver, pensó la señora Williamson, desatada. Sí, podía bailar, lo sabía. Podía bailar para Estelle. ¡Y su danza tendría fuego, luz y espíritu! Sí, podía bailar para Estelle. Podría bailar todas las danzas de Afrodita y Astarté. La danza que se bailaba ante Urania. ¡La danza de Salomé frente a Herodes, y la danza inmutable de Terpsícore, de Dionisio y Perséfone! Se sintió constreñida en los estrechos confines de ese probador. Sintió el impulso desenfrenado y ávido de destruir esas horrorosas divisiones en forma de paredes color crema. ¡Oh, la pureza blanquecina de la holgura! Sí, si solo tuviera espacio podría bailar en serio para Estelle. Podría bailar por toda la eternidad, a mil millones de años luz, seguir y seguir, sin descanso. ¡No solo podía bailar para Estelle, sino que podía bailar *con* Estelle!

La sola idea la sacudió. Estupefacta, aterrorizada por el monstruoso arrojo de esa nueva idea. No, no tendría miedo. ¡Sí, podía bailar con Estelle! Ambas podrían deslizarse fuera de la vida real y bailar hacia el infinito, dando vueltas y vueltas hacia la inmortalidad. Solo ellas dos, una y otra vez, ¡sin parar! La señora Williamson se sintió mareada por el éxtasis, embriagada de fantasía. Hizo un salvaje y único paso de baile en el suelo del probador, y sus pesados pechos rebotaron contra el diafragma. Estelle

desapareció. La señora Williamson estaba semidesnuda, aterida y sola en el cubículo.

Estelle volvió pocos minutos después con un enorme bulto de vestidos negros aún en sus perchas.

–Quizá podría comenzar probándose la talla catorce –sugirió, en su usual tono persuasivo y gentil.

La señora Williamson supo instintivamente que Estelle la invitaba a seguir un curso de acción que la haría perder el tiempo. Su tiempo, sin embargo, no era valioso. Si Estelle estaba dispuesta y ansiosa por emprender este proyecto fracasado desde un principio, ella no tenía problema alguno.

–¿Con cuál le gustaría comenzar? –preguntó la voz susurrante, sedosa, seductora.

La señora Williamson observó los vestidos negros sin interés. Todos le parecían idénticos. En cualquier caso, sabía que eso era culpa de su total falta de discernimiento. Eligió uno al azar. Estelle estaba encantada, al parecer, con la exuberancia de su elección. Sonrió con un evidente placer por lo que había elegido. Era la primera sonrisa que le ofrecía.

–Sabía que ese la iba a enloquecer –dijo.

Ronroneaba, ronroneaba como una gata feliz ante un cuenco de leche. ¡Ella, la señora Williamson, había causado ese ronroneo de placer!

–Tiene un precioso detalle pinzado en la espalda –continuó Estelle como en trance–. Estoy convencida de que se verá guapísima con él.

Suspiraba, suspiraba con un fervor esotérico. La señora Williamson se miró en el espejo ansiosamente durante unos instantes, temerosa de que el espejo le devolviera la habitual imagen intragable de siempre. Pero no había razón para temer. Ahora podía verse. Verse tal cual era. ¿Había estado ciega todos estos años? ¿Se estaba mirando a través de los ojos de Estelle? No tenía importancia. No ahora, cuando el espejo le reflejaba una imagen de sí misma radiante, centelleante.

Sí, ahora podía ver que poseía esa cosa intangible y efímera llamada belleza.

La señora Williamson se dio cuenta en ese momento de que Estelle era una artista. Su vida estaba dedicada al servicio y la exaltación de lo bello. La

señora Williamson decidió que sería la mecenas del arte de Estelle. Decidió que compraría muchas prendas; de hecho, compraría la tienda entera de ser necesario. Ahora era su deber intensificar y exaltar esta belleza natural propia que acababa de descubrir. Engalanaría y adornaría. Compraría prendas caras. Llevaría cosas de satén, de seda, de lana peinada y filigranas de oro. Llevaría terciopelo, tules, lazos y brillantes. Encontraría una auténtica satisfacción en el reconocimiento denodado de Estelle a la gracia de sus acciones.

Eric jamás vería las maravillas que iba a comprarse, pero eso sí: iba a pagar por cada una de ellas. Él sería el flautista, pero Estelle dictaría la melodía. ¡Justicia poética, por fin!

La señora Williamson, entusiasmada, luchó con el pequeño vestido negro. Estelle trataba de ayudarla desde atrás. Entonces la señora Williamson sintió un ardor abrasador en la piel de la espalda en el momento en que Estelle subía la cremallera del vestido. La señora Williamson no dijo una palabra. Así que ese era el placer del dolor del que tanto hablaban. Hasta ese momento no sabía a qué se referían. Fue una fusión, fue euforia, éxtasis; un cataclismo de los sentidos. Manos suaves: ¡seguid desgarrando, seguid! Estelle se dio cuenta entonces de lo que había hecho. Empezó a frotar la espalda herida con una angustia histérica. Murmuró tiernas y reiteradas disculpas. Parecía como si fuera a ponerse a llorar. La señora Williamson la miró desde las cósmicas alturas de su júbilo. Se sentía completamente ausente, abstraída por el goce. Apenas si podía disfrutar la sensación en su espalda de las gentiles caricias que intentaban aliviar su dolor. Sintió, eso sí, un inesperado e inoportuno surgir de tristeza mezclada con algo de resentimiento extremo en el momento en que Estelle salió a buscar vestidos más holgados.

La pequeña vendedora reapareció triunfalmente, ondeando alguna clase de vestimenta enorme de gasa llena de lentejuelas, blanca y dorada.

–Esto le va a encantar –dijo–. ¡Tiene mucho estilo!

La señora Williamson se mostró titubeante; era la primera cosa que decía Estelle con la que se veía tentada a discrepar. A pesar de esa recién descubierta revalorización de su persona, el vestido le parecía más

apropiado para una *femme fatale* de la época del cine mudo. Su única preocupación, sin embargo, era evitarle a Estelle cualquier desilusión u ofensa.

–¿En qué ocasión podría usarlo? –preguntó, gentil pero vacilante.

–Bueno, para una cena elegante al aire libre, ¡por supuesto! –protestó Estelle con fruición.

En un instante la señora Williamson se encogió, se arrugó como un globo desinflado. Cualquier rastro de entusiasmo y éxtasis se desvaneció. Recordó que era en extremo improbable que alguien volviera a invitarla a cenar, y mucho menos a un lugar elegante y al aire libre.

Sin embargo, lo más mortificante fue darse cuenta de que Estelle podía referirse de forma casual a la posibilidad de salir por la noche a lugares glamurosos con otra gente. Estelle lo había dicho sin emoción alguna, sin el menor rastro de celos. Si hubiera sido al revés… Si ella, la señora Williamson, tuviera que imaginar, incluso en sus más alocadas fantasías, la idea de Estelle cenando con otras personas, vestida elegantemente y ¡al aire libre! ¡No, no quería ni pensarlo, no podía ni pensarlo! Se volvería loca.

–No salgo mucho por la noche –dijo, con pesar, con la tímida esperanza de que Estelle se redimiera mostrándole aunque más no fuera un mínimo gesto de alivio o gratificación personal al oír esto.

Estelle estaba ocupaba desenredando la estola del vestido de gasa y no respondió. La desesperación arrasó a la señora Williamson, la envolvió, la rodeó. ¿Debería decirle más a Estelle? Dios, ¿era ese un buen momento? ¿Se atrevía a correr el riesgo de aburrir a Estelle? Seguramente lo que tenía para decir despertaría pena, pero no tedio. Pero, ¿cómo decirlo? ¿Podría hablarle a Estelle del horror de esas noches solitarias en las que encendía y apagaba el televisor? ¿Podría expresarle a alguien qué se sentía llegar a los cuarenta y ser descartada por Eric?

Estelle, la de los ojos compasivos, tendría que entender que ella ya no podía participar en esa farsa de comprar prendas que nadie vería ni admiraría. Después de todo lo que habían vivido juntas, la señora Williamson sabía que su relación con Estelle iba mucho más allá de un

encuentro trivial entre una clienta y una vendedora. ¡Estelle! ¡Estela! ¡Estrella! ¿De qué está hecho ese muro que bloquea tu sensibilidad?

La señora Williamson se deshacía de pena bajo sus prendas. ¡Estelle, basta! Debía detener inmediatamente toda esa ridícula farsa de probarle ropa y decirle de una vez qué hacía por las noches cuando terminaba su turno en la tienda. Por Dios. ¿Cómo son sus noches? ¡Qué locura! Pensamientos terribles surcaban su mente.

Estelle estaba hablando. ¿Qué decía? Algo sobre las prendas que tenían en existencias. La señora Williamson lucía aturdida en su semidesnudez dentro del probador.

Estelle adquirió la fugacidad de un meteoro. Iba de un lado a otro. Iba y venía febrilmente del probador a un depósito misterioso en la parte de atrás, de donde traía innumerables conjuntos y prendas. Le mostró a la señora Williamson algunos que, estaba segura, serían "sencillamente perfectos" para ir a barbacoas, a un programa de televisión vespertino, galas en teatros, estrenos de cine y reuniones en cualquier estación.

La señora Williamson se probó todos y cada uno. Se había convertido en un robot. Había pasado ese umbral del dolor en el que ya no se siente nada. Estelle le dijo que lucía "divina" y "preciosa" con todos. Pasaron dos horas antes de que la señora Williamson recuperara la capacidad de sentir algo, cualquier cosa. Lentamente, con el cosquilleo incómodo de una anestesia que se va yendo, notó una extrema fatiga y mucho calor. Sin embargo, mucho peor que esas cosas, que en definitiva eran meras incomodidades físicas, fue la lenta pero impactante conciencia de que la compañía de Estelle ya no le producía placer alguno. La realidad era que sencillamente prefería pasar tiempo en esa tienda que volver a su casa vacía.

Estelle estaba hablando de nuevo. Le decía que tenía la figura para lucir ciertas prendas que muchas de sus clientas no podían. Fue en ese momento en que la señora Williamson sintió una ráfaga explosiva de sentimientos. En ese momento la agonía de la señora Williamson estalló como un volcán escupiendo lava. Estaba indignada. No solo estaba indignada, estaba estupefacta por esta mención al pasar de otras clientas a quienes Estelle les ofrecía promiscuamente su compasión y consuelo.

Fue en ese preciso instante que la señora Williamson se dio cuenta de que Estelle le había fallado, no solo como asesora de modas –no la había vuelto encantadora–, sino también como ser humano.

La señora Williamson se sentía incómoda y apretujada dentro del vestido rosa de tafetán. Estaba callada. Su silencio era mortal. Entonces preguntó el precio. La pregunta fue como una estocada artera. Como planeaba cargar a la cuenta de Eric lo que fuera que se decidiera a comprar, el precio importaba más bien poco.

Estelle pareció aturdida, como si el tono malicioso y vengativo de la señora Williamson la hubiera tomado por sorpresa. Se la notó frustrada por unos instantes. Luego soltó la breve y conspiratoria risita de dos mujeres que esquilmaban a un hombre.

–Es un poco oneroso –admitió, con voz discreta–. Pero cuando él vea lo preciosa y sexy que está con él, no se quejará en lo absoluto.

La señora Williamson empezó a quitarse el vestido por encima de la cabeza con una furia paranoide. Luchó, se sintió sofocada y ahogada por las capas y los rollos de tela rosa. Estelle trató de calmarla y la ayudó, de una forma gentil y comprensiva. La señora Williamson emergió pálida, sudorosa y despeinada. Le temblaba la boca.

–¡No me gusta! –gritó–. ¡Y tampoco me gusta ninguno de estos otros!

–Querida –dijo Estelle tratando de ser empática–, tengo muchos más para mostrarle, no ha visto aún las prendas ligeras de primavera.

–¡Tampoco me gusta ninguno de esos! –gritó la señora Williamson.

Estaba sorprendida de su propia violencia.

–¿Cómo? –gimió Estelle, genuinamente estupefacta–. ¿Ninguno?

–¡Ninguno! –arremetió la señora Williamson.

–Ninguno –repitió Estelle, como un eco acongojado.

Le parecía bastante imposible de creer que esas últimas horas hubieran sido en vano.

La señora Williamson se puso su ropa. Sintió un inmenso goce vengativo al descolocar de tal modo a Estelle. Notó, con malicioso placer, que los ojos tiernos detrás de las gafas se habían vuelto menos gentiles y

compasivos. Salió del probador, poderosa y reivindicada, y fue hasta el ascensor que llevaba a la sección de lencería.

El contestador automático

En los últimos meses había empezado a dejarse mensajes a sí misma en el contestador automático. Cuando salía de su apartamento para marcar su número desde el pub local, el Red Oak, hallaba un cierto consuelo en oír su propia voz pidiéndole, a quien fuera que se comunicaba, que dejara su número y su nombre para devolverle la llamada una vez que volviera a casa.

Si no hubiera sido su propia voz la que decía que no estaba, ella no se lo habría creído. Porque rara vez salía. Pero su voz grabada sonaba muy convincente, llena de certezas. Parecía inconcebible que mintiera.

A veces marcaba su propio número en múltiples ocasiones. Los otros parroquianos que iban a beber al Red Oak solían impacientarse con ella porque monopolizaba el único teléfono público del pub, y ellos también tenían llamadas urgentes que hacer.

–¿Tardará mucho más? –le preguntaban.

–Solo necesito hacer una última llamada.

Pidiendo disculpas, pero desafiante, ponía otra moneda y escuchaba el mensaje que necesitaba oír repetidas veces.

Cuando llamaba a su propio número desde el Red Oak primero se escuchaba a sí misma pidiendo a quien fuera que llamaba que dejara un mensaje después de la señal, y luego dejaba un mensaje. Quería tener algo que esperar al momento de volver a su apartamento.

Las horas que pasaba allí sola le parecían tan interminables que se sentía sofocada, como si un bienintencionado pero inepto asistente al suicida le hubiera puesto una bolsa en la cabeza que le dificultaba respirar, pero sin llegar a matarla.

Al principio los mensajes que se dejaba eran siempre formales y solícitos. "Soy yo… Lamento no encontrarte. He estado pensando mucho en ti y me muero por tener noticias tuyas. Espero que estés bien y todo vaya sobre ruedas. He intentado comunicarme varias veces esta semana, pero nunca te pillo. Seguiré llamando hasta que te encuentre…".

Cuando volvía al apartamento le gustaba escucharlos en medio del silencio.

Desde que Trevor había muerto abruptamente, seis meses antes, le resultaba difícil preocuparse por sí misma. Ahora que él ya no estaba para cuidarla, no tenía la energía para hacerlo sola. Pero le daba seguridad escuchar su propia voz diciéndole que había alguien que se preocupaba por ella.

También le daba seguridad escucharse diciendo que seguiría insistiendo hasta encontrarla. En los últimos tiempos solía tener la tenebrosa sensación de que su cerebro ya no podía lidiar con la opresiva monotonía de su infelicidad. Que había desarrollado un pavor a siquiera tratar de conectarse con esos sentimientos.

Empezó a sentir que su cerebro ahora solo podía operar como el motor de un coche. Era capaz de seguir llevando a cabo sus funciones mecánicas para hacer avanzar el vehículo, su cuerpo, del lugar A al lugar B. La trasladaría al servicio y luego a la otra punta, hasta la cocina, donde impulsaría sus brazos para que puedan poner la tetera en el fuego.

Pero lo que ella sentía mientras él la movía de un lugar a otro con tal de no quedarse quieta ya no parecía importarle. Se había convertido en un motor que tenía combustible suficiente para que sus ruedas siguieran girando. Si esas ruedas se estaban deshilachando mientras rodaban por el asfalto, si chirriaban como un animal moribundo al doblar en cada curva, eso no era problema del motor.

Cuando reproducía los mensajes en el contestador automático después de volver a casa de una visita al Red Oak, estos la ayudaban a quitarse el miedo de haberse convertido en tal carga para su cerebro que ya no pretendía supervisar su comportamiento y de ahí en adelante le permitiría hacer cualquier cosa irracional o peligrosa sin interferencia.

La voz que escuchaba en la cinta podría haber sido la de su propio cerebro. Sostenía que seguiría intentando comunicarse con ella, que no lo lograba porque nunca la encontraba en casa. Cuando se tomaba una cerveza tibia en el Red Oak a menudo se sentía fuera de lugar, perturbada y tan sola que podía entender por qué su cerebro no siempre lograba comunicarse con ella. Sin duda no era una persona con la que fuera fácil comunicarse. La mitad del tiempo ni siquiera podía convencerse de que existiera en alguna parte. Eso podía deberse a que usualmente estaba "afuera".

No necesitaba la ayuda de su cerebro para descifrar cuánto la despreciaba el dueño del Red Oak. Mick Kilkenny era un irlandés corpulento y desaliñado. Tenía dos ojos protuberantes como un sapo y la parte blanca estaba surcada por pequeños riachuelos rojos de alcohol. La miraba fijamente desde el mismísimo momento en que cruzaba las puertas del pub.

A pesar de que era un tipo corpulento y de hombros anchos y ella una mujer pequeña y frágil, podía notar lo mucho que lo asustaba. Mientras servía copas a los otros clientes, siempre mantenía un ojo atento a ella. Era como si la viera como una terrorista y temiera que de un momento a otro sacara una bomba de su bolso.

A veces se preguntaba si no habría algo en su mirada que lo hacía sentirse amenazado por ella, algo que le hacía notar que tenía una clienta en su pub que no siempre estaba del todo conectada con su propio cerebro.

Su comportamiento social mientras permanecía en el Red Oak era impecable. Siempre pedía una cerveza, pero solo para que él dejara de quejarse de que ella solo iba al bar a usar el teléfono. Nunca jamás se emborrachó. Jamás cantó desafinada una canción a los gritos, ni se puso a discutir o pelear, como muchos otros clientes de ese sórdido establecimiento. Sin embargo, cuando se acercaba a Mick Kilkenny para pedir su cerveza y le daba el dinero, él siempre la miraba con un desagrado y una furia tales que eran como si le hubiera ofrecido un puñado de excremento. No se esforzaba en ocultar que tenía que reprimir un ansia violenta por arrojarlo al suelo.

Pero él estaba obligado a aceptarlo. Ella jamás le había dado la más mínima razón para que él se negara a atenderla. Siempre se vestía con mucho cuidado para ir a hacer sus llamadas telefónicas al Red Oak.

Se ponía sombrero, se ponía guantes nuevos y sus mejores zapatos. Tranquilamente podía estar vestida para asistir a algún evento religioso en la iglesia. Jamás permitiría que él la acusara de lucir como una tirada. Y sin embargo era esa respetabilidad en su atuendo lo que parecía alarmarlo más que si aparecía desaliñada, tambaleante, con cara de loca, sucia y despeinada.

Mick Kilkenny estaba siempre medio borracho porque se tiraba el día sirviéndose ingentes cantidades de su propio whisky. Pero su constante estado de semiintoxicación no parecía apaciguar su aguda percepción de la fragilidad emocional de aquellos con los que debía interactuar. Como se había pasado la vida balanceándose al borde de la irracionalidad, tenía una gran rapidez para detectar las debilidades de aquellos que transitaban por un abismo similar.

Ella no estaba del todo segura de qué había hecho para despertar su desprecio, pero sabía que jamás podría engañarlo, ni por un instante. Desde el principio él supo que su presencia en el pub era anormal. Jamás se había dejado engañar por su fachada de mujer respetable y recatada. Muchos de sus clientes se ponían tan violentos cuando bebían de más que empezaban a arrojarse botellas rotas y puñetazos, y la sangre salpicaba sobre las mesas sucias que ya estaban pegajosas de tanta cerveza derramada. Pero ella podía notar que al dueño del Red Oak este comportamiento criminal no le preocupaba demasiado, incluso cuando se salía tanto de control que tenía que llamar a la policía. Lo único que él odiaba de verdad era ver a la más silenciosa e inofensiva de sus clientas hacer una serie de discretas y susurrantes llamadas telefónicas, apoyada sobre la pared llena de graffitis con insultos y obscenidades en la parte más sucia y lúgubre de su pub.

Ella sentía que esos ojos de rana inyectados en sangre la miraban mientras oía los mensajes que ella misma había dejado en el contestador.

Se daba cuenta de cuánto le habría gustado interrumpir sus conversaciones a pesar de que lo único que veía era a una mujer que movía

los labios mientras dejaba mensajes para sí misma. Como estaba demasiado lejos para oír lo que decía, ella se preguntaba por qué ese hombre tenía tanto recelo por sus conversaciones telefónicas. ¿Cómo sabía que esas llamadas con las que ocupaba la mayor parte del tiempo no eran simples conversaciones?

Ella siempre había tenido un carácter muy retraído. Nunca se habría atrevido a enfrentar los incómodos y crueles embates de hostilidad de Mick Kilkenny si no hubiera empezado a moverse de forma compulsiva, ignorando cualquier advertencia de su cerebro. Podría haber hecho las llamadas desde los muchos otros teléfonos públicos de los alrededores, pero se sentía compelida a seguir haciéndolas desde el Red Oak. No le importaba que el teléfono estuviera desagradablemente cerca de los baños o que, cada vez que se abría la puerta, el hedor a orina viniera flotando mezclado con otros olores de origen aún más asqueroso.

Como se sentía en un estado general de impotencia, estaba contenta de haber encontrado un pequeño resquicio donde ejercer poder, y no iba a soltarlo así como así. Sabía que tenía el poder de irritar a Mick Kilkenny. Y conocía las leyes británicas, y asumía que él también. Era ilegal negarse a servirle comida o bebida a una persona por su sexo u origen étnico. El teléfono público estaba ahí para que lo usara el público. Cualquiera con las monedas correctas tenía derecho a usarlo. Si bien no se veía a sí misma como un miembro valioso del público, de todos modos ella también formaba parte de él. Así que tenía sus derechos y jamás iba a permitir que un irlandés gordo y patoso los ultrajara. El momento en que llegaba al Red Oak e ignoraba la mirada malevolente de su dueño, era el único del día en que se sentía valiente.

Su contestador automático había pertenecido a Trevor. Cuando él todavía vivía ella solía estar fuera durante todo el día, porque aún conservaba su trabajo. Siempre había sufrido una leve artritis, pero después de la muerte de él empeoró y se vio obligada a dejar de trabajar porque sus dedos se ponían tan rígidos que le resultaba demasiado doloroso usar la máquina de escribir. Su médico le había dicho que el impacto de la muerte

de su marido probablemente había empeorado los síntomas que afectaban tanto a sus manos como a sus pies.

Su trabajo no estaba muy bien pagado, pero había estado ahí durante quince años, y ni un solo día había pensado en renunciar. Hacía trabajos administrativos para el señor Hitchens. Él era florista y tenía un negocio en el centro de Londres. Sus responsabilidades eran varias y parecían humanamente delicadas. Ella era quien supervisaba que una corona llegara a tiempo a un funeral, y que un ramo de flores de azahar fuera entregado a la novia.

Le gustaba la idea de trabajar en el comercio de flores y plantas porque eso sonaba mucho menos árido que trabajar en una empresa que se dedica a vender electrodomésticos o repuestos para helicópteros. Su pequeña oficina quedaba en la parte trasera de la tienda, y si dejaba la puerta entreabierta la inundaba el aroma de las orquídeas, rosas y lilas que estaban exhibidas en el frente. Los hermosos aromas diversos que llegaban flotando hacia ella eran tan poderosos que a menudo se sentía intoxicada y se olvidaba de que estaba en una ciudad y podía convencerse de que trabajaba en un fragante jardín mágico en medio de la pradera.

Cuando el señor Hitchens aceptó la renuncia que ella le entregaba, había sentido un instante de tanto pánico que pensó que se desplomaría ahí mismo en el suelo. Se había dado cuenta en ese preciso momento de que estaba condenada. Nunca más estaría "afuera". Viviría condenada a estar "adentro" para siempre. Y ese "adentro" del cual estaría era el que más odiaba. Porque aunque sabía que en abstracto ella tenía mucha suerte de que Trevor le hubiera dejado un apartamento que era cálido, bello y confortable y en el que mucha gente desearía vivir, sentía también que sus paredes eran una especie de prisión. Cada minuto que pasaba ahí lo sufría como un criminal al que habían enviado, como castigo, al confinamiento solitario.

Desde el momento en que le dijeron que Trevor estaba muerto, todo lo referido a su apartamento se le había vuelto desagradable porque él parecía seguir estando ahí aunque nunca más fuera a hacer acto de presencia. Los recuerdos la atacaban como ratas mordisqueando el suelo de madera

durante cada segundo que pasaba en el apartamento. Se deslizaban dentro de su dormitorio por las noches y le daban insomnio.

En las primeras semanas posteriores a la muerte de Trevor había pensado en vender el apartamento y mudarse a uno nuevo, donde tendría más posibilidades de huir de los afilados dientes de sus recuerdos. Pero la inercia era demasiado poderosa. No sentía el menor deseo de construir un nuevo hogar para ella. ¿Dónde encontraría la fuerza para salir a comprar todo el equipamiento de una cocina? Si iba a mudarse y llevarse todos sus muebles y enseres y utensilios, sabía que estaría transportando objetos dotados de dolorosas asociaciones. Habría sido como si no se hubiera mudado.

Cuando le dijo a su empleador, el señor Hitchens, que no iba a poder seguir siendo su secretaria, ella había tenido la breve esperanza de que él le sugeriría que empezara a trabajar en la parte delantera de la tienda y se pusiera a vender plantas y flores a la gente que venía de la calle. Pero el señor Hitchens no le había sugerido nada, y ella muy pronto se dio cuenta de que esa esperanza había sido muy poco realista.

Él siempre elegía chicas muy jóvenes y bonitas como vendedoras. Quería que fueran pimpollos rozagantes, como su mercancía. Quería que atrajeran clientes hacia el local y aumentaran las ventas. Jamás se le ocurriría contratar a una mujer de mediana edad con manos torpes y semitullidas. Cada ramo de flores que se vendía debía ser envuelto rápido y con cuidado. Por supuesto, él pensaba que ella tendría problemas para manipular el papel de seda con sus dedos entumecidos y rígidos. La tarea le tomaría un tiempo excesivamente largo y al final los envoltorios se verían muy descuidados y toscos a causa de su falta de experiencia.

Si ya no era capaz de vender flores, ¿cómo se las apañaría para salir del apartamento durante el día? Empezó a soñar que colgaba de un precipicio y lo único que la aferraba con seguridad a tierra firme eran sus dedos artríticos, que ya no tenían la fuerza necesaria para soportar su peso. En esos sueños sentía que el agarre de sus manos se aflojaba. Resbalaba, resbalaba… Antes de tener que soltarse, siempre se despertaba a los gritos.

El día que Trevor murió, ella había vuelto un poco tarde del trabajo. Había estado supervisando el arreglo floral para una iglesia de los suburbios donde celebrarían una boda la mañana siguiente.

Apenas cruzó el umbral del apartamento sonó el teléfono. Era la policía informándole que él había muerto. Sintió su mano agarrotarse mientras sostenía el tubo del teléfono contra su oído y luego sospechó que la artritis que arrasaría con todo su cuerpo había empeorado en ese preciso instante.

En su estado nauseabundo de desesperación miró el contestador automático y notó que alguien había dejado un mensaje. Supuso que habría sido Trevor. Solía encontrarse con mensajes de él desde el trabajo por las noches. Como ginecólogo, sus horarios eran muy irregulares. Debía atender muchas llamadas de emergencia de sus pacientes. Un parto prolongado con complicaciones podía retenerlo en el hospital toda la noche.

Si no llegaba a localizarla en el trabajo, siempre le dejaba un mensaje en el contestador automático para que tuviera una idea aproximada de cuándo llegaría a casa. No le gustaba que ella se quedara despierta esperándolo si sabía que iba a llegar muy tarde por la noche. Pero ella nunca podía dormir bien hasta que no oía el ruido de las llaves en la puerta. Solo descansaba los ojos. Siempre tenía una comida preparada para él, sin importar el horario en que llegara, y solía insistirle que quería calentársela y servírsela a cualquier hora.

Trevor siempre había estado de guardia para sus pacientes, y durante su largo matrimonio ella siempre había estado de guardia para él.

Luego de su muerte ella se había encontrado sin su rol, sin nada en lo que ser útil, y cada hora solitaria y vacía que pasaba en el apartamento le parecía una tortura cuya única misión era probar su tolerancia.

Trevor iba de camino a visitar a una mujer embarazada con cáncer al momento del infarto. Su coche se había estrellado contra una farola. Nadie, excepto él, había resultado herido. Como médico, debió de haber sido consciente durante mucho tiempo de que sufría una afección cardíaca. Jamás se lo había contado, pero ella no estaba disgustada. Siempre intentaba protegerla de cualquier cosa que pudiera causarle ansiedad o disgustos.

–Pero era médico –le repetía sin cesar a la policía cuando la llamaron para informarle de su muerte.

Su cerebro la dejaba repetir esa frase, pero ella sabía que empezaba a desligarse de la responsabilidad por las cosas que le permitiría hacer y decir en el futuro. Ella era consciente de que al cerebro le daba vergüenza el hecho de que siguiera repitiendo un dato irrelevante en un intento vano por demostrarle a los de la policía que estaban equivocados.

Fue durante esa traumática conversación telefónica que ella había empezado a tomar nota de los consejos que le daba su cerebro y a decidir que los iba a ignorar si le resultaban inaceptables para sus sentimientos. "Piensas que los médicos se ocupan de salvar vidas", le había dicho su cerebro. "¿Pero qué te hace pensar que eso los exime de morir?".

No escuchó el mensaje de Trevor hasta después del funeral, cuando ya había respondido todas las cartas de condolencia. Simplemente lo dejaba ahí, apenas una luz roja en el contestador automático. No podía juntar coraje para reproducirlo.

Y luego, un día, se había preguntado a qué estaba esperando. En algún momento iba a tener que escuchar el mensaje de Trevor. No podía borrarlo del aparato sin saber qué tenía para decirle. Y sin embargo, sabía que oír el sonido de su voz le resultaría terriblemente doloroso. Se daba cuenta de que el paso del tiempo no haría que ese mensaje de ultratumba se volviera más tolerable.

Se había servido una copa generosa antes de presionar el botón. Se sentía como una paciente a la espera de una operación riesgosa. Y luego había presionado el botón con su tembloroso dedo artrítico y Trevor había vuelto al apartamento. Por un instante parecía estar vivo otra vez.

"Soy yo, amor… Esta noche llegaré pronto. Tengo que visitar a una paciente para ver cómo está, pero no debería tardar. Debería estar de vuelta a las nueve y media. No cocines, he pensado que sería divertido que salgamos a cenar. Te echo de menos… Nos vemos…".

Una vez que la voz se detuvo se había quedado sentada ahí, muy quieta. El mensaje de Trevor sonaba tan común. Carecía de todo drama. No parecía venir del reino de los muertos. Pero la perturbaba de una forma distinta a la

que habría esperado. Estaba furiosa con él. El mensaje le parecía intolerable. Él no iba a volver a las nueve y media y le resultaba cruel y deshonesto que mintiera. En un impulso le había dado un golpe al contestador y luego había borrado la cinta. En cuanto escuchó el clic de la máquina y la cinta empezó a girar, se había sentido como una asesina. Ahora sí Trevor estaba realmente muerto. Nunca más iba a escuchar su voz. En un arranque de desesperación se había empezado a vestir. No sabía dónde iría, pero sabía que tenía que salir. De ninguna manera iba a quedarse sola en ese lúgubre apartamento con la cruel maquinita negra haciéndole compañía. En ese momento aborreció esa caja de plástico negro inhumana que podía resucitar a los muertos y luego desecharlos. Porque a esas alturas ya se arrepentía de haber eliminado el mensaje de Trevor. Si lo hubiera resguardado podría reproducirlo una y otra vez y sentir que al menos algo de Trevor aún sobrevivía.

Mientras abandonaba el apartamento se le había cruzado por la cabeza que debía grabar un mensaje en el contestador diciendo que iba a salir, avisándole a cualquiera que llamara que volvería pronto. Sabía que era de lo más improbable que alguien la llamara esa noche, pero su mente operaba como por reflejo de una vieja y arraigada costumbre. En los días en que dejaba el apartamento para ir a trabajar siempre revisaba que las llaves estuvieran en el bolso y luego que el mensaje del contestador estuviera actualizado. "Ni el doctor Clifton ni yo podemos atender su llamada. Pero si nos deja su nombre y número…".

En aquellos años esos dos procedimientos eran una parte intrínseca de su rutina al salir de casa. Pero ahora había algo diferente, y sin embargo, después de mucho dudar, había reincidido en su viejo hábito con un mensaje actualizado. Mientras se grababa sentía la desaprobación de su cerebro. No paraba de hacerle preguntas incómodas. ¿Por qué haces esto? ¿A quién crees que le importará que hayas salido? ¿Cuándo vas a dejar de añorar que Trevor te llame?

Tras dejar el apartamento había salido a la calle cojeando por el dolor de sus pies artríticos. Como no tenía dónde ir había decidido que tomaría algo en el Red Oak. Solía evitar los pubs porque le parecían lugares ruidosos y

llenos de humo. Pero le dolían bastante los pies y no quería caminar mucho. El Red Oak parecía un lugar aceptable.

Se había pedido una cerveza y Mick Kilkenny le había ofrecido su primera mirada sospechosa y reprobatoria. Se daba cuenta de que él pensaba que había algo turbio en ella, y se preguntó cómo lo habría sabido. Sentada en una pequeña mesa, había escuchado las chillonas canciones de amor que salían de la gramola. Esa tarde el pub estaba lleno de hombres que trabajaban en una obra cercana. Todos conversaban y bebían y tenían puestos unos monos manchados y sucios por la labor del día. Sus caras estaban cubiertas de una película blanca de polvo, y se le había ocurrido que para algunos de esos hombres rubios eso funcionaba como un maquillaje que los favorecía. Hacía que sus ojos brillaran con un azul penetrante.

Envidiaba a todos esos hombres que parecían tan contentos de estar en el Red Oak. Habían terminado de trabajar y podían bromear y relajarse con la cuadrilla. Había una chica de pelo puntiagudo usando el teléfono público, y también le daba envidia la forma en que parecía sonreír y coquetear al teléfono. La chica obviamente estaba concertando una cita con alguien con quien quería encontrarse.

La gramola seguía emanando esas canciones espantosas y monótonas y los cantantes gritaban que querían a alguien, que necesitaban a alguien, que lloraban por alguien. Y ella se había preguntado si en realidad el Red Oak era preferible a su apartamento. No tenía ese silencio espeluznante. Pero sí esa alborotada camaradería que le resultaba detestable porque sabía que era algo que ella jamás tendría.

Con nada para hacer salvo beber sorbos de cerveza y mirar detalles, en un momento había notado que el teléfono estaba desocupado. Y se había ido dando cuenta, muy de a poco, lo mucho que necesitaba hacer una llamada. Tras levantarse y caminar hasta el teléfono, le había tomado un tiempo demasiado largo revolver su cartera y encontrar una moneda que sirviese. Pero de pronto se había descubierto llamando a su propia casa. Y por un instante había sentido una excitación irracional esperando que Trevor atendiese. Tenía la esperanza de que le iba a decir que había vuelto al

apartamento y que la esperaba ahí. Sería algo muy distinto al mensaje en el que le decía que volvería pronto.

Pero había escuchado un clic mecánico y luego su propia voz en el contestador automático. En ese instante había sentido un ramalazo de decepción tal que había querido cortar la comunicación. Pero su propia voz grabada sonaba tan penosa y desesperada, que cuando le pidió que dejara un mensaje después de la señal se había encontrado haciéndolo tal como si estuviera llamando a una amiga. "Lamento no encontrarte. Me muero por tener noticias tuyas. Espero que todo esté bien. Seguiré llamando hasta que te pille".

Y luego, después de ese rato en el pub, al volver al apartamento se había sentido contenta de tener un mensaje en el contestador, contenta de ver un número rojo titilando en vez de ese cero color sangre que le daba pavor, ahora que había borrado el mensaje de Trevor para siempre.

Al reproducir su propio mensaje en medio del silencio se había sentido reconfortada de escuchar una voz amistosa. Su cerebro trataba de recordarle que estaba escuchando su propia voz, pero no lograba convencerla de que eso fuera así. La voz que oía parecía transformada por la distancia y por el medio mecánico en el que se la reproducía. Sonaba un poco como ella misma, pero no como aquello que ella reconocía de sí, porque venía desde el exterior. Era la voz de una mujer que parecía llevar una vida diametralmente opuesta a la de ella. Podía escuchar música muy fuerte de fondo y algunos sonidos de risas desencajadas. La mujer parecía estar hablándole desde una fiesta donde todos estaban un poco borrachos y disfrutando muchísimo de su mutua compañía.

Hacía tanto que no escuchaba una voz humana dentro del apartamento que se había puesto muy contenta. Desde la muerte de Trevor, y dado que sus pies le dolían cada vez más, le costaba encontrar razones para salir. Tenía pocas necesidades domésticas, subsistía a base de té, leche y cereales. A veces comía una tostada y un par de tomates. La tienda de alimentación de su calle le entregaba a domicilio cualquier alimento que necesitara, así como cualquier otro adminículo doméstico que pudiera usar, ya fueran productos de limpieza, bombillas o aspirinas para su artritis. No tenía necesidad de

salir a comprar. El chico que le entregaba la compra era de Pakistán y hablaba muy mal inglés. Luego de cargar todas las provisiones hasta su apartamento, le señalaba con el dedo el recibo que necesitaba que firmara y le decía "Muchas gracias" después de que ella firmaba. Ella siempre decía "Muchas gracias" como queriendo sonar creíble y sentida en su gratitud, y eso era todo lo que se decían. El chico luego desaparecía. Hasta que no volvía con otra tanda de alimentos no se oía ninguna otra voz en el apartamento.

Una vez que descubrió que un mensaje amistoso grabado en el contestador podría ayudarla a aliviar su sensación de aislamiento y desesperación, había empezado a dejar más y más mensajes para sí misma.

Sus excéntricas excursiones al Red Oak servían a varios propósitos. Le daban una razón para salir de su apartamento, y también un medio por el cual expresar algunos miedos y sentimientos tristes que no podía confesarle a nadie más. Los mensajes que dejaba grabados pronto dejaron de ser formales. Se habían vuelto largos, divagantes y confesionales. Esa persona que hablaba desde el Red Oak podía decir las cosas más infantiles e incoherentes sin el menor miedo al ridículo frente a esa que iba a escuchar su palabrerío. Sabía que habría un oído atento escuchando.

"Soy yo… Tengo que hablar contigo. Todo se vuelve peor con cada minuto que pasa. Echo de menos a mamá y papá. Sé que es una tontería, porque están muertos hace mucho, pero los he echado de menos todo el día. Los echo de menos casi tanto como echo de menos a Trevor. Bueno, eso no es verdad… Pero no puedo vivir con toda esta añoranza… Te llamo después porque no sé qué hacer".

"Soy yo… He estado todo el día sola en el apartamento y ahora estoy sola en este pub inmundo y maloliente y siento que he pasado de Guatemala a Guatepeor. He estado teniendo unos pensamientos realmente horribles. Pensaba que no tengo ni un amigo de verdad. Cuando Trevor estaba vivo era tan popular y era tan fácil llevarse bien con él que parecía que teníamos un montón de amigos. Pero ahora que Trevor no está me doy cuenta de que nunca fueron mis amigos en realidad. Me escribieron después del entierro, pero ahora ya no se comunican. Debe ser mi culpa. Significa que nunca les

caí bien. No debo haber hecho el suficiente esfuerzo para acercarme a ellos. Eso fue arrogante de mi parte y ahora estoy recibiendo el castigo por mi arrogancia. Cuando Trevor estaba vivo no sentía la necesidad de tener amigos. Trevor era el único amigo que tenía… Bueno, eso ya lo sabes. Trevor era todo para mí. Intentaré comunicarme más tarde. No tengo nadie más con quien hablar".

"Soy yo… Me temo que no estoy nada bien. Las manos y los pies me duelen cada vez más. Si siguen empeorando voy a necesitar una silla de ruedas y luego que me pongan en una residencia. Eso sí que no lo soportaría… Sabes lo mucho que me gustaba hacer cosas. Siempre con prisas. Y no podría vivir en una residencia de ancianos. Creo que me sentiría aún más sola que en el apartamento. Sé que no me gustarán las otras personas en la residencia. Solo porque sean personas incapacitadas en sillas de ruedas eso no me hará simpatizar con ellos. Voy a tener que hacer algo… Sabes a lo que me refiero. Y tendré que hacerlo antes de que pierda por completo el control de mis manos. Por cierto, no me atreví a contarle al médico lo mal que tengo las manos y los pies. Dirá que ya no puedo seguir viviendo sola. La aspirina no hace ninguna diferencia y estoy en una agonía la mayor parte del tiempo. Pero nunca voy a permitir que me pongan en un asilo. Hay una fila de gente esperando para usar el teléfono. Parece que se están cabreando porque quieren usarlo y hace mucho que estoy hablando. Voy a tratar de comunicarme otra vez cuando lo liberen".

Cuando reproducía sus mensajes, al volver al apartamento, la sorprendía escucharlos con desapego pero gran interés y empatía, como si le estuvieran dando las novedades de su propio estado emocional porque ella estaba incapacitada para reconocerlo si no se lo decían en voz alta.

Era una noche de viernes cuando se desplomó en el Red Oak. Estaba al teléfono en el momento de la caída. Cuando la ambulancia llegó al hospital ella ya estaba muerta. Más tarde la autopsia estableció que había tomado una gran cantidad de pastillas para dormir y las había combinado con whisky.

Mick Kilkenny estaba muy enfadado cuando la policía vino a interrogarlo sobre su muerte e informarle la causa del deceso. Les dijo que nunca le había gustado su pinta. Siempre supo que había algo raro. Sentía

que era una mujer que le iba a causar problemas. Tenía la mirada perdida y sus ojos transmitían la sensación de que no estaba muy bien de la cabeza.

–Si quería quitarse la vida, ¿no podía hacerlo en su puta casa? –preguntó–. Hay que ser descarada para venir a matarse a mi pub. La gente viene aquí para pasar un buen rato y beber. No quieren ver a una señora muerta tirada en el suelo.

Le dijo a la policía que no era muy bebedora, que era de esos que se piden una única cerveza. No había notado que la noche de su muerte se había tomado un whisky tras otro. El pub estaba a reventar y seguramente la había atendido el otro barman.

–¿Sabe qué? –le preguntó a la policía–. No había vez que no usara el teléfono. Y siempre pensé que había algo sospechoso en todas llamadas que solía hacer. Quiero decir, ¿tanto necesitaba un teléfono público? Era una señora bien vestida. ¿No tenía teléfono en la casa?

Mick Kilkenny dijo que siempre había sospechado que estaba metida en alguna clase de actividad delictiva. Siempre se la veía como escondiéndose y culpable cuando llamaba. No paraba de mirar a los lados para ver si había alguien escuchando.

La policía nunca encontró evidencia de que estuviera involucrada en ningún ilícito. Les costó trabajo descubrir dónde vivía, pero después de hacer una investigación exhaustiva por el barrio, dos jóvenes oficiales llegaron a la puerta de su apartamento y forzaron la cerradura. Notaron que había un mensaje en el contestador automático y lo reprodujeron esperando que quien fuera que llamaba hubiera dejado un número que los ayudara localizar a algún familiar.

Escucharon la voz de una mujer que sonaba apagada y compungida. De fondo se oía música fuerte y risas.

"Soy yo… Lo he hecho… A lo mejor he sido muy estúpida, pero no lo creo… Puse todos los huevos en una misma canasta y ahora no puedo seguir porque rompí todas las cáscaras… Estoy esperando que pase algo y necesito seguir hablando desesperadamente hasta que suceda. De verdad necesito hablar con alguien. Da miedo esta espera, y no podía soportarla sola en el apartamento. Una vez que pase lo que tenga que pasar jamás

recibirás este mensaje, pero si acaso fueras a oírlo, sé que tú más que nadie entenderás que lo que hice es lo mejor para todos. O al menos pensé que sería lo mejor cuando lo hice. Sé que es demasiado tarde para tener dudas… ¡Ay, por Dios! ¡Algo está pasando, por fin! Estoy muy mareada y me late el corazón a mil por hora y siento un burbujeo en los oídos. Siento algo afilado como un cuchillo enorme que corta pedazos de mi pecho y de mi estómago. Lo único que puedes hacer por mí es rezar. Por favor, reza para que dure poco… Lo único que quiero es que se termine todo de una vez. Sabes que es lo único que quiero hace siglos".

La voz en la grabación se detuvo. Hubo silencio y después dijo una frase más. "Si hubiéramos tenido hijos quizás habría sido diferente".

Después de eso los oficiales de policía solo escucharon música y una maraña de voces.

–Me pregunto a quién le estaba dejando el mensaje –dijo el joven policía.

Su compañero se encogió de hombros.

–Suena como si le estuviera hablando a un hombre. Quizás un tipo que vivía con ella en este apartamento. He encontrado algo de ropa de hombre en los armarios y hay una máquina de afeitar y un cepillo de dientes en el baño.

–Dice que no espera que le llegue el mensaje –dijo el oficial más joven.

–Quizás el tipo la abandonó. Quizás eso fue lo que la empujó a hacerlo.

–Si ese tipo existe y alguna vez vuelve a este apartamento, no le va a gustar nada escuchar ese mensaje –dijo el oficial más joven–. La verdad que es un mensaje terrible. Te pone los pelos de punta de solo escucharlo.

–Creo que es mejor que lo borremos –dijo el oficial de más edad–. Ya hemos descartado cualquier delito. No veo razón para dejarlo. Lo único que va a hacer es que un pobre tipo se sienta fatal.

Presionó el botón y el mensaje fue borrado. Los dos policías llegaron al apartamento del piso de abajo para preguntar si alguien conocía a la vecina.

El apartamento de abajo estaba habitado por un matrimonio joven con un bebé semidesnudo y todo sucio que no paró de llorar durante todo el interrogatorio. La policía asustó a la pareja, como si sintieran que los

investigaban por homicidio. La esposa dijo que no sabía nada de la mujer que vivía en el apartamento de arriba, acababan de mudarse al edificio. Aunque la veían en las escaleras a menudo. Parecía salir mucho. No tenían idea de adónde iba. No creían que un hombre viviera con ella, pero podían estar equivocados. Jamás le habían dirigido la palabra.

–Parecía una de esas personas muy calladas –dijo la joven esposa–. Alguien muy autosuficiente, honrada. Parecía una mujer muy ensimismada.

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2025
en Artes Gráficas Cofás S.A., Juan de la Cierva, n58,
Pol. Ind. Prado de Regordoño, Móstoles, Madrid, España.